

ANNA ERELLE

EN LA PIEL DE UNA YIHADISTA



UNA JOVEN OCCIDENTAL
EN EL CORAZÓN DEL ESTADO ISLÁMICO



Lectulandia

El testimonio de una joven occidental captada por el estado islámico.

Mérodie acaba de convertirse al islam cuando conoce al jefe de una brigada islamista a través de Facebook. En cuarenta y ocho horas Bilel se enamora de ella, la llama día y noche, y le insiste para que viaje a Siria y se reúna con él para hacer su yihad. Le pide que se case con él y le promete una vida paradisíaca junto a miles de jóvenes europeos que viven allí. Mérodie acepta y prepara su huida en secreto...

El Estado Islámico recluta cada semana a cientos de jóvenes como Mérodie.

Lectulandia

Anna Erelle

En la piel de una yihadista

Una joven occidental en el corazón del Estado Islámico

ePub r1.0

Titivillus 19.11.2018

Título original: *Dans la peau d'une djihadiste*

Anna Erelle, 2015

Traducción: Ana García Pérez

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

A Éric y Noël
A Pauline y Jérôme

Solo mediante la iniciativa voluntaria de moderar nuestras pasiones, de forma serena y aceptada, la humanidad puede elevarse por encima de la corriente materialista que atenaza al mundo. Aunque la guerra no vaya a destruirnos, nuestra vida debe cambiar si no quiere desaparecer por su propia culpa.

ALEXANDRE SOLZHENITSYN,
Ultimátum para un cambio profundo.

Los hechos que se narran a continuación tuvieron lugar en la primavera de 2014, dos meses antes de que el Estado Islámico tomara Mosul, la segunda ciudad de Irak, y su líder, Abu Bakr al-Baghdadi, se autoproclamara califa.

—¡Escúchame! Te quiero como jamás he querido a nadie. No puedo imaginarte lejos de mí ni un día más, en medio de todo ese vicio que te rodea. Yo te protegeré. Yo te alejaré de todos los demonios del mundo. Cuando te reúnas conmigo, tú misma te maravillarás de este paraíso. De este país que mis hombres y yo estamos reconstruyendo. Aquí las personas se quieren y se respetan. Formamos una gran familia, en la que ya tienes tu sitio. ¡Todo el mundo está esperándote! Si supieras lo felices que son las mujeres con nosotros... Antes estaban como tú. Perdidas. La mujer de un amigo mío te ha preparado todo un programa para cuando llegues. En cuanto termines las clases de tiro, te llevará a una tienda muy bonita, la única del país que vende telas de calidad. Te lo pagaré todo. Te crearás tu pequeño mundo con tus nuevas amigas. Estoy muy impaciente por que llegues. ¡Mélodie, esposa mía! Date prisa, te espero.

* * *

Mélodie abre los ojos como platos ante la pantalla de su ordenador. Admira a ese hombre fuerte, dieciocho años mayor que ella. Solo lo ha visto por Skype, pero ya lo quiere. Mélodie murmura con voz frágil, todavía con inflexiones infantiles:

—¿De verdad me quieres?

—Te quiero por y ante Alá. Eres mi tesoro, y el Estado Islámico es tu casa. Juntos incluiremos nuestros nombres en la historia por construir piedra a piedra un mundo mejor en el que los *kuffar*^[1] no podrán entrar. ¡He encontrado un piso enorme para ti! Si vienes con amigas, te buscaré otro aún más grande. Durante el día, mientras yo esté luchando, te ocuparás de los huérfanos y de los heridos. Por la noche estaremos juntos... *Insha'Allah*.

Mélodie se siente querida. Se siente útil. Buscaba un sentido a su vida, y lo ha encontrado.

París, diez días antes.

Este viernes por la tarde salgo muy disgustada de una de las redacciones para las que trabajo. Ha llegado al periódico el correo de un abogado que me prohíbe publicar un artículo sobre una joven yihadista. Sin embargo, acabo de pasar dos días en Bélgica con su madre, Samira. Su hija se fugó hace un año a Siria para reunirse con Tarik, el hombre de su vida, un fanático que sirve a la causa de la organización Estado Islámico, el EI. Loca de amor, y loca también hasta la inconsciencia, Leila^[2] quería vivir con su gran amor. Samira sintió un atisbo de esperanza al enterarse de que el hombre al que no tenía más remedio que considerar su yerno había muerto. Una bala en pleno corazón acababa de poner fin a sus veintiuna primaveras. Con Tarik muerto, Samira no veía razón para que su hija prolongara su estancia en un país trágicamente devastado. Pero Leila se mantuvo inflexible. Ahora formaba parte de aquella tierra sagrada y quería aportar su grano de arena luchando para crear un Estado religioso en Oriente Medio. Con o sin su marido. Como Tarik era emir^[3], su viuda estaba bien atendida. Le mostraban un profundo respeto. De modo que Leila devolvió la pregunta a su madre:

—¿Por qué debería volver?

La prensa local se hizo eco de la historia. Comparó a la joven yihadista de dieciocho años con la «viuda negra», importante figura del terrorismo internacional y esposa del asesino del comandante Masud^[4]. La respuesta de Samira no se hizo esperar, y fue proporcional al amor que siente por su hija. Pero se enfrentaba a un enorme desafío. Debería no solo conseguir repatriar a Leila a Bélgica, sino también demostrar a las autoridades que su hija estaba en el país más peligroso del mundo con fines humanitarios. En caso contrario, la considerarían una amenaza para la seguridad interior y la meterían en la cárcel quizá antes de prohibirle la residencia en su propio país.

En este momento mi camino se cruza con el de Samira. El periodismo lleva a todas partes, y a veces a la angustia de una madre. Samira, desbordada, se dirigió a Dimitri Bontinck, un militar retirado de las fuerzas especiales belgas, famoso por haber conseguido repatriar a su hijo de Siria. Dimitri encarna la esperanza para todas las familias europeas que se despertaron una mañana frente a la brutal realidad de que

la yihad también puede implicar a un adolescente del que jamás sospecharían, el suyo. Desde entonces, Dimitri, hiperactivo y sobre todo hipertemerario, sigue con sus misiones suicidas para salvar a otros adolescentes, o al menos encontrar información concreta que pueda ayudar a sus familias. Consciente del peligro que corre Leila, a la que han endosado la fama de «nueva viuda negra», me pidió que fuera a ver a su madre. Soy periodista y me apasiona la geopolítica, pero disto mucho de ser una experta. En cambio, siempre he sentido un gran interés por todo lo relacionado con los comportamientos erráticos. Poco importa si su origen es la religión, la nacionalidad o el entorno social. La fisura que provocó el vuelco mortífero de estos destinos me fascina. Puede ser la droga, la delincuencia, la marginalidad... Además, en los últimos años he trabajado mucho sobre las desviaciones del islam radical. Desde hace un año, estudio especialmente las costumbres de algunos yihadistas europeos del Estado Islámico. Aunque los casos que se suceden son muy parecidos, en cada ocasión intento entender qué herida se les ha hecho tan profunda como para hacer suya esta causa hasta el punto de dejarlo todo y marcharse a matar y a desafiar a la muerte.

En esa época, Dimitri y yo estamos escribiendo un libro que relata sus nueve meses de horror buscando a su hijo. Llamamos a muchas puertas de familias europeas que pasan por el mismo calvario que él. Y yo intento hacer más entrevistas por mi cuenta. Aunque observo perfectamente el impacto de la propaganda virtual en estos nuevos soldados de Dios, todavía no me explico cómo se pasa a la acción. ¿Dejarlo todo? ¿Su pasado, a sus padres? En unas semanas borran una vida entera de un plumazo, con la convicción de que no deben mirar atrás. Jamás. Entrar en su habitación, que generalmente sus padres dejan tal como estaba, siempre me hiela la sangre. En esas habitaciones convertidas en el santuario de una vida olvidada, me adentro en una intimidad que no es mía. Como si sus reliquias de adolescentes fueran la última prueba de su existencia. La de Leila parece petrificada, prisionera de una época pasada. Por todas partes hay fotos de su vida «normal». La vemos con camiseta de tirantes, maquillada, en casa de unos amigos y en una cafetería. Imágenes típicas que están muy alejadas de la nueva Leila, vestida con el burka integral y con un kalashnikov en el brazo. Después de haber escuchado por extenso a Samira, sigo con mi investigación, que confirma algunas de sus afirmaciones, y escribo el artículo. Uno más sobre este tema, que se trivializa dramáticamente en los últimos meses. Pero no se publicará. Leila se ha puesto hecha una furia cuando su madre le ha advertido de nuestra entrevista. La ha amenazado con cortar la comunicación: «Si hablas de mí a la prensa, no solo no volveré, sino que nunca más tendrás noticias mías. No sabrás si estoy muerta o viva», me comenta Samira llorando, totalmente aterrorizada. Al plantearme el problema desde este punto de vista, no doy la talla. En teoría, aun así podría publicar mi artículo, porque el tema es público y se ha difundido ampliamente en Bélgica. Pero ¿para qué? Por desgracia, historias como esta las hay a montones cada semana. Soy consciente de la determinación de estas jóvenes que creen haber

abrazado la fe. Les repiten a todas horas que olviden a su familia de «infieles» y que abran los brazos a sus nuevos hermanos. Los «infieles», aunque se llamen papá y mamá, ya no son más que obstáculos en su camino.

No es culpa de Leila. Cree sinceramente que protege a su madre diciéndole lo que tiene que hacer. Sola en mi casa, me ponen nerviosa los métodos de propaganda que utilizan las brigadas islamistas. Busco vídeos de Tarik vivo y me trago un sinfín de vídeos propagandísticos en YouTube. Cuando la lengua en la que hablan no es ni el francés ni el inglés, quito el sonido. No aguanto más esos cantos que, es verdad, se te meten en la cabeza y te atontan. Aunque son más soportables que las imágenes de torturas y de cadáveres calcinados bajo el sol. Vago por los entresijos de las redes francófonas de estos muyahidines y también me quedo pasmada con el contraste entre el sonido y la imagen. Las risas juveniles comentando imágenes de horror insufribles las hacen todavía más insoportables. Veo aumentar este fenómeno desde hace casi un año. Muchos adolescentes tienen una segunda cuenta de Facebook, con identidad falsa. Comparten con sus familias una vida irreprochable, pero, una vez están solos en su habitación, se meten en este otro mundo virtual, que ahora es el suyo y que consideran el real. Algunos, sin darse cuenta del alcance y de la gravedad de los mensajes que transmiten, llaman al asesinato. Otros incitan a la yihad. Las chicas comparten links sobre los niños de Gaza que muestran, sobre todo, el sufrimiento de los más pequeños. Los seudónimos detrás de los que se esconden empiezan todos por *Umm* («mamá», en árabe).

Las redes sociales encierran informaciones muy valiosas si uno sabe dónde buscar. Con este objetivo, como muchos otros periodistas, también yo tengo una cuenta ficticia que creé hace unos años. Me sirve para observar determinados fenómenos de actualidad. Suelo comunicarme muy poco, o al menos muy brevemente, con el centenar de «amigos» virtuales de mi lista, repartidos por todo el mundo. En esta segunda cuenta me llamo Mélodie. Mis seguidores tampoco muestran su verdadera identidad. Y como creen ser anónimos, estos avatares ofrecen mucha información sobre las costumbres y la creciente atracción de estos jóvenes por la propaganda islamista. Sondeo durante horas su facilidad para expresarse pública y libremente sobre sus proyectos macabros o simplemente delirantes. Por supuesto, todo esto contribuye a aumentar el proselitismo. Por suerte, todos los adolescentes que apelan al crimen no son asesinos potenciales. Para algunos, la yihad 2.0 no es más que una moda. Pero para otros supone la primera etapa de su radicalización.

Paso toda esa noche de un viernes de abril sentada en el sofá, dándole vueltas a mi frustración por no poder publicar mi artículo sobre la historia de Leila y Samira, y zapeando de una cuenta a otra. De repente me quedo clavada delante del vídeo de un yihadista francés que debe de tener unos treinta y cinco años. Parece una mala parodia de «Los guiñoles». Sonrío, aunque es para llorar. No me siento orgullosa de

mí misma, pero la escena es para verla. Es absurda. Un tal Abu Bilel, vestido con uniforme militar, hace para sus fans el «inventario» de su 4 × 4. Dice estar en Siria. El escenario que le rodea, una auténtica tierra de nadie, parece confirmarlo. Empuña dignamente su radio CB, salida directamente de los años setenta. Le sirve para comunicarse con otros combatientes cuando las redes telefónicas no funcionan; aunque en realidad, más que alertar, hace ruido. En la parte trasera de su vehículo, un chaleco antibalas al lado de una ametralladora, una Uzi, el arma histórica del ejército israelí. Muestra una a una las demás armas, entre ellas «una M16 robada a un marine en Irak»... Me río a carcajadas. Más adelante me enteraré de que es perfectamente plausible. También me daré cuenta de que Abu Bilel no es tan tonto como parece. Y, sobre todo, de que en los últimos quince años él ha multiplicado las yihads en todo el mundo. Pero no estamos en ese punto. De momento, el beligerante sigue con su exhibición y muestra orgulloso el contenido de su guantera. Un gran fajo de libras sirias, caramelos y un cuchillo. Se quita por fin sus gafas Ray-Ban de espejo y deja entrever unos ojos negros con la raya pintada. Sé que es una técnica de guerra afgana para evitar que el humo haga que te lloren los ojos, lo que no impide que un terrorista maquillado como podría estarlo yo, sorprenda, por no decir otra cosa. Abu Bilel habla un francés perfecto, con un ligerísimo acento que supongo argelino. Muestra una sonrisa de oreja a oreja y una expresión satisfecha; incluso de plenitud cuando pide a todo el mundo que se una a él y realice su *hiyra*^[5].

Comparto su vídeo. Soy muy discreta en este perfil, pero alguna vez tengo que imitar a mis amigos virtuales para abrirme camino en su mundo. No preconizo nada. No incito a nada. Me limito a publicar de vez en cuando links de artículos que relatan los golpes del ejército de Bashar al-Assad o vídeos como este. La foto de mi perfil es un dibujo animado de la princesa Jasmine de la película de Walt Disney. En la portada colgué un eslogan de propaganda que circula por todas partes: «Lo que hagas te harán». La ciudad en la que vivo cambia en función de mis reportajes, si es necesario. En este momento es Toulouse. Debo decir que en los últimos cinco años muchas investigaciones me han llevado a esta ciudad. Empezando por el asunto de Mohammed Merah, en 2012. El barrio de los Izards, en la periferia nordeste de la ciudad, es una fuente inagotable de información. Es uno de los barrios en los que vivió Merah, pero también una importante plataforma del tráfico de hachís.

Pero ahora estoy en París, con las manos vacías. Pierdo la esperanza de encontrar una manera de tratar en profundidad estos casos de viajes a Siria. Sospecho que el lector está saturado de informaciones y casos que tristemente se parecen mucho entre sí. Además, la situación dantesca del país hace difícil analizar las cosas. Cada semana, mis redactores jefes y yo nos planteamos ángulos diferentes, pero acabamos constatando lo mismo: sea de donde sea el candidato a la yihad, sean cuales sean su ámbito social, su religión y su entorno, se vuelca en la religión después de un fracaso

o de un gran malestar, se radicaliza y viaja a Siria para formar parte de una de las numerosas brigadas islamistas que allí proliferan. Así es; pero también es cierto que, a fuerza de trabajar sobre estos temas, me he acercado a algunas familias y a las historias de sus hijos, a los que no conozco y a los que seguramente nunca conoceré. Sin contar con los adolescentes a los que conocí antes, durante los reportajes. Hoy, cuando vuelvo a verlos, me confiesan que quieren irse allí. «¿Allí? Pero ¿qué podéis hacer *allí*, aparte de causar la muerte y convertirlos en carne de cañón?», les repito. Casi siempre recibo la misma respuesta: «No puedes entenderlo, Anna. Tú piensas con la cabeza, y nosotros con el corazón». Recorro a todas mis fuerzas. Lo intento con comparaciones arriesgadas sobre la historia, que se repite. Alemania, país culturalmente tan rico, cayó en manos de Hitler el siglo pasado. Luego la explicación simplista y maniquea que ofreció el comunismo. Por último, en los años setenta, una generación de intelectuales defendiendo encarnizadamente el pensamiento de Mao y declarando que todas las verdades emanaban del *Libro rojo*. Pero por más referencias históricas que esgrima, se burlan amablemente de mí desde el otro lado de la pantalla y me explican que el rojo y el verde son colores muy distintos. Sin embargo, no había citado el Corán, que nada tiene que ver con la ideología fanática.

Ser periodista en 2014 no tiene ya nada de prestigioso para la opinión pública. Cuando, además, se prefieren los temas sociales, es porque de verdad se ama este oficio. Si al menos encontrara la manera de tratar estos temas sin limitarme a encadenar casos similares... Quisiera entender todos los resortes de esta «yihad virtual» investigando el tiempo suficiente para profundizar en las raíces de este mal que carcome cada vez a más familias, sean cuales sean sus orígenes religiosos. Analizar minuciosamente cómo unos chavales caen en la trampa de esta propaganda en Europa; y en Oriente Medio, la escisión de soldados dispuestos a torturar, robar, violar, matar y morir durante el día, y por la noche, pegados a la pantalla del ordenador presumiendo de sus «hazañas» con la madurez de adolescentes prepúberes saturados de videojuegos.

Me lo estoy planteando, entre el desánimo y la negativa a renunciar, cuando el ordenador me indica que «Mélodie» acaba de recibir tres mensajes privados de un tal... Abu Bilel. La situación es surrealista. Son las diez de la noche de un viernes de primavera, estoy sentada en el sofá, en mi pequeño piso parisino, y justo cuando estoy pensando en cómo seguir con mis investigaciones sobre este tema, un terrorista francés me escribe desde Siria. Me quedo sin palabras. En ese momento, de lo único que estoy segura es de que no imaginaba que empezaría el fin de semana así.

Esa misma noche.

«*Salam aleikum*, hermana, veo que has visto mi vídeo, ha dado la vuelta al mundo, ¡qué fuerte! ¿Eres musulmana?»

«¿Qué piensas de los muyahidines?»

«Y última pregunta: ¿piensas venir a Siria?»

Uno que va directamente al grano. No sé qué hacer. Me muero de ganas de contestar, porque de inmediato me doy cuenta de que hablar con este yihadista quizá sea una oportunidad única de acceder a una mina de información. Cuando nos presentamos como periodistas, nos resulta difícil recibir respuestas sinceras, sin formatear. Pero mi interlocutor no sabe quién soy. No me molesta lo más mínimo pedir información desde esta cuenta en el marco de un reportaje. No obstante, la posibilidad de intercambiar impresiones con alguien que no sabe quién soy me plantea un auténtico problema ético. Me tomo cinco minutos para pensarlo, el tiempo necesario para preguntarme sobre su ética, y le contesto:

«*Maleikum salam*. No esperaba que me hablara un yihadista. xD ¿No tienes otra cosa que hacer? No tengo una opinión definitiva sobre los combatientes y además depende de cuáles».

Escribo también que me he convertido al islam, sin más detalles. Hago faltas de ortografía deliberadamente y empleo al máximo un lenguaje adolescente, los xD y los LOL^[6] que salpican su correspondencia. Espero su respuesta con un nudo en el estómago. No por miedo, sino porque no me lo creo. Me parece demasiado fuerte para ser verdad. He entrevistado a muyahidines, pero nunca tenían más de veinte años, y sus palabras no transmitían otra cosa que el disco rayado de la propaganda oficial. Mientras espero, navego por otras páginas. Transcurridos apenas tres minutos, el ordenador me indica que me ha llegado otro mensaje.

«Sí, claro, ¡tengo muchas cosas que hacer! Pero aquí son las once de la noche y han acabado los combates. Has compartido mi vídeo, así que quizá quieras preguntarme algo... Puedo contarte todo lo que pasa en Siria, la única verdad, la de Alá. Sería más práctico hablar por Skype. Te doy el mío».

Bilel es directo... y dirige. Ni me planteo hablar con él por Skype. Descarto su propuesta. Ya hablaremos en otro momento. Ahora Mélodie no puede. Abu Bilel lo entiende, no quiere molestarla bajo ningún concepto. Mañana, si quiere, estará disponible para ella.

«¿Mañana?», le pregunto desconcertada. «¿Podrás conectarte a internet sin problemas?»

«Claro que sí. Te digo que aquí estaré».

Y un minuto después:

«Te has convertido, así que... Prepara tu hégira, yo me ocupo de ti, Mélodie».

Primero el Skype, y ahora la hégira. Este Abu Bilel no pierde de vista su objetivo, ni tampoco el tiempo. Apenas un primer contacto, con unas pocas líneas intercambiadas, y ya le pide a una chica de la que no sabe nada, aparte de que se ha convertido, que se reúna con él en el país más sangriento del mundo. La invita sin escrúpulos a borrar su pasado, su país, y a abandonar a los suyos, a menos que también ellos quieran unirse a su búsqueda santa. Renacer en otro lugar y esperar a que Dios le abra sus puertas... Superada la sorpresa, varios sentimientos se mezclan en mí. No consigo desenmarañarlos del todo, pero de lo único que estoy segura es de que el asco prima sobre los demás. Bilel persigue carnaza frágil, y cuando pican el anzuelo, tanto él como sus semejantes del EI intentan con todas sus fuerzas reformatearlos, como se borraría un disco duro antes de volver a grabar en él nuevos datos. Su procedimiento y el tipo de presa al que acosa me sacan de quicio. Es demasiado fácil y demasiado injusto ir a buscar a una chica como Mélodie. Conozco a un montón de crías como ella. No han podido acceder a una educación sólida. Ni a una determinada forma de cultura. Se creen a pies juntillas los rumores que difunden, porque no tienen a nadie que las oriente. Y lo mismo sucede con los chicos. En estos momentos le daría de bofetadas.

¿Dónde me estoy metiendo? Presiento que todo esto no se quedará aquí. Pero ni por un segundo imagino que seis meses después, en el momento en que escribo este libro, Abu Bilel seguirá teniendo graves consecuencias en mi vida. De momento, empiezo solo a decirme que si quiero utilizar a este terrorista para sacar información, tengo que hacer que Mélodie exista de verdad. Construirle una «leyenda», como en los casos de espionaje, y quizá reservarle un final sacrificial. Hacerla pasar al otro lado del espejo. Hacer que posea un poco de todos los chavales atrapados por la yihad que me han marcado, una amalgama de los hermanos Bons, de Norah, de Clara, de Leila, de Élodie, de Karim y de su mejor amigo. Sus familias tienen que desplazarse a la frontera turco-siria para conseguir pruebas de que están vivos. Casi siempre vuelven con las manos vacías. Si Mélodie entabla correspondencia con este hombre, que, dada su edad, no parece ser un principiante, quizá le sacaré alguna información útil. Quien no lo intenta no lo consigue. Y además tengo muchas preguntas en el aire. Las respuestas, si las encuentro, enriquecerán enormemente los temas de los que

escriba más adelante. Doy el paso de forma antropológica. Entretanto, lo que necesito por encima de todo es dejar de pensar en Abu Bilel.

He quedado con mi novio en mi casa. Le llamo y le digo que prefiero pasar la noche en la suya. No le comento nada de Abu Bilel. Me limito a decirle que esta noche me apetece dormir en su casa.

Sábado por la mañana.

Milan me ofrece una Coca-Cola *Light*, el *M* —el suplemento de *Le Monde*— y su iPad. La Coca-Cola es mi café matutino. Soy una niña que no sabe beber bebidas de adultos a las horas indicadas. Milan conoce mis costumbres, y su tablet está siempre conectada a la cuenta de Facebook de Mélodie para que pueda echar un ojo a la «actualidad». Mientras dormimos, muere Abu Suleiman^[7], un joven alsaciano que viajó a Siria. Decenas de internautas comparten y comentan la foto de su cadáver, con una media sonrisa en los labios. Milan se toma su café de lado, acurrucado contra mí. Me mira con cariño, como si yo fuera un caso imposible. «¿Tienes para mucho?», me pregunta, aún medio dormido. Sonrío y lo abrazo. Hojea *Le Film Français* mientras yo echo un vistazo a los comentarios sobre el «mártir» del día. Nada original. Parece que está mejor donde está ahora, que Dios está orgulloso de él y que todos deberíamos estarlo. Orgullosos de que haya «muerto por su causa» a los veintiún años.

Me interesan más otras cuestiones. Al parecer, Abu Bakr al-Baghdadi, el líder del EI, ha estado a punto de caer en una emboscada de Jabhat al-Nusra. El Frente al-Nusra sigue siendo el principal grupo terrorista armado afiliado a Al Qaeda en Siria. Suele identificarse equivocadamente esta brigada con Daesh, el acrónimo árabe de la organización Estado Islámico. Aunque durante un tiempo sus relaciones fueron cordiales, incluso armónicas, ya no es así. Ya no persiguen el mismo objetivo ni al mismo adversario. El enemigo histórico de Al Qaeda sigue siendo Occidente, los cruzados. Por su parte, Daesh pretende crear un Estado islámico, un califato suní entre Irak y Siria. Se trata, en primer lugar, de expulsar del poder a todos aquellos que se declaran directa o indirectamente chiíes, empezando por la minoritaria rama alauí, que dirige el país, y después derrocar el poder chií de Irak. Volver a épocas medievales, instaurar un islam triunfador, guerrear montados a caballo y apoderarse de territorios por la fuerza son los métodos y la aspiración del Estado Islámico. Al Qaeda comparte esta ideología, pero, ante todo, quiere menoscabar las fuerzas occidentales y dar muestra de su dominio y de su fuerza de ataque, como en los atentados del 11 de septiembre de 2001. Simplificando al máximo, me da la

impresión de que Daesh quiere eliminar primero a todos los herejes de su zona geográfica, mientras que Al Qaeda se centra en los infieles.

Cuando mis entrevistas me conducen a un yihadista, le pregunto por sus aspiraciones si el siguiente episodio concluyera con su soñada conquista de Oriente. Suelen contestarme la misma cantinela: «El Estado Islámico desembarcará a las puertas de Estados Unidos para hacerles la guerra y someterlos a la voluntad de Dios. Después aboliremos todas las fronteras. La tierra será un gran Estado islámico que responderá a las leyes de la sharía». Al dar una base territorial a su utopía, Daesh ha triunfado allí donde Al Qaeda ha fracasado. Mientras esta última multiplicaba minuciosamente sus células por todo el mundo, Daesh, además de hacer la guerra, instauraba una auténtica política y constituía un ejército de fanáticos, oficialmente en Siria, y extraoficialmente en Irak. Un ejército formado por los suníes hostiles a la invasión estadounidense en Irak antes de que miles de combatientes extranjeros llegaran a engrosar sus filas. Al mismo tiempo, la organización terrorista opera gracias a su arma de guerra favorita: la propaganda virtual. Hasta ahora, la imagen anticuada de talibanes viviendo como ermitaños en grutas afganas limitaba los deseos de seguir sus pasos. Pero la comunicación de los nuevos soldados 2.0 de la yihad da en el clavo. El EI inunda YouTube de vídeos ultraviolentos, y su velocidad de actuación y el cumplimiento de sus amenazas marcan a miles de occidentales lobotomizados. «Las promesas solo incitan a los que las escuchan». Esto es tristemente cierto en el caso de estos jóvenes yihadistas. Faltos de reconocimiento, la mayoría se dirigen al frente con la aspiración última de colgar en internet una foto suya vestidos de soldados. Allí sin duda adquirirán importancia, que además podrán mostrar en Twitter y en Facebook. Lo que convierte en exacta y en premonitoria la famosa frase que dijo Andy Warhol en 1968: «En el futuro todo el mundo tendrá sus quince minutos de fama mundial». Yo nací a principios de los años ochenta, que no fueron precisamente la década más fecunda en el plano musical. En 1997 mis gustos musicales me llevaron al mítico álbum de IAM: *L'École du micro d'argent*. Todavía hoy me sé de memoria todas las letras de este ovni musical de dieciséis títulos. La canción «Petit frère», que habla de las costumbres de los más jóvenes, atraviesa el tiempo hasta hoy:

*Hermano menor sueña con coches, con ropa y con pasta,
con fama de duro, y por todo esto robaría la luna.
Colecciona fechorías sin preocuparse
del daño que hace, y a la vez pide respeto.*

En aquella época se trataba ya de religión, pero la religión no catalizaba el menor signo de representación exterior o de comportamiento. Algunos «hermanos menores de ayer» se han convertido en yihadistas. El dinero fácil, las armas y el trapicheo ya no les hacen fantasear. Su sueño: conseguir que se les respete y se les reconozca cada vez más. Convertirse en «héroes». Está claro que jugar a la guerra y dar cuenta de

ella no es lo mismo que ser el cabecilla del barrio y desahogarse con una PlayStation. Pero cuidado, no hay una única categoría de yihadistas. Últimamente ha habido casos de radicalización solitaria que han concluido con el viaje a Oriente Medio. Pienso concretamente en una chica de Normandía que creyó encontrar las respuestas a su existencia ella sola, en la red. Unas semanas después, la cristiana convertida se marchaba a engrosar las filas de las brigadas islamistas. Imagino a mi avatar de Toulouse, Mélodie, como una chica hipersensible que lo que busca no es dominar, sino ser dominada para encontrar un sentido a su vida. Como tantos otros jóvenes de cualquier época y de cualquier medio social, sufre el mal de vivir.

Más tarde, por la noche.

Milan se ha quedado dormido. En su acogedora habitación, cálida como él, doy vueltas y más vueltas en la cama. Como los postigos se han quedado abiertos, la luz de las farolas inunda el dormitorio de un halo poético. Este espectáculo nocturno habitual acompaña a mi insomnio sin ahuyentar las preguntas que se agolpan en mi cerebro.

Me levanto con cuidado. Milan duerme como un angelito, pero mi subconsciente me empuja hacia el salón y hacia un demonio atrapado detrás de una pantalla Retina. Hay tres nuevos mensajes de mi interlocutor, que me espera. Yo no esperaba tanto de él. Enciendo un cigarrillo. Ha enviado el primero a las dos y media de la tarde, hora de allí, un horario que sorprende en un fervoroso combatiente. A esa hora debería haber estado en el frente. O en otro sitio. Imaginarlo al mediodía metido en un cibercafé acosando virtualmente a una cría, me deja perpleja.

«*Salam aleikum*, hermana. ¿Cómo te encuentras hoy? Quería decirte que estoy a tu disposición si quieres hablar. Estoy en el rincón».

¿El rincón? ¿Qué rincón? No tengo tiempo de pensarlo, porque me atrapa el siguiente mensaje:

«¿A qué hora estarás conectada para que podamos hablar? Tengo muchas ganas».

«De hecho, tengo una dedicatoria especial para ti... *Mashallah*».

La «dedicatoria» en cuestión es una foto suya, armado hasta los dientes. So *glamour*... Lleva en bandolera un enorme fusil de asalto tipo M4. Su frente está cubierta con la cinta negra con letras blancas del EI. Está muy tieso, con el torso abombado. Sonríe. Pienso ingenuamente que todo esto parece irreal. No me conoce. ¿Y si me escondiera detrás de la identidad de Mélodie? ¿Si fuera un policía oculto detrás de su pantalla? ¿O un periodista en busca de información fiable y de fuentes sólidas? No, a Abu Bilel no le preocupa. Es evidente que cree que ha atrapado un pez. El contenido de sus mensajes parece indicar que no va a dejarlo escapar de sus redes. ¿Suele actuar así? Deben de ser las cuatro de la mañana. Yo esperaba respuestas, pero se multiplican las preguntas.

A menudo se dice que los periodistas son perros que siempre andan en busca de un hueso que roer. Es verdad que en este momento me estimula adentrarme en la

psicología del asesino. De este asesino. Admiro a los que tienen fe. Envidio la fuerza que les proporciona. Debe de ser una muleta muy valiosa para avanzar frente a los dramas que inevitablemente salpican la existencia. Pero cuando la espiritualidad es una coartada para asesinos que la corrompen, entonces yo, Anna, me siento autorizada a convertirme en otra persona. Al menos virtualmente. Está decidido. Para Bilel, seré Mélodie, una chica perdida, resignada e ingenua a la vez. Desde un punto de vista estrictamente deontológico, mi método puede parecer discutible. Sin embargo, en un momento en que la comunicación es tan importante, esta organización terrorista hace cualquier cosa para darse a conocer y alistar la mayor cantidad de individuos posible. Mi consciencia se ha decidido. Abu Bilel no será objeto de un reportaje. Lo que deseo es cribar lo que dice y desenmarañar lo verdadero de lo falso. Para empezar, la cantidad de hombres que sirven al Estado Islámico. ¿Cuántos franceses? ¿Cuántos europeos? ¿Hay realmente mujeres que van a satisfacer el placer de los yihadistas para servir a la causa de Dios? ¿También ellas toman las armas? Abu Bilel quiere arrastrarme hacia su voluntad de dominación religiosa, y al mismo tiempo multiplica las viudas y los huérfanos en un país minado por las divisiones confesionales. ¿Me contará en algún momento los sangrientos enfrentamientos en los que participa?

Empieza a amanecer, y navego en la «darknet», los entresijos de la web, buscando información sobre él, lo que sea. Desentierro decenas de conversaciones entre muyahidines y aprendices. Nada concluyente. No obstante, me entero de que ha tenido lugar una importantísima batalla en Siria, en la región de Deir ez-Zor, a menos de quinientos kilómetros de la frontera con Irak, país todavía magullado por el espectro de Sadam Husein y la invasión estadounidense. Intercepto una conversación que habría tenido que llamarme la atención: «Lo he filmado todo, ¡los aniquilamos! Pero al-Baghdadi y sus emires se han quedado en casa, por si esos perros de al-Nusra nos habían vuelto a tender una trampa. Puedes localizar a Guitone. Está con ellos». Hace mucho que sé quién es al-Baghdadi, el peligrosísimo líder de Daesh. Pero como esta noche no encuentro nada concreto sobre Bilel, me interesa Guitone. Conozco «bien» a este marsellés de veintidós o veintitrés años. Tras una larga estancia en Gran Bretaña, se unió a Daesh y no tardó en ascender en su jerarquía. Posee tres bazas fundamentales que lo hacen ineludible en la encarnizada propaganda virtual del EI: es muy guapo, se sabe de memoria la religión y es capaz de predicarla en cuatro lenguas distintas.

Algunos compañeros y yo le llamamos «el agregado de prensa». Cuando necesitamos verificar nuestros datos, siempre nos informa encantado y por extenso. Guitone conoce mi verdadera identidad: Anna. Nos hemos comunicado en varias ocasiones, cuando lo he necesitado. La última vez que hablé con él fue el pasado mes de marzo; hablamos sobre Norah, una chica de quince años, de Aviñón. Yo acababa

de conocer a su familia, que me aseguraba que se había unido a Jabhat al-Nusra, no al EI. Guitone me confirmó la información y su posición geográfica.

En su cuenta de Facebook reivindica su pertenencia a Daesh y no duda en aparecer en vídeos: Guitone de visita en los hospitales con los pobres yihadistas heridos; Guitone armado hasta las cejas saboreando un festín en la frontera turca y, de paso, burlándose de Francia y de Turquía; Guitone saludando a una multitud de combatientes enfervorizados en las calles conquistadas de Raqqa. Cada una de sus apariciones hace salivar literalmente a decenas de adolescentes de toda Europa. Viste de la cabeza a los pies con ropa de marcas prestigiosas. Presume de vivir como un pachá y goza de un reconocimiento más allá de lo imaginable. Se le respeta por lo que es. Siempre muestra una sonrisa angelical. Es su marca de fábrica. En un país inmerso en una dramática guerra, ¿qué mejor que un hombre feliz para convencerte de que abracés su causa? Hay que admitir que es perverso. Así que habría podido mandar un mensaje a Guitone en calidad de periodista para que me aclarara detalles del último combate, en el que no estaban los «emires». Pero no lo mando. Todavía no sé que Guitone, Abu Bilel y Baghdadi son amigos. Incluso muy amigos. Sigo revisándolo todo con lupa, pero no encuentro nada de Bilel... ¿Quién es? Ahora me intrigan todavía más su edad y su experiencia en el «campo de batalla», que adivino. Presiento que voy al encuentro de una personalidad más compleja que la de los jóvenes a los que he podido seguir hasta ahora.

Domingo por la tarde.

«Sympathy for the Devil», de los Stones, se estrella contra las paredes de mi salón y resuena como un presagio. Enciendo el ordenador y descubro más mensajes de Bilel. Apenas he tenido tiempo de leerlos cuando se conecta y se dirige de inmediato a su marioneta virtual. En sus primeros *posts* le cuesta disimular su tosca insistencia. Cada tres líneas, el mercenario invita a Mélodie a dejar el Facebook y pasar al Skype, un chat que une los encantos del sonido y del vídeo. ¿Responde su obsesión a la prudencia? ¿Quiere asegurarse de mi identidad? ¿O desea verificar con sus propios ojos si le gusta el pez que nada directo a sus redes? Me hago la tonta. Mélodie se limita a contestar:

«¿Por qué quieres pasar al Skype?».

«Las conversaciones son más seguras en Skype, hermana, ya entiendes lo que quiero decir».

No, no lo entiendo. Termina su frase con un emoticono: una cara redonda de color amarillo que me guiña un ojo. Es absurdo. Él es absurdo. En su perfil jura «servir al Estado Islámico», así que sigo con el tema:

«Trabajas para el EI, ¿qué puesto ocupas? En Francia dicen que no es la brigada más fuerte».

Oculto detrás de Mélodie, no puedo evitar soltarle una pulla. Añado también yo un emoticono. Esta vez la cara tiene las mejillas rojas de vergüenza. Bilel me contesta enseguida en tono vanidoso. Quiere mostrarse firme y convincente: Daesh representa el *súmmum* del poder, no solo en Siria, sino también en el resto del mundo. Acuden soldados de todos los rincones del planeta a incorporarse a sus batallones. Pero no solo eso, asegura mi interlocutor, tan encantador como pedagogo:

«Hay tres tipos de combatientes: los que están en el frente, los que se convierten en kamikazes y los que volverán a Francia para castigar a los infieles».

«¿Castigar? ¿Cómo?»

«Ya sabes... Como Mohammed».

Bilel se refiere a Mohammed Merah, el loco asesino de Toulouse. Pero Mélodie no lo entiende.

«¿Quién es Mohammed? ¿Y cómo castiga a la gente?»

«Vives en Toulouse, ¿no? ¿Te suena el asesino de la moto? La regla principal es aterrorizar a los enemigos de Alá».

«Pero Merah mató a niños... Un niño es inocente y puro. No puede ser enemigo de nadie».

«Qué ingenua eres, Mélodie... ¿Te gustan los niños? Algún día los tendrás, *insha'Allah*. Aquí muchos huérfanos esperan a una madre, ¿sabes? Las hermanas de Daesh se ocupan de ellos todos los días, son fantásticas. Te llevarías bien con ellas, os parecéis mucho».

Bilel se va por las ramas. Su método: intentar adormecer a una Mélodie a la que no conoce de nada acunándola con dulces melodías. En el fondo, el tema es lo de menos, porque la lleva hacia donde quiere. Como Mélodie deja entrever cierto cariño por los niños, Bilel le apunta la idea de que podría ser una madre sustituta. Mélodie ya ha olvidado la conversación sobre Mohammed Merah. Esboza una sonrisa imaginando su sacrificio por los que están peor que ella. Como si la desgracia de los demás pudiera ayudarla a expulsar la suya. Desde hace un tiempo se hunde en el mundo gris que la rodea. Haga lo que haga, siente que todo es igual, que pierde el tiempo. En definitiva, de que todo es un desastre. La verdadera felicidad es un sentimiento efímero y raro, del que apenas recuerda la fuerza que proporciona. Mélodie está perdida y cansada de esta vida monótona en la que no vislumbra el menor futuro. Veo en ella una personalidad que oscila entre la «adolescente perdida» y un pasado difícil que le ha dejado demasiadas cicatrices. Busca un objetivo.

¿Y si Bilel y sus bellos discursos fueran esa pequeña luz de esperanza que devuelve la fe en la vida? El asesino intenta delimitar las motivaciones de la chica respecto de la yihad. Parece un comercial que, antes de empezar su demostración, se asegura de entender bien los resquicios y las expectativas de su presa. Para él, Mélodie no es más que un perfil tipo. En cuanto la haya clasificado en una categoría, le bastará con soltar con su voz grave y en tono convincente la respuesta adecuada. Bilel es un genio malo. Y un experto en ventas que le ha preguntado, no si piensa hacer la yihad, sino qué quiere encontrar cuando la haga. El matiz dista mucho de ser neutro. Bilel todavía no sabe casi nada de Mélodie: ni su edad, ni el color de sus ojos, ni su situación familiar. No parece preocuparle. Como si un solo dato básico bastara para que le resultara interesante: el hecho de que se haya convertido.

Y Bilel está convencido de que la fe de Mélodie es lo bastante fuerte para empujarla a reunirse con él en el país más peligroso del mundo. Lo único que le preocupa es saber su opinión sobre los yihadistas. Me da la impresión de que está sondeándome con un audímetro de Sofres. Elaboro la respuesta de Mélodie con las opiniones unánimes que he oído en mis diversos reportajes en barrios considerados de riesgo.

«Me contaron lo que Israel hacía a los niños palestinos. Vi decenas de vídeos horribles que mostraban a bebés muertos. Empecé a seguir en Facebook a varios

hermanos tuyos que se fueron a hacer la yihad y luego a Siria. Algunos muyahidines hacen el bien, y otros el mal, así que no sé qué pensar».

«¡Piensa solo en el bien! Yo mismo soy un gran muyahidín, hace mucho que entré en la religión, y te lo digo: puedo ser muy, muy bueno con las personas a las que quiero, y muy, muy duro con los infieles. Espero que tú no seas uno...»

«¿Cómo voy a serlo? Me he convertido...»

«Vale, pero no basta... Limitarse a rezar cinco veces al día y cumplir el ramadán no basta. Ser un buen musulmán, como quiere el Profeta, es venir al País de Sham^[8] y servir la causa de Dios».

«Pero no puedo dejar a mi familia aquí y abandonarlo todo».

«Mala respuesta... Deduzco que eres capitalista».

Mérodie no es un mono de imitación. La verdad es que el capitalismo no le dice demasiado. ¿Y qué tiene que ver con su familia? No entiende adónde quiere ir a parar Bilel, quien no tardará en explicarle que solo debe responder ante el tribunal islámico (la sharía, doctrina islámica radical que se aplica en muy pocos países) y dar la espalda a la sociedad de consumo en la que ha crecido. Bilel es terminante: Mérodie no debe someterse a las leyes de su país. Las que ahora prevalecen emanan de una determinada forma de islam radical. El islam «puro» que él ha abrazado. Por supuesto, la ingenua Mérodie no ve venir nada. Se deja devorar de todos los modos posibles. Ni siquiera apunta las contradicciones de Bilel, que ataca la sociedad de consumo cuando todo en su aspecto es reflejo de ella, desde sus Ray-Ban hasta sus Nike último modelo.

«Capitalista es una historia de la oferta y la demanda para encontrar un equilibrio, algo así, ¿no? LOL».

«Pequeña, el capitalismo es la gangrena del mundo. Mientras tú te atiborras de Snickers delante de la MTV, compras discos de Booba y miras los escaparates de Foot Locker, decenas de los nuestros mueren cada día simplemente porque pedimos vivir felices en un Estado que sea solo para nosotros, los musulmanes. Mientras nosotros arriesgamos la vida, vosotros os preocupáis todo el día por frivolidades. Ser religioso significa luchar para imponer tus valores. Lo siento por ti, Mérodie, porque siento que tu alma es bella, y si te quedas en medio de todos esos *kuffar*, arderás en el infierno. ¿Sabes lo que es la explotación del hombre por el hombre?»

Ahora cita a Marx... ¿Conoce de verdad la doctrina del filósofo alemán y su idea de la lucha de clases? ¿O se limita a repetir machaconamente un discurso que ha tomado de otros? Pienso en Guitone, «el agregado de prensa» del EI, vestido de Lacoste de la cabeza a los pies. Pero Mérodie se queda pasmada ante el camino que Bilel promete a los *kuffar*. Su vida cotidiana en Occidente la desespera. Pero ¿es tan oscuro, comparado con el destino más que precario de los sirios, que Bilel le cuenta con pena? Su interlocutor querría que el miedo que le insufla dominara su creencia. Logra sembrar en ella la duda, y, al mismo tiempo, un fuerte sentimiento de culpabilidad.

Este Abu Bilel es diabólico. Observo la foto de su perfil. No está nada mal. Las graves faltas gramaticales que comete apenas mellan su fuerza de convicción. ¿Cómo ha llegado a esta radicalidad, a esta enorme servidumbre ciega, y, por lo tanto, especialmente peligrosa? Algunos padres de yihadistas comparan el reclutamiento de sus hijos con métodos a los que recurren las sectas. Algo de eso hay. Bilel, el gurú, presenta la guerra a Mélodie como una misión divina que ella debe cumplir en nombre de una profecía que apenas entiende. Acabo de fumarme un cigarrillo y enciendo otro.

«¿Estás diciéndome que si no voy al País de Sham, soy una mala musulmana que nunca irá al paraíso?»

«Exacto... Pero aún estamos a tiempo, voy a ayudarte... Seré tu protector. ¿Puedo hacerte una pregunta?»

Y otro emoticono. Ya estaba tardando. Así que Mélodie puede elegir entre Siria y el infierno. En la postal que describe Bilel, Siria nada tiene de infernal. El yihadista, que ha tejido su tela, sigue escribiendo:

«He echado un vistazo a tu perfil y solo he encontrado una foto. ¿Eres tú?».

¡Mierda! Había olvidado totalmente esa foto. Cuando creé la cuenta de Mélodie en Facebook, hace seis años, las mujeres de los radicales religiosos todavía podían llevar la cara descubierta. Pero ahora los pocos islamistas radicales que dejan que sus mujeres accedan a las redes sociales ya no les permiten mostrarse. Y no pensé en eliminar esa vieja foto del perfil que muestra la cara de una guapa rubia.

Pillada por sorpresa, improviso:

«Es una foto de mi hermana mayor. Como ella no se ha convertido, no se cubre la cara. Pero yo sí».

«¡Qué susto, *Mashallah!* ¡Nadie debería poder verte! Una mujer respetable solo se muestra a su marido. ¿Qué edad tienes, Mélodie?»

Hasta ahora tenía la sensación de estar hablando con un vendedor de coches, pero ahora me da la molesta impresión de estar hablando con un pedófilo. Me gustaría contestarle que Mélodie es menor de edad para ver cómo reacciona. Pero si tengo que hablar con él virtualmente por Skype, no colará. Ya he cumplido los treinta. Aunque aparento menos edad de la que tengo, no soy tan tonta como para pensar que puedo hacer el papel de una adolescente.

«Voy a cumplir veinte».

«¿Puedo preguntarte otra cosa?»

Es evidente que la edad de Mélodie le importa un bledo. ¿Le hablaría igual si hubiera dicho que tenía quince años?

En Siria son las doce de la noche. Las once en Francia. Mi paquete de Marlboro está vacío. Yo también estoy agotada y siento que su siguiente pregunta va a terminar de rematarme por esta noche.

«¿Tienes algún pretendiente?»

Tocada. Hundida. La conversación adquiere un giro que temía. Mélodie no se extiende, no puede:

«No, no tengo ninguno. Pero me molesta hablar de esto con un hombre. Es *haram*^[9]. Mi madre va a volver del trabajo, tengo que esconder mi Corán y meterme en la cama».

«¡Pronto ya no tendrás que esconder nada, *insha'Allah!* Dime solo si puedo ser tu pretendiente».

«Pero si no me conoces...»

«¿Y?»

«Y quizá no te guste».

«Eres muy dulce. Lo que importa es tu belleza interior... Tengo un buen *feeling* contigo y quiero ayudarte a vivir la vida que te espera. Me sangra el corazón al saber que tienes que esconderte para rezar. Lucho por eso todos los días, para que se respete la sharía».

Me invade la rabia. Lo que me molesta no es tanto su petición como su manera de instrumentalizar la religión. El islam, y esta opinión solo me compromete a mí, es un culto noble que llama a sus fieles a la solidaridad. Yo, que soy agnóstica, admiro a esta comunidad, que sabe reconocerse en cualquier parte del mundo. André Malraux predijo: «El siglo XXI será religioso o no será». A menudo se ha malinterpretado esta cita. Malraux aludía a la espiritualidad, a los sentimientos «elevados». Pero Bilel reivindica una doctrina que, entre otras prácticas de otras épocas, obliga a las mujeres a llevar velo integral y las incita a casarse a partir de los catorce años. Algunas de estas leyes preconizan una violencia intolerable: la mujer adúltera es lapidada, al marido que se comporta de la misma manera solo se le castiga con una multa, al ladrón le cortan la mano... Y Daesh quiere instaurarla definitivamente en Oriente Medio, y después en el resto del mundo.

Sobre este tema Bilel se convierte en profesor: para respetar la sharía, Mélodie no deberá mostrar a nadie un centímetro de su cuerpo, manos incluidas. El velo, que deja entrever su rostro, no basta. Debe adoptar el burka y añadir otro velo por encima. Sus recomendaciones me sacan de quicio cada vez más. Calmo los ánimos.

«Mi madre nos ha criado sola a mi hermana y a mí. Tiene dos trabajos a media jornada solo para que no nos falte de nada. Me convertí en secreto, pero ella no me impide vivir mi culto».

«Seguro que tu madre es buena persona, aunque está un poco perdida... Espero que pronto encuentre el buen camino, el único: el de Alá».

Me quedo sin palabras ante su estrechez mental, su pasmosa mala fe y sus juicios aquejados de ceguera. Su discurso es ideológicamente pobre, aunque relativamente coherente. Frente a todas las preguntas de Mélodie, Bilel recurre a la palabrería más básica: todas las respuestas están en el islam. La visión medieval del islam que preconiza Daesh. Vieja antífona de todas las ideologías dictatoriales... Sin duda ha llegado la hora de poner fin a esta conversación, que ya ha durado demasiado.

Mélo die repite que tiene que irse a dormir. Bilel asiente y le desea felices sueños. Y añade:

«Antes de dormir, contéstame: ¿quieres que sea tu pretendiente?».

Desconecto el Facebook.

Acabamos de intercambiar ciento veinte mensajes en unas dos horas. Los releo un buen rato. Avanzada la noche, acabo llamando a Milan.

Lunes.

Abro los ojos temprano. No es lo habitual. Voy corriendo al periódico con el que suelo colaborar, impaciente por contar a uno de los redactores jefes mi fin de semana, que puedo calificar como lleno de emociones. También él controla la expansión de los movimientos islamistas radicales en la red. Veinticuatro horas antes le había mandado por *mail* el vídeo en el que aparece Bilel haciendo inventario de su vehículo. Al jefe le sorprende que haya resultado tan fácil contactar con él. Como yo, cree que la grieta en la que me he metido es una ocasión única para llevar a cabo una valiosa investigación y, después, entregar un reportaje documentado sobre el fenómeno de la yihad virtual. Pero me pide que tenga mucho cuidado, porque todo esto puede ser peligroso. Sin dejar de repetirme que sea prudente, da otra vuelta de tuerca al proyecto asignándome un fotógrafo, André, un buen amigo mío, también colaborador externo. Llevamos muchos años trabajando juntos. Nuestro binomio funciona de maravilla gracias a la complicidad que tenemos. Voy a contestar que sí a la petición de Bilel de conversar por Skype. André se encargará de hacer fotos durante las videoconferencias con mi interlocutor. Conmigo, Anna, André será testigo del *show* que Bilel despliega ante Mélodie. Ahora mismo me siento un poco tonta. Me veo convertida en tema de mi tema, en uno de los dos protagonistas principales de esta historia para no dormir en la que cada uno solo ofrece una verdad parcial... Nunca me había sucedido y me inquieta. Más bien había pensado en Bilel como un genio maligno al que consultar en caso de necesidad. Y de repente me veo a mí misma dentro de la lámpara, teniendo que satisfacer sus deseos de dominación... Pero de momento lo urgente es pensar en un detalle que dista mucho de ser anodino: cómo convertirme en Mélodie. Tengo que rejuvenecer al menos diez años y encontrar un velo y todo lo que me ayudará a meterme en la piel de una chica joven. Otra redactora jefe, que había sido una gran reportera y que también supervisa el tema, me presta un hiyab^[10] y un vestido negro, una especie de chilaba. La radicalidad de Bilel es tan enconada que no se dirigirá a Mélodie si la mayor parte de su cuerpo no está oculta. Tiene treinta y ocho años, de modo que sus exigencias no son las mismas que las de los jóvenes yihadistas emergentes. Me viene bien. Que un probable asesino,

que en cualquier momento podría regresar a su país, Francia, me vea la cara no me entusiasma precisamente.

* * *

Esa misma tarde, hacia las seis, André llega a mi casa. En Siria es una hora más tarde, lo que nos deja unos sesenta minutos para prepararnos antes de que Bilel «vuelva de los combates» y contacte con Mélodie. Buscamos un ángulo ideal para encuadrar bien la pantalla del ordenador y que mi silueta se vea lo menos nítida posible. Las órdenes han sido estrictas: ante todo, la seguridad de André y la mía. Mientras hace los últimos ajustes en el salón, me pongo encima de los vaqueros y del jersey la ropa oscura de Mélodie. La chilaba negra, con su nudo de raso en la cintura, no me sienta del todo mal. La arrastro por el suelo. Hago una foto con el móvil de esta cola que cubre mis gastadas Converse. La verdad es que parezco tener veinte años. Pero mi habilidad con el velo es cómica. André se echa a reír al verme entrar en el salón. «Tienes que taparte mucho más la frente», se burla mientras immortaliza el momento en una foto. Me ayuda a colocarme correctamente el hiyab, que solo debe dejar al descubierto el óvalo del rostro, sin que se vea un solo mechón de pelo. Ya me he metido en burkas para otros reportajes. Nunca he sentido la sensación de ahogo que algunas mujeres describen. Dicen que las miradas que te lanzan en esos momentos son oprimentes, aunque la ropa en sí nunca me ha molestado. Pero llevar hiyab es nuevo para mí. Me da la horrible impresión de haber vuelto a la infancia y llevar un pasamontañas. Esta máquina de tortura que los padres te obligan a llevar me trae malos recuerdos. Como cuando tenía cinco años, me pica la piel, y no reconozco mi rostro, apretujado como una sardina en lata. Las carcajadas de André no ayudan a que la situación me parezca menos ridícula. Me quito los anillos. Supongo de antemano que a Bilel no le gustarán estos símbolos de frivolidad. Y además, si quiero convertirme en Mélodie, debo eliminar todo signo distintivo. No la imagino con mis anillos, enormes y vistosos. Disimulo con un poco de maquillaje el pequeño tatuaje que luzco en la muñeca. Me he pasado todo el día diciéndome que tenía que comprar acetona para quitarme el esmalte rojo de las uñas. Lo he olvidado. Lástima. Si el aguerrido combatiente me lo comenta, improvisaré una respuesta.

Se acerca la hora. André intenta tranquilizarme hablándome de otra cosa. Descubre en mí una mezcla de impaciencia, nerviosismo, duda y temor. Insisto en esta última palabra. No temo al terrorista al que voy a ver. He hablado por Skype con otros. Pero esta vez presiento que voy a obtener mucha información de él y me preocupa que Mélodie no pueda soportar lo que le cuente. Nada más encender el ordenador descubro que Abu Bilel está al pie del cañón, conectado al Facebook, y que espera impaciente a Mélodie.

«¿Estás ahí?»

«¿Pasamos al Skype?»

«¿Mélodie?»

«¿Hola? xD»

«¿¿¿Mélodie???»

«Perdón. *Salam aleikum*... ¿¿¿Estás ahí???»

Lunes, 20.00 h.

Allá vamos. Casi estoy lista. Estoy sentada en el sofá y con las piernas cruzadas. El respaldo es alto, lo que permite que no le dé a Bilel demasiadas pistas para que pueda identificar mi casa. Además, André ha descolgado de la pared una bonita foto muy conocida y bastante premiada, tomada en Libia hace tres años. Él se ha colocado detrás del sofá, en un ángulo muerto. Mélodie gana tiempo contestando antes por escrito a Bilel. Mi *smartphone* está ya preparado para grabar la inminente conversación. Tengo otro teléfono con tarjeta prepago que he comprado hace unas horas en un estanco. El EI está lleno de expertos en contraespionaje, acostumbrados a los diversos métodos de pirateo. Es más prudente que Bilel no tenga mi número. Así que desde ahora Mélodie tiene el suyo. También he tomado la precaución de crear una cuenta de Skype a su nombre. He encontrado en YouTube un tutorial que explica cómo ocultar la dirección IP. Si las cosas se complican, no podrá encontrarme en ningún sitio.

Suena el teléfono. El timbre retumba como el tañido de las campanas en un pueblo de luto. Si pulso el botón verde, me convierto en Mélodie. Me concedo tiempo para respirar hondo. Ya está, lo veo. Él también me ve. Por un instante, ninguno de los dos dice una palabra. Bilel mira de arriba abajo a Mélodie. Todavía lleva los ojos pintados con una gruesa línea negra. No duda en acentuar su mirada ardiente, como para hechizar a la joven Mélodie. No sé si es porque me cuesta enfrentarme a él, pero lo que me llama más la atención es dónde está. El yihadista habla con Mélodie por Skype desde su coche, con un *smartphone* último modelo. En un país en el que la mayor parte del territorio se queda sin agua y sin electricidad cada dos por tres, él dispone de un equipo de alta tecnología. La línea es buena, lo que no siempre es evidente en estas circunstancias. Por lo que él cuenta, Daesh tiene más de ONG que de organización terrorista, pero de momento lo mínimo que podría decir es que la imagen de Bilel no recuerda al personal humanitario al servicio de los más desfavorecidos. Parece muy pulcro, incluso arreglado, después de su jornada en el frente. Muestra una actitud de confianza, con los hombros hacia atrás y la barbilla hacia arriba. Pero me doy cuenta de que ver a Mélodie le pone nervioso. Al cabo de un rato que me parece interminable, acaba rompiendo el silencio:

—*Salam aleikum*, hermana.

Adopto una voz suave. No olvidemos que fumo como un carretero desde hace quince años. Lo más suave y clara posible. Y sonrío. De inmediato, y a lo largo de toda mi investigación, esta sonrisa se convertirá en mi mejor arma de defensa. Permitirá adornar la angustia de Mélodie cuando me pille desprevenida. Creo que voy a conseguir meterme en la piel de otra representando a la amiga comprensiva. Pero no soportaría ver ni un segundo los vídeos que de vez en cuando graba André de estos momentos. Cuando los consulto hoy, no veo a la ingenua y pura Mélodie, sonriente, que charla impresionada con Bilel. Me veo a mí misma, Anna, vestida totalmente de negro en un sofá que conozco tan bien y que ahora odio. La que sonrío soy yo. No es Mélodie. Ella no existe. ¿Debo avergonzarme de haberme prestado a este ejercicio? Soy una persona pudorosa, y siento arcadas cuando veo estas imágenes: aunque represente un papel, la actitud es la mía.

Mélodie responde con la misma fórmula de cortesía. Pero no termina la frase. André me desconcentra. Da saltitos alrededor del sofá para no entrar en el campo de visión de la cámara y se dirige a mí gesticulando mucho. Intenta hacerme entender que, en el fragor de la acción, no he contestado correctamente a Bilel. Debe responderse a un «*Salam aleikum*» con un «*Maleikum salam*». Por descuido, he cometido un error de principiante. Tengo ganas de reírme, y al mismo tiempo quisiera ver a André en mi lugar. Pero no puedo hacer nada, porque Bilel se ha quedado colgado en los labios de Mélodie. Por más que él esté en Siria, y yo en Francia, nuestras caras están a unos milímetros. No debo apartar la mirada de la pantalla. Me surgen mil pensamientos que nada tienen que ver entre sí. Oculto a André, que sigue saltando como un canguro, y me atoro ante la primera pregunta de Bilel:

—¿Qué hay de nuevo?

¿En serio? No me esperaba que quisiera escuchar el relato banal de cómo le ha ido el día a Mélodie, como se lo contaría a su mejor amiga. Me pilla de improviso y solo se me ocurre contestar:

—¡Muchas cosas! Pero soy tímida. Primero hágame de ti.

—¿Qué quieres saber? —me pregunta en un tono reforzado con una sonrisa que muestra su total confianza en sí mismo.

Ha mordido el anzuelo. Está claro que la vida de Mélodie no parece interesarle tanto... Peor para ella, y mejor para mí. Dicho esto, no quiero levantar sospechas y empezar demasiado pronto con preguntas que podrían amenazar con traicionar mi tapadera. Daesh sabe perfectamente que muchos periodistas y policías se ocultan detrás de falsos perfiles. Mélodie tiene veinte años, y lo que conoce es lo propio de una chica de su edad. No sabe gran cosa de política, de geopolítica y de guerras santas. Pasmada, sigue diciendo:

—Es genial hablar con un muyahidín que está en Siria. Parece que para ti es más fácil acceder a internet que para mí, desde Toulouse. Tengo que compartir el

ordenador con mi hermana, y muchas veces mi madre nos lo confisca. Y tú estás tan tranquilo en un coche. ¡Alucino! Hasta tu teléfono es más moderno que el mío.

Además de meterme en el personaje, ofrezco a Mélodie una manera de esquivar a Bilel en el futuro, si ella quiere. Depende de su familia y no siempre podrá satisfacer lo que él le pida cuando queden.

—¡Es que Siria es genial! ¡Aquí hay de todo! *Mashallah*, tienes que creerme. ¡Es el paraíso! Muchas mujeres se hacen ilusiones con nosotros, los guerreros de Alá...

—Pero en tu paraíso muere gente todos los días...

—Precisamente... Lucho para detener las masacres. Ni te imaginas lo diabólico que es aquí el enemigo. Mata y roba a los pobres sirios. También viola a las mujeres. Nos ataca, cuando nosotros estamos defendiendo la paz.

—¿El enemigo es el que dirige Siria?

—Entre otros. Pero hay muchos adversarios.

Después de nombrar el régimen de Bashar, también menciona al Frente al-Nusra (el brazo armado afiliado a Al Qaeda), a los sirios y a todos los que considera infieles. Daesh no duda en diezmar al pueblo, ya oprimido por la dictadura alauí, si no se somete a las reglas que la organización terrorista ha modificado e impuesto. Pero me da la impresión de que al guerrero no le apetece extenderse en este tema. Como su estrategia apunta a lobotomizar a su presa, no sería juicioso empezar por el relato sanguinario de las injusticias que comete a diario. Y menos aún extenderse en las que afectan especialmente a Mélodie: atacar a alguien más débil que él.

—Eres muy curiosa —sigue diciendo Bilel—. Dime una cosa, ¿llevas el hiyab todos los días?

Mélodie repite lo que me han contado casi todas las chicas convertidas en secreto a las que he conocido a lo largo de mis reportajes:

—Me visto normal por la mañana. Me despido de mi madre y delante de mi casa me pongo la chilaba y el velo.

—Muy bien, estoy orgulloso de ti. Lo que haces es muy valiente. Tu alma es buena. Y eres hermosa también por fuera...

Bilel escruta a Mélodie con ojos libidinosos. Ella le suplica que le muestre el paisaje. Bilel dice que está cerca de Aleppo. En realidad, debe de estar a unos kilómetros de la ciudad de Raqqa, el cuartel general de Daesh, la primera ciudad en la que la organización ha instaurado literalmente un Estado con sus leyes y su política estricta, y ha sometido a los habitantes por medio de la barbarie.

—El Profeta dice que hay que elegir a la esposa por su nobleza, porque esa es su belleza —añade—. Pero si además una mujer posee las dos...

Bilel se muerde los labios y mira con insistencia lo poco que entrevé de mí. Sonríe. A petición de Mélodie, baja del coche y su *smartphone* me muestra las imágenes de una Siria devastada. Nadie en los alrededores. Allí son las nueve de la noche pasadas. No se oye un ruido. De repente, unas voces de hombre rompen el lúgubre silencio. Bilel se dirige a mí en tono nervioso:

—¡No digas nada! ¡Nadie debe verte ni oírte! Eres mi tesoro, eres pura. ¿OK? Dime que lo has entendido.

Mélodie asiente. De su boca no saldrá un sonido hasta nueva orden. Eso me permite escuchar la conversación. Me parece distinguir las voces de otros dos hombres. Se saludan en árabe y siguen hablando directamente en francés, que parece ser su lengua materna. También se ríen mucho y se felicitan por «haberlos masacrado». Uno de ellos dice:

—*Salam aleikum*, ¿qué hay de nuevo por aquí? ¿Haces horas extras o qué?

—Vigilo, hermano, vigilo... Nada especial, todo tranquilo. Ya sabes que hemos limpiado la zona.

Apenas ha concluido la frase cuando una sonrisa sardónica aparece en su rostro, que a duras penas entreveo, aunque lo bastante para distinguir sus expresiones. Por «limpiar», Bilel quiere decir que su milicia ha tomado por asalto la zona. La sangre seca que percibo en el asfalto da testimonio de ello. Estandartes negros con las inscripciones blancas de Daesh flotan a lo lejos. Lo escucho despotricar acerca de varios asuntos, sobre todo de que está esperando con impaciencia su «cargamento americano», aunque también sus «barritas de chocolate»... André y yo nos intercambiamos una mirada elocuente. Los interlocutores de Bilel parecen tenerle cierto respeto. Lo felicitan mucho. La conversación es demasiado breve para sacar conclusiones, pero por la educación con que se dirigen a él, mi «contacto» debe de tener mucha más graduación que ellos. Un minuto después se despide de sus dos compañeros y retoma el teléfono, preocupado por ver si Mélodie lo ha esperado.

—¡Ah, estás aquí! Sigues siendo muy guapa...

—¿Con quién hablabas?

—Con combatientes que han venido a saludarme.

—Ah, me ha dado la impresión de que te daban explicaciones... Estoy segura de que no quieres fardar, pero eres jefe o algo así...

—Es verdad, no me gusta fardar... Pero soy muy respetado.

—¿Por qué? ¿Eres emir?

Bilel adopta un aire falsamente humilde.

—Te has dado cuenta... Pero no me gusta alardear. Tiene que quedar entre nosotros. Aquí todos estamos por lo mismo.

—Pareces muy decidido... ¿Puedo preguntarte por tu trabajo?

—Matar gente.

—¿Tu trabajo es matar gente? ¿Eso es un trabajo?

—Pues sí. ¿Qué te crees? Trabajo muy duro. ¡Esto no es el Club Med!

—¿Matas a infieles?

—Sí. También a traidores y a cualquiera que quiera impedir que el islam domine el mundo.

—¿Por qué? ¿Luego irás a conquistar el mundo?

—Abu Bakr al-Baghdadi, nuestro líder, nos guía para abolir todas las fronteras. Pronto, aunque llevará su tiempo, el mundo será una gran tierra de musulmanes.

—¿Y si no quieren?

—Bah, entonces manos a la obra... Y al final lo conseguiremos.

—¿Manos a la obra? ¿Los matarás a todos?

—Mis hombres y yo. ¡No puedo hacerlo solo, *Mashallah!*

—Estoy segura de que estabas en la toma de Raqqa... Las fotos del EI circularon por todas partes.

La batalla de Raqqa, en marzo de 2013, sigue siendo una de las más sangrientas que ha ganado Daesh. Allí dio muestras de su fuerza de combate. Además de la bandera de la organización, que ondeaba por toda la ciudad, las cabezas cortadas de los adversarios se exhibieron ensartadas en picas en una de las principales plazas de la ciudad. Fotos de estos cadáveres mutilados dieron la vuelta al mundo como arma de propaganda. Incluso Mélodie las vio en Twitter... En cuanto a mí, debo adoptar una actitud de robot y seguir haciendo preguntas. Ya reflexionaré después sobre la locura de Bilel.

—¡Me parto de risa contigo! Sí, claro, ¡los reventamos! Fue una pasada... Te mandaré fotos.

Me las mandará realmente. Este morboso recuerdo le procura un inmenso placer, que no intenta esconder. Todo lo contrario. Bilel prosigue:

—Pero qué más da, me haces demasiadas preguntas, ¡háblame de ti!

—Antes dime solo una cosa... Me cuentas que matas a los malos para sanear el mundo, pero ¿por qué mutilarlos? Si vuestra causa es noble, ¿por qué exhibir esa barbarie?

—En realidad, nosotros^[11] tomamos el territorio y eliminamos a todo el mundo. Pero cada uno tiene un puesto perfectamente definido. Yo, por ejemplo, como soy muy importante, y no quiero alardear, sobre todo superviso las operaciones. Doy las órdenes. Luego, cuando todos los *kuffar* están muertos, el que decide lo que hacer con sus cuerpos es el emir.

—¿Es decir?

—Bah, me has dicho que has visto vídeos y fotos, ¿no? Por ejemplo, aquel día el emir de Raqqa pidió que les cortaran la cabeza. Pero, venga, ¡háblame de ti!

—Vale, pero me da mucha vergüenza. Antes enseñame tu coche. Parece que está lleno de cosas.

Bilel se lo enseña, encantado cada vez que la que ya considera su prometida lo halaga. Mélodie le dice que la pequeña ametralladora blanca que sobresale entre sus

bártulos en el asiento trasero es muy bonita. Bilel la coge y le propone regalársela. Se echa a reír.

—No me extraña que te guste. A las mujeres os encanta este modelo porque es fácil manejarlo. ¿Te gustan las armas? Te regalaré muchas, y un bonito kalashnikov de propina.

Lo peor es que en este momento veo sinceridad en su rostro.

—Me gusta aprender cosas nuevas. Pero ¿tiene esto algo que ver con la religión?

—¿Quién te ha guiado hasta el camino de Alá?

Me muero de ganas de fumarme un cigarrillo. Ahora mismo mi cerebro no puede pensar en otra cosa. Ya he dicho que Mélodie existe después de años sin que exista realmente. No es más que un nombre en un perfil de Facebook. Esta misma mañana, ni siquiera imaginaba que iba a tener que improvisar para Bilel la historia de un alma perdida e hipersensible. No he tenido tiempo de inventar para él una vida «real». Me pica el velo, y cuando consigo lanzar una mirada a André, famoso por su hiperactividad, lo descubro literalmente atónito. Al verse pillada por sorpresa, Mélodie balbucea:

—Mi padre se marchó cuando yo era muy pequeña. Mis tíos se ocuparon mucho de mí cuando mi madre estaba desbordada. Me fascinó un primo mío, musulmán, por la paz interior que encontraba en su religión. Él me guio hasta ella.

—¿Sabe que quieres venir al País de Sham?

Una vez más, Bilel parte de la base de que todo consta en acta: Mélodie no tardará en llegar a Siria.

—No sé si voy a ir...

—Escúchame, Mélodie... Mi trabajo consiste, entre otras cosas, en reclutar gente. Soy extremadamente hábil en este terreno. Confía en mí, te tratarán muy bien. Serás importante. Y si aceptas casarte conmigo, te trataré como a una reina.

Lunes, 21.30 h.

¿Casarme con él? Desconecto el Skype, como movida por un instinto de supervivencia. Me bajo el hiyab hasta el cuello y me vuelvo hacia André, que parece tan pasmado como yo. Nos miramos, incapaces de repetir otra cosa que «¡Joder!» en bucle. Porque sabemos que nosotros podemos detenerlo todo ahora, y que en ese caso la noche no será más que una anécdota entre las muchas que acumulamos. Aunque no lo haremos, por supuesto. Queremos más... Es el objetivo de la investigación, saber cada vez más. Habría salido por patas si hubiera recibido la propuesta de Bilel cara a cara, pero nos separa una pantalla. Hay que relativizar. André estalla:

—Pero ¡qué hijo de p...! ¿Quiere casarse contigo ya mismo? —me grita como si se dirigiera directamente a Bilel.

André conoce bien los métodos de propaganda del EI, pero de repente ve que el horror es indescriptible. Es padre de unos gemelos de trece años, y este fenómeno de reclutar a niños le pone enfermo. Nació en Francia, de padre argelino cabilio y de madre española. Cree en Dios, pero, aparte de poner una vela en la iglesia de la Medalla Milagrosa cuando de verdad quiere que se le cumpla un voto, no practica ninguna religión. Sencillamente, tiene fe. Conoció a un montón de cabecillas como Bilel en su juventud, en una época en la que el Estado cerraba los ojos ante los pequeños delitos. Desprecia visceralmente el liderazgo que Daesh impone por la fuerza. ¿Qué responder a Bilel? Mi binomio me aconseja que me salga por la tangente, que le explique que, al no estar casada, Mélodie no quiere llegar sola a Siria. Si es que va.

Bilel vuelve a llamar. Aspiro frenéticamente el cigarrillo que me tiende André. Parece que me está amamantando. Daesh prohíbe y castiga con severidad el consumo tanto de tabaco como de alcohol. Al descolgar, Mélodie se excusa en que la señal de internet es mala y enlaza directamente con lo que André me ha dicho. Añade que si emprende el viaje, la acompañará su primo. De entrada, porque una mujer respetable no se desplaza sola, y además porque también él querría colaborar en la causa. Pero las explicaciones de Mélodie no alegran al combatiente.

—Si quieres, pero no veo por qué. No lo necesitas. Decenas de chicas llegan solas cada semana... No eres tan valiente como pensaba, Mélodie.

A los veinte años, uno intenta reivindicar el valor y el fervor. Y es lo que hace Mélodie.

—¿Que no soy valiente? ¡Se nota que no sabes nada de mi vida! Si debo dejarlo todo para hacer mi yihad, quisiera antes encontrar las respuestas a mis preguntas, y luego ir con mi primo. Si lucho, quiero saber por qué.

—Ah, bueno, ¿y en qué consiste tu vida, grandullona? Si tu primo fuera un creyente *verdadero*^[12], lo sabrías... Pero si de verdad quieres venir con él, haz lo que quieras.

Bilel muestra una expresión contrariada. Ahora mismo no lo entiendo, porque muchos muyahidines me han explicado que «guiar por el sendero de Alá» era una manera de abrir la puerta para, una vez muerto, llegar al paraíso.

—¿No confías en mi primo o es que prefieres que vaya sola?

—Haz lo que quieras, pero ¿no tienes amigas que quieran hacer su hégira?

Ya estamos. Me entusiasma ver cómo va a justificar ante Mélodie que no le disgustaría que llegara con un cargamento de amigas adolescentes. André no puede contener un bufido de rabia.

—No lo tengo tan claro, soy muy discreta sobre mi religión y muy pocos están al corriente. ¿Qué diferencia hay entre que llegue con un hombre o con una mujer?

—Ninguna. Sencillamente, en Europa a las mujeres os maltratan y os utilizan como objetos. —Bilel suspira—. Los hombres os exhiben del brazo como a trofeos. Cuanta más gente se una a Daesh, mejor; pero ante todo, los más maltratados, como las mujeres.

No me deja tiempo para que reaccione.

—Mélodie, contéstame... ¿Quieres ser mi mujer? ¿Has entendido lo que te he pedido? ¿Mélodie? ¿Quieres casarte conmigo?

—Yo... En fin... Son cosas demasiado bonitas y personales para hablarlas aquí, y tan rápido...

El hecho de que esté escuchando estas cosas delante de André me molesta todavía más. Estoy a un paso de coquetear por obligación con este loco, y con un amigo por testigo, un amigo que me considera como a una hermana y que conoce a mi novio. Corto el vídeo. Bilel podrá seguir charlando con Mélodie, pero solo oralmente^[13]. Lo hago por mí, por no tener que seguir soportando ese rostro pegado a la pantalla, que parece que está en el salón. Y cambio de tema:

—Mi amiga Yasmine es musulmana, pero se queja de que en Toulouse no puede honrar su culto como es debido. Podría ir conmigo, pero supongo que no es posible, porque es menor...

—¡Claro que sí!

—Solo tiene quince años...

—Lucho cada día para instaurar la sharía. ¡Aquí las mujeres deben casarse a partir de los catorce años! Que venga Yasmine, le buscaré a un buen hermano que se case con ella y que se ocupe de ella. Aquí es un trabajo poner en contacto a las

europas que vienen buscando marido. Esperan en un hotel a que les presenten a hermanos muyahidines solteros.

Yasmine no existe. Pero ¿cuántas Yasmynes reales y menores de edad están ahora mismo cayendo en las redes de hombres como Bilel?

—Bilel, tengo que colgar, llega mi madre.

—Te esperaré mañana. Como siempre, después de los combates, a las ocho. *Insha'Allah*... Buenas noches, mi niña.

¿Mi niña?...

* * *

Me desconecto. André se levanta y va a abrir la ventana. En este salón nos ahogamos. Ya sabíamos más o menos cómo funciona el tema. Pero este acoso, tan rápido... André echa pestes contra Bilel, mientras yo voy de un lado a otro. Está confundido, como yo. Consternación, rabia, indignación, pero también cierta satisfacción por el éxito de nuestros primeros pasos en la psicología del asesino. Tendremos que soportar su ideología sangrienta y entrar en su juego. Pero también él ha entrado en el de Mélodie. En ningún momento ha parecido desconfiar de su interlocutora, y presentimos que el resultado puede llevarnos a algo coherente. ¿El juego merece la pena? Todavía dudosos, analizamos las palabras del terrorista. Me he quitado inmediatamente el velo, pero no la chilaba. Al levantarme, estoy a punto de pisarla y caerme al suelo. A pesar de que André nunca pierde ocasión de burlarse de mí, apenas se fija. Al final se marcha a su casa alterado y, paradójicamente, con un subidón de adrenalina. Luego, preocupado, me bombardea a mensajes hasta bien entrada la noche. Mi compañero tiene muy pocos defectos, aparte del de no ser buen pedagogo... En ellos me advierte de que corro un riesgo enorme. Pese a que entre nosotros nos permitimos burlarnos de Bilel, es tan consciente como yo de que el hombre que está al otro lado de la pantalla es peligroso. Quiere seguir, pero mejor será no poner demasiado nervioso al yihadista. Sus represalias podrían ser terribles. «Abreviemos al máximo el tema, Anna, y pasemos a otra cosa», me dice.

Mérodie.

Mérodie es un vals de mil tiempos. La vida, por la que ha pasado como una funámbula, la ha convertido en una bomba de relojería. No desea ningún mal a nadie, excepto a sí misma. Está atormentada porque se mata a vivir. Mérodie llora desde hace veinte años a un padre al que apenas conoció. Cree que el hombre al que nunca pudo llamar papá se marchó porque ella nació. No quería casarse, y menos aún ser padre. El nacimiento de su segunda hija acabó con su paciencia, tan poco habitual como poco sincera. Jamás la aceptó. Desde que Mérodie se enteró, se esfuerza por reparar los corazones rotos y las cabezas revueltas de sus amigos, porque no ha podido recomponer la pareja de sus padres. Y ser «la amiga que escucha» es el papel perfecto cuando, como ella, se quiere acallar los propios males. Olvida su angustia ayudando a los demás. Por un momento se siente menos vacía. Hace veinte años que recorre su vida a ciegas, buscándole un sentido, pero sin preocuparse del mañana. La benjamina de ese clan de mujeres se ahoga en plena crisis de confianza en sí misma. Si Mérodie llegara a plasmar en palabras los sordos dolores que la corroen, confesaría a su madre que, al final, quizá estaban mejor sin su padre en casa. Que la madre coraje se las ha arreglado bastante bien con sus dos hijas. En general, los niños que van a hacer la yihad mantienen el contacto al menos con su madre. Aunque intentan convertirlas, el hilo materno sigue siendo el único punto de anclaje que remite a su vida anterior. Mérodie es voluble e imprevisible, como todos los terroristas. Sedienta de prohibiciones, pule su cultura en la calle mientras su madre busca un trabajillo tras otro y deja de respirar el 15 de cada mes. Los únicos horizontes que madre e hija contemplan juntas perfilan la desilusión y el temor. Hace unos años, Mérodie pensaba que llegaría el día en que su madre iría a identificarla a la morgue. ¡Cuánto quiere a su madre! Pero son tan diferentes que Mérodie no consigue mostrarle su amor. Los males silenciados la convirtieron durante un tiempo en una niña «problemática». Luego, a fuerza de silencio, la dejaron vacía. Vacía de amor y de esperanza. En aquella época salía con un grupo de chicas, conocidas en su conflictivo barrio, Bellefontaine, por su violencia y sus robos en tiendas. No les tenía demasiado aprecio, pero encontraba en ellas algo de consuelo cuando los aburridos días de clase se hacían interminables. La mayoría de las chicas, todas menores y con aparatos en

los dientes, estaban acostumbradas a pasar las noches al pie del cañón haciéndose las sordomudas. Para robar en las tiendas, pero también para pelearse.

Su especialidad: golpear fuerte. No importa el embrollo, ni siquiera si el adversario lleva pantalón. Dedican la mayor parte del tiempo a beber Fanta, a compartir hamburguesas de pescado del McDonald's y a bailar ritmos que están de moda en aparcamientos o en parques. Mélodie solía aburrirse. Creía que ella no despertaba el interés de nadie y le sorprendía formar parte de un grupo. No conseguía que le interesaran las conversaciones sobre los *realities* del momento, ni tampoco lo que decían sobre aquella chica que no conocía y a la que habían desvirgado. Como se sentía tan diferente de las demás, la explicación era necesariamente que la que tenía un problema era ella... Por más que su historia personal sea triste, resulta banal comparada con las vidas que la rodean. Cuando sus amigas le contaban sus penas, Mélodie las consolaba sin decir una sola palabra sobre su propio malestar. Nunca le ha gustado llamar la atención. Tampoco pretende dar pena. Solo quiere que la quieran. Poco a poco, se volvió indiferente al mundo que la rodea. Al mismo tiempo, las chicas del grupo la protegían. Todas eran hijas de inmigrantes, tenían otro lugar de origen. Mélodie es blanca y solo sabe el apellido y la fecha de nacimiento de su padre. Siempre había querido nacer en otro sitio, aunque no sabe dónde exactamente. Fumó hachís hasta que dejó de tener edad de «hacerlo rular». Cada una el suyo. Y luego lo dejó correr. Otra cosa que contribuyó a hacerle perder todas sus ilusiones. En el barrio «Bellefo», de Toulouse, donde siempre ha vivido, los rumores, a menudo mal informados, se extienden como la pólvora. Demasiado. En determinadas fases de su vida, en las que escuchaba lo que no debía, se permitió ciegamente desafiar algunas prohibiciones. Rozó la delincuencia de poca monta. Su percepción de la diferencia entre el bien y el mal se volvió cada vez más confusa y más porosa. Sin embargo, igual que ocurría con todo lo que había probado hasta ese momento, una vez bajaba la adrenalina, Mélodie no se sentía mejor en su piel. Se sentía incluso mucho peor cuando esquivaba la mirada de quien la había traído al mundo al volver a casa después de haber pasado un día en la comisaría de la esquina. Intentaba demostrarse algo o quizá rellenar su abismo interior. Su naturaleza crédula no le ayuda a diferenciar las buenas acciones de las malas. En un mundo de hadas, no habría querido ser Cenicienta, sino Robin Hood. Su instinto de supervivencia, que adquirió observando las lágrimas de su madre y la angustia imperante en su barrio gris, la ha provisto de armas para no sucumbir a otros vicios. Los chicos nunca le han suscitado verdadero interés. Algunos flirteos poco memorables le quitaron las ganas de enamorarse. Le gustaría reservarse para el gran amor, «el que vuelve loco», como le repite su madre como una sentencia desde su más tierna infancia. Inconscientemente, Mélodie busca más a un padre que a un novio. Un hombre protector y lo bastante fuerte para darle audacia y energía para vivir. Una persona en la que pueda tener una confianza absoluta. En definitiva, alguien maduro, como Abu Bilel. Él supone un atolón en su vida desierta. Él cataliza su obsesión de no querer

llevar una vida monótona y solitaria, como la de su madre. Mélodie ve en él el único remedio a sus males. Ir a ayudar al pueblo sirio parece un destino mucho más ambicioso que seguir el que considera ya escrito. Ya no consigue conjurar el dolor que habita en ella. Le duele tanto que es ensordecedor. Quisiera gritar y llorar, pero desde muy pequeña le enseñaron que quejarse era hacerse la víctima. Y en el entorno en el que vive, a los débiles los desprecian.

En su casa, Mélodie se encierra durante horas en la habitación que comparte con su hermana mayor, que casi nunca está. Los pósteres de *Scarface* comparten el espacio con los de Rihanna y Mister You. Le gusta estar sola y dejar fluir sus emociones subiendo el volumen de la radio al máximo. Se encierra en una caja de música y es quizá el único momento del día en que se siente un poco más ligera. Navega por un montón de Skyblogs y de cuentas Instagram, y luego sus pensamientos flotan sin noción del tiempo escuchando las canciones de Diam's. La cantante también creció sin padre, lo que alimentó en ella una sensación de abandono permanente. Sumergiéndome en sus álbumes para elaborar mejor la personalidad de mi Mélodie, descubro en las letras de la cantante a una chica herida, como mi doble virtual, que escupe sus sinsabores sobre su soledad. Mélodie escucha mucho «Petite banlieusarde», pero esta noche, después de su conversación con Bilel, pone una y otra vez la canción «T. S.», que podría describir a casi cualquier cría en un período de angustia:

*Formo parte de esos jóvenes perdidos, que sonrían por educación,
rodeados, aunque muy solitarios...
Tengo el mal del adolescente con carencias y al límite de sus fuerzas...
Ellos son fuertes, pero yo no soy nada.
Quiero marcharme para volver mejor...
Y llegar a ser alguien... Una buena persona porque vuelvo de lejos.*

Como Diam's, Mélodie se siente «al límite de sus fuerzas». El mal de vivir afecta a una considerable cantidad de jóvenes de menos de veintiún años. Los hábitos de algunos adolescentes de hoy en día contribuyen a ampliar la grieta en la que se ha colado Daesh. Poco importa el medio social o las motivaciones ocultas. La organización terrorista dispone de multitud de argumentos irrefutables para atraerlos a sus redes. Daesh tiene una solución para cada uno, tanto si el candidato quiere luchar como si prefiere las labores humanitarias. La organización hace creer a estos chavales perdidos que les concede importancia para que le resulte más sencillo privarles de todo y reformatearlos. Como un gurú alistaría a sus fieles. La nebulosa permite también que el que se autoproclama califa llegue realmente a serlo. Después de todo, su arma favorita es internet, y estos pobres aprendices de yihadistas se limitan a pasar del estatus de peón virtual al de carne de cañón. La prueba: en poco

más de cuarenta y ocho horas, Mélodie está destinada a un matrimonio por amor y a una vida idílica.

Pero falta algo para convencerse de dar el paso. Le aterroriza dejar a su familia. A pesar de las discusiones que una madre sola puede tener con sus dos hijas, nunca les ha faltado el amor y la solidaridad. Así que Mélodie se dedica a ver decenas de vídeos en YouTube para convencerse. Lleva toda la vida escuchando que los estadounidenses son monstruos que torturan a los prisioneros musulmanes de Guantánamo. Le conmueve el sufrimiento de los niños en Palestina y en Siria, que cree que debe atribuir a los países occidentales. En su barrio dicen alto y claro que Mohammed Merah —de Toulouse, como ella— es solo una invención. Dicen que el Estado francés y la comunidad judía orquestaron la sinfonía bárbara del asesino de la moto, que no fue más que el desdichado chivo expiatorio de un complot que pretendía estigmatizar a los musulmanes de Francia. Aun así, este rumor la deja perpleja. Matar a un niño va en contra de lo que predica el islam. Pero también es verdad que Bilel ha aludido al asesino de la moto como un servidor de Alá. Vídeo tras vídeo, ve el de Omar Omsen, cuya ambigua reputación conoce. Este franco-senegalés de treinta y siete años, muy buscado por las justicias francesa y belga, podría ser uno de los cerebros de una importante red de partidas a la yihad en Oriente Medio. Las diferentes células de la DCPJ, la Dirección Central de la Policía Judicial, estuvieron a punto de atragantarse al enterarse de que en octubre de 2013 organizó el traslado de siete miembros de una familia de Niza, entre ellos cuatro niños. Cada cierto tiempo cuelga en YouTube vídeos suyos alabando la sharía. Omar Omsen invita a su público a no respetar las leyes del país en el que viven, a respetar solo las leyes islámicas, las de la sharía. Manipula no solo para lobotomizarlos, sino también para culpabilizarlos. Repite una y otra vez: «Un buen musulmán no vive en un país de infieles. Si no ayudáis a establecer un Estado islámico, sois asesinos. Mientras os limitáis a rezar y releéis el Corán, otros luchan por Alá, el único, que habría querido que instauráramos un califato a escala mundial». Como casi todos los reclutadores de la yihad, que ya no frecuentan exclusivamente las inmediaciones de las mezquitas vestidos con chilaba, Omar vive a salvo de las bombas en un país europeo, donde goza de todos los servicios que desea. Pero en otro vídeo aparece en un barco. El mar está agitado y, con los ojos brillantes, compara la espuma blanca con la pureza y la plenitud que proporciona el islam cuando se aplica rigurosamente. Mélodie va a la deriva. Se va a pique pensando en la espuma inmaculada, que se supone que representa a su religión. Poco a poco se deja arrastrar hacia la fascinación de los demás. Al menos su imaginación está llena de historias y de bonitos encuentros. Dicen que la tesis del lobo solitario no existe. El brillante juez antiterrorista Marc Trévidic explica este punto con gran claridad. En general, aunque hay casos de yihadistas aislados, la decisión no se toma en solitario. Siempre tienes a una persona cerca que te formatea y te anima hasta que pasas a la acción. Es mi opinión personal, pero creo que, en el caso de Merah, sobre el que sigue habiendo muchos

interrogantes, su hermana mayor, Souad, hizo el papel de mentor hasta que consiguió que se radicalizara totalmente. Hace poco Souad dejó definitivamente Toulouse por Siria, con sus cuatro hijos bajo el brazo, el último de un año, llamado Mohammed «como homenaje» a su «héroe», del que está «orgullosa», como ha asegurado muchas veces, públicamente o no. Las autoridades francesas se enteraron de su marcha cuando ya estaba en Siria... En el caso de Mélodie, el guía será Bilel.

Mélodie pasa de una idea a otra sin profundizar. Marcharse de Toulouse también supondría dejar de coger la maldita línea A del metro desde la estación Reynerie, que conoce a la perfección. Ya no soporta los asientos desconchados, pero sobre todo se ahoga al ver el paisaje urbano que atraviesa cada día. Se ha convertido en la imagen insoportable de su grisura interior. Desde hace diez años, cada mañana el metro avanza por el barrio de Mirail mientras los auriculares de su MP3 la llevan a otra parte. Al menos en Siria sus días no podrán ser peores que aquí, donde se obliga a sí misma a levantarse sin saber por qué. Piensa qué estará haciendo Bilel en este momento.

Su instinto de supervivencia, fortalecido por su experiencia de la calle, la incita a no sucumbir de inmediato a los encantos de su pretendiente. Pero ya es demasiado tarde. Mélodie lo vislumbra como a un rey. Y siempre ha soñado con convertirse en reina.

Jueves.

Al despertarme, como cada mañana desde hace casi una semana, encuentro varios mensajes cariñosos que Bilel ha mandado a Mélodie. Son más de los que recibo de Milan. Todos empiezan por «mi niña»... Apenas he abierto los ojos y desearía volver a cerrarlos. En la tele dan *Oggy y las cucarachas*, una serie de dibujos animados que me gusta mucho. Los bichitos, que hacen una tontería tras otra, me ofrecen una válvula de escape antes de volver a meterme en la piel de Mélodie. Escucho la radio: grandes titulares sobre el enésimo menor francés que se ha marchado a Siria a hacer la yihad. La apago. Las cadenas que solo emiten información relatan una y otra vez la marcha del «yihadista de la semana». Apago. Me pongo a leer mi correspondencia. El guerrero me cuenta que se va a luchar y quiere asegurarse de que Mélodie pasará un buen día. En sus palabras no menciona la religión. Se parece a cualquier enamorado martirizado por separarse unas horas de su flamante novia. Quisiera que me proporcionara más información y detalles concretos sobre los proyectos de su milicia. Y él me arrastra a una suerte de ligoteo que me incomoda. Me toca saber dosificar hábilmente las actitudes de Mélodie.

Abu Bilel ocupa todo mi tiempo. Durante el día, verifico lo que dice en la oficina. Por la noche, mi avatar toma el relevo y charla con él por Skype en busca de nueva información. Ayer me aseguraba que todavía estaba cerca de Aleppo. La joven Mélodie podría haberle creído, pero las páginas de internet especializadas en Oriente Medio me ayudan a ver más claro el día a día de los últimos combates y conquistas de territorio. Hace al menos seis meses que el EI abandonó Aleppo. Teniendo en cuenta la fragmentación que sufre la segunda ciudad de Siria, dividida entre los lealistas y los rebeldes, a los que el ejército de Bashar al-Assad bombardea regularmente, me parece poco probable que Bilel se haya refugiado en ella. Como ya pensé en la primera conversación que tuvimos por Skype, probablemente está cerca de Raqqa, el feudo del EI.

Esta noche, André y yo estamos más tranquilos. ¿Empezaremos a acostumbrarnos? No obstante, el temor regresa a medida que se acerca la hora de la llamada de Bilel. El muyahidín suelta en tono alegre tales atrocidades que luego resulta difícil conciliar el sueño. Y además sigo sintiéndome incómoda cuando me convierto en Mélodie, dejo que Bilel la corteje como un fanfarrón cualquiera y me veo obligada a meter a mi personaje en sus tejemanejes. Si quiero que no sospeche de mí y que me cuente los días que pasó «cortando cabezas», es imposible seguir esquivando sus requiebros. No me queda más remedio que devolverle de vez en cuando un cumplido, poner una sonrisa de mujer seducida y, en definitiva, hacer el papel. Pero no soy actriz. La presencia de André complica un poco más este ejercicio ya de por sí vertiginoso.

Acabamos de dar el visto bueno a nuestro decorado para el Skype cuando Bilel manda un mensaje preguntándole a Mélodie si puede llamarla. Antes había escrito:

«Mélodie».

«¿¿Mélodie??»

«¿Mélodie, mi niña?»

«¿¿¿Mélodie???»

Me conecto. Hoy está solo en un cibercafé. Se ha puesto gomina en el pelo y ha cambiado su ropa de guerrero por un estilo más informal. Su seguridad XXL le sigue escoltando. Con voz inocente, empiezo con paso firme apoyándome en los elementos concretos de los que me he enterado por la mañana.

—¿Estás bien? Estaba preocupada por ti. Unos amigos me han dicho que hoy ha habido una batalla sangrienta, en la que Daesh estaba implicado. ¿Es verdad? ¿Dónde ha sido?

—¿Te preocupas por mí? Entonces es que me tienes cariño...

—Contéstame en serio. Con estas cosas no se bromea. ¿Dónde ha sido? ¿Ha habido muertos?

Cuanto más preocupada y crédula le parece Mélodie, más se alegra Bilel, halagado de suscitar el interés de la chica a la que dice que quiere por esposa. Su expresión radiante, que finge disimular, hace su sonrisa mucho más arrogante.

—Ya te he dicho que soy una persona humilde... No me gusta presumir... Pero tranquilízate, Alá nos ha protegido una vez más contra el demonio. Unos rebeldes nos han tendido una emboscada a treinta kilómetros de donde estoy ahora, para debilitar las tropas de Daesh. Pero por algo somos los mejores. Siempre nos adelantamos. Los hemos matado, y puedo asegurarte que no irán al paraíso.

—¿Los has matado tú?

—¡Preguntas demasiado! Digamos que he degollado a unos cuantos... En todo caso, han pasado un cuarto de hora difícil, te lo aseguro.

No tengo la menor duda de que Bilel está mintiendo. ¿Cómo habría podido cortar cabezas durante todo el día y, a la vez, llamar a Mélodie más de diez veces e inundarla de mensajes? No son más que fanfarronadas para impresionar. Y además, ¿no le había explicado que se mantenía voluntariamente al margen de los combates

para no poner en peligro su vida? Al final, que fuera ayer o haya sido hoy cuando se ha dedicado a degollar a unos hombres no resta un ápice de horror a sus actos. Este tipo mata a sangre fría desde hace años. Y se permite hacer correr la sangre en nombre de una religión. Todavía ayer, Bilel contaba cínicamente a Mélodie que si formara parte de un cártel mexicano cuyos miembros tuvieran por costumbre tatuarse en la piel un trazo por cada vida aniquilada, estaría cubierto de tinta indeleble. Imaginé sus brazos tatuados, pero recordé que el islam prohíbe los tatuajes. Vuelvo a centrarme, y Mélodie prosigue haciendo sus preguntas con morbosa curiosidad:

—Madre mía... Pero pones en peligro tu vida... ¿Cuántos enemigos han muerto y qué has hecho con sus cuerpos?

—Hemos tenido que bombardear al menos a veinte. Sus cuerpos solo pueden pudrirse en una fosa común. No merecen otra cosa. Yo no me encargo de la logística... Pero no te preocupes por mí... Háblame de ti, mi niña.

—Esta tarde he visto muchos vídeos sobre el EI. Por eso me gustaría mucho que me lo explicaras, porque todo el mundo dice una cosa y la contraria.

—Solo tienes que saber una cosa: el verdadero islam es restaurar un califato, y el único que dedica su vida a esta causa es Daesh. Todos los demás son infieles.

—¿Y contra qué tipo de infieles has luchado hoy?

—Contra los *kuffar* de al-Nusra. Han «disfrutado», créeme.

Con una sonrisa de satisfacción en los labios, Bilel saca su teléfono y me muestra sigilosamente una foto de cadáveres mutilados. Está muy contento.

—No la he visto bien. ¡Enséñamela otra vez!

—No, te reservo lo mejor para cuando llegues.

—Pero ¿eran cabezas cortadas?

Como única respuesta, guiña el ojo a Mélodie con una gran sonrisa en los labios.

—Matas a personas... Eso no cuadra con el islam que he elegido.

—Hermana, las guerras siempre han precedido a la paz. Y yo quiero la paz, como nos ordena Alá. Así, tú y yo podremos formar una familia aquí... *Mashallah*, mi niña. Nunca me has dicho si te parezco guapo. Contéstame sinceramente.

Mélodie esquivo el tema desde el principio de las conversaciones. Ya no sé cómo salir del paso. No puedo seguir retrocediendo. Me habla de boda todos los días. Sus preguntas al respecto son cada vez más insistentes. Estoy entre la espada y la pared, obligada a fingir sentimientos por un asesino. A poner cara de inocente. Y, además, a parecer sincera. Más que nunca, improviso mi papel:

—Eres guapo... Y eres valiente. Es de admirar en un hombre.

—Muy amable. ¿Qué más?

—Tienes los ojos muy bonitos.

Intento halagarle lo mínimo, pero aun así me parece excesivo.

—¡Eso es un piropo de mujer! ¿Tienes ganas de ir a más conmigo?

—Me incomoda contestarte... Sabes mejor que nadie que una mujer respetable no se dirige a un hombre que no sea de su entorno más próximo.

—Sí, pero te he pedido que te cases conmigo...

—Ya hablaremos, dame un poco de tiempo... No me has contestado. ¿Dónde ha sido la ofensiva? ¿Estás herido?

—¡Ay! ¡Qué maja y qué inocente eres! No, no estoy herido. Yo soy un hombre de verdad... Para hacerme caer hay que levantarse muy temprano. Como eres pura, soy dulce contigo. Pero a los apóstatas los masacro. Y cuando no, casi siempre voy a una ciudad y ayudo a reconstruirla.

—¿Cómo que ayudas a reconstruir? ¿Dónde?

—Una ciudad cerca de Irak, saqueada por el ejército sirio. Está todo por hacer. Digamos que queremos que la ciudad más pobre de Siria se convierta en la más rica. Y allí viviremos felices juntos, *Mashallah*.

Bilel se refiere a Deir ez-Zor, una ciudad al este de Siria, situada a orillas del Éufrates, a cuatrocientos cincuenta kilómetros de Damasco y cerca de la frontera con Irak. En los últimos tiempos, la mitad de la ciudad estaba en manos de los rebeldes sirios, y el régimen de Assad controlaba la otra mitad. Recurriendo a sus sangrientos métodos predilectos, el EI consiguió expulsar a los rebeldes y apoderarse de toda la provincia, así como de la mayoría de los campos petrolíferos. La yihad religiosa del EI es también la yihad del petróleo. Daesh produce más que el gobierno sirio. Las cifras difieren según las posiciones políticas y religiosas, pero se estima que el tráfico del EI supone unos ingresos diarios de aproximadamente un millón y medio de dólares entre Irak y Siria. La producción del gobierno de Bashar al-Assad ha caído a 17.000 barriles diarios. Los millones que entran cada semana, un ejército cuyas filas aumentan a diario, y una artillería pesada no pueden sino contribuir a reforzar a Daesh. Su caída no será rápida. Además, se desplazarán a otro territorio, como hicieron al pasar de Irak a Siria... Como Libia, Jordania y parte de Líbano. Pero tampoco en este caso soy especialista en la materia, y tanto Líbano como la monarquía jordana cuentan con aliados valiosos, que no permitirán que los invadan. Ayer hablaba en Twitter con un muyahidín cuando tropecé por casualidad con una foto de una chica escribiendo en una pared de Raqqa, que se ha convertido en una trampa infernal: «Vuestra yihad es la del petróleo». Por supuesto, Bilel se guarda de decirle a Mélodie una palabra sobre este jugoso negocio. El mercado del petróleo es como el capitalismo, no le dice gran cosa.

—¿Qué haces para que la ciudad prospere? ¿Construir escuelas y hospitales, por ejemplo? El petróleo vale un montón de pasta, podría ayudar a reconstruir, ¿no? Proporcionaría dinero.

Esta vez es él al que han pillado desprevenido. Se rasca la cabeza, nervioso, y esquiva la mirada de Mélodie. Baja los ojos. Busca las palabras. Hace tiempo para

encontrar con qué mentiras adormecerla. Sería delicado admitir que ha masacrado a una considerable cantidad de personas con una finalidad que él asegura ser humanitaria, pero que en realidad es también una cuestión de dinero. Y de mucho dinero. Siempre disfruto de esos momentos en los que Mélodie lo acorrala inocentemente. Acaba respondiendo en voz baja y sin levantar la cabeza. La mentira transfigura lo poco que veo de su cara:

—Sí, entre otras cosas. Pero de momento hay que enriquecer la ciudad, y construir hospitales es caro. El gobierno ha robado mucho petróleo de Deir ez-Zor en los últimos años. Así que nosotros, Daesh, nos las arreglamos para recuperarlo y hacerlo fructificar. Pero por ahora es mucho trabajo, no produce nada. Es como sembrar cereal en un campo y esperar a que crezca. Pero tú no te molestes por estas cosas. No pierdas el tiempo con el capitalismo. ¡Pregúntame otra cosa!

Es evidente que mis preguntas lo incomodan. Mélodie debe ganarse su confianza. Ya encontraré la manera de volver al tema de la yihad del petróleo.

—Háblame de ti y de la vida que llevaría si decido ir.

—Es que vas a venir... Ya verás, vas a construirte tu pequeño mundo y empezarás una nueva vida llena de felicidad. El otro día parecía que te gustaban mis armas, así que, cuando llegues, irás a clases de tiro una o dos semanas, depende de tu nivel.

—¿Para defenderme o para matar a infieles?

—Depende. Puedes matar, siempre y cuando arranques del mundo una vida humana que no respeta a Alá. No tiene nada de malo. Todo lo contrario. Hay que hacerlo. Las mujeres casadas pueden ir con su marido al frente. A veces las dejamos disparar. ¡Se lo pasan bomba! En general les gusta mucho filmar nuestros tiroteos con los enemigos.

—¿Quieres decir que puedo quitarle la vida a alguien si considero que no aplica las leyes islámicas?

—Exacto. Los *kuffar* son *haram*. Podemos hacer con ellos lo que queramos. Puedes quemarlos o estrangularlos, siempre y cuando tengan una muerte atroz. Así sirves a Alá. *Insha'Allah*.

Ahora mismo pienso que si yo fuera de confesión musulmana, me atragantaría al escuchar estas ignominias. Me repugnan, aunque ya no me sorprenden los horrores que suelta este monstruo con una sonrisa de miel. No puedo evitar pincharle un poco sobre el tema:

—El Corán dice que podemos condenar a los que no respetan nuestros preceptos, pero no recuerdo que sirva a Dios el hecho de que haya hombres que deban perder la vida.

—¡Sí! Porque intentan erradicarnos. Y nosotros representamos la voluntad de Dios.

Mélodie iba a seguir con otra pregunta cuando Bilel la corta. Tiene que venderle una postal. Y una vida ideal.

—Pero hablamos demasiado de muertos. Esto es bonito. Hay muchas cosas que ver. El mar es fantástico, y los paisajes son fascinantes. Además, vas a hacer muchas amigas. Tendrás tu grupito de amigas y juntas haréis cosas de chicas. —Se ríe—. Es un mundo de verdad... A partir de ahora será tu pequeño mundo. Por la mañana, mientras yo esté luchando, tú pulirás tu árabe, y por la tarde harás lo que quieras. O pasar el rato con tus hermanas, o visitar hospitales y orfanatos para ayudar a los niños.

—Vaya, ¿puedo salir con amigas sin que nos acompañe un hombre?

—Siempre y cuando te comportes dignamente. De todas formas, las convertidas europeas sois las más tremendas. En cuanto llegáis, queréis tener vuestro kalashnikov y utilizarlo.

Se ríe, como si esta imagen le enterneciera.

—¿Conoceré a muchas hermanas francesas?

—¡Muchísimas! Sobre todo belgas y francesas... Son de las que más hay. ¡Y te juro que son infinitamente peores que nosotros! Para ellas, lo que ahora mismo está de moda es el cinturón de explosivos alrededor de la cintura.

—¿Para jugar a ser terroristas?

—Sí, o sobre todo para explotar si es necesario...

—...

—Una cosa antes de que se me olvide, mi niña. ¡Muy importante! Muy, muy importante... Tienes que cubrirte de la cabeza a los pies y llevar guantes. Aquí es obligatorio el sitar^[14]. Tienes uno, espero...

Jueves, 22.00 h.

Miro a André desconcertada. Todavía no he tenido tiempo de contestar cuando Bilel comenta algunos aspectos de la religión que no conozco, o algunas palabras árabes que se me escapan, como el sitar, que no me dice absolutamente nada. André, agachado en el suelo delante de mí con su cámara, me indica con un gesto que él tampoco sabe lo que es. Por más que busquemos a toda prisa en nuestros respectivos móviles —un ejercicio peligroso para mí, ante la mirada vigilante de mi interlocutor—, no encontramos nada. Debe de ser una palabra en argot deformada por la moda. Teniendo en cuenta la psicología fanática de Bilel, el sitar bien podría ser el segundo velo que una mujer ya cubierta debe utilizar según determinados preceptos radicales. Lo intento. Mélodie balbucea que tiene uno.

—Entonces, bien. Si respetas todos estos puntos, podrás salir. Pero solo cuando yo no esté. Me ocuparé de ti, te lo prometo, pero tienes que entender que no estoy aquí de cachondeo, tengo muchísimo trabajo, y a veces tengo que marcharme durante varios días. Tendrás que cuidarte mientras esperas a tu marido...

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes... Cosas de chicas... Trucos para suavizar la piel, por ejemplo.

A veces el corazón de Mélodie late por el de Bilel. Otras veces, él llega a culpabilizarla hasta tal punto por su vida «de reina» en Occidente, que late por su propia culpa. Paradójicamente, Bilel le vende un tren de vida de nabab en Siria, una vez concluidas sus visitas a orfanatos y demás. Se siente presionada a responder a sus exigencias. Pero Bilel se gana su confianza, y Mélodie no se decide a traicionar a la persona que por fin cree en ella. En cuanto a mí, me hierve la sangre tanto como a André, que se desencaja tumbado en el suelo ante el veneno de locura furiosa y asesina que Bilel intenta una y otra vez inocular en la inconsciente Mélodie. Y todo esto en menos de una semana... Las insinuaciones libidinosas de este hombre, que prácticamente le dobla la edad, con el único objetivo de que sea su juguete durante un tiempo, nos ofenden profundamente. Mélodie no presta atención a la última frase.

—Sé perfectamente que no estás allí de cachondeo, Bilel...

—Ya hablaremos cuando llegues, pero hace mucho que estoy en la yihad.

Habla de la yihad como un trabajador hablaría de la empresa para la que trabaja.

—¿Cuánto tiempo llevas en el País de Sham?

—Un año. Antes hice otras cosas... Pero no quiero hablar de esto en internet. Hay espías por todas partes.

Guiña el ojo a Mélodie.

—¿Estabas en Libia?

—¡Exacto! Eres una caja de sorpresas... Eres cada vez más interesante, mi niña...

Bismillah.

Pero no es ninguna sorpresa, porque todo el mundo sabe que la mayoría de los yihadistas de Libia, a menudo armados hasta las cejas, huyeron para unirse sobre todo a las filas de Daesh. Me da la impresión de que a Bilel le gustaría presumir de su experiencia. Pero es prudente.

—Tengo que reservar cosas para cuando estés aquí. ¡No puedo contártelo todo! Ya sabes mucho y te he mandado fotos mías en acción. Te mostraré todas las maravillas que tenemos aquí. Estoy tan impaciente por que llegues...

Charlamos un rato más. Consigo arrancarle alguna información extra sobre él, con la que intento esbozar el retrato del hombre que era antes de convertirse en este ser revanchista y sediento de dominación.

En su otra vida, Bilel se llamaba Rashid. Nació en París, cerca de la puerta de Clignancourt. No tardó en dejar los estudios, que en cualquier caso seguía de forma irregular. Dice que no le queda ningún amigo de sus veinte primeros años, y apenas habla de ellos. La expresión de su rostro, ligeramente bronceado, denota que lo he puesto en un aprieto. No consigo dilucidar si miente para ocultar su pasado o si estaba tan solo que no ha querido conservar ningún recuerdo. En realidad, me da la impresión de que no tiene ningún vínculo. Dice que nunca se ha casado, porque asegura «dedicarse en cuerpo y alma a Alá. En definitiva, a trabajar». Supongo que quiso tomar la autopista de la fortuna, que a fuerza de fracasos se encontró con la de la religión, y que se sale de esa autopista una y otra vez. La policía me lo confirmará más adelante, basándose en los informes de sus fechorías. En un principio, delitos varios, desde tráfico de armas ligeras hasta robos de toda índole. Una manera fácil de conseguir dinero en efectivo y adquirir cierta notoriedad en su zona. De confesión musulmana y de origen argelino, se radicalizó a principios de la década de 2000. Los servicios secretos de la época lo vigilaron discretamente, porque viajaba mucho a Pakistán, país en el que Al Qaeda estaba muy infiltrada. Pero Rashid iba a Pakistán a tomar clases de religión. Aprendía el Tawhid, un dogma fundamentalista del islam. Como me comentará un policía en el desenlace de mi investigación: «No podemos vigilar a todos los que van a países devotos. Eso no los convierte en terroristas, y ahí está lo difícil. Nos acusan, o bien de incompetentes, o bien de islamófobos». Las autoridades no vigilaban a Rashid en aquella época porque no disponían de ninguna prueba tangible que lo señalara como una amenaza para su país de origen.

Bilel también le cuenta a Mélodie que quiere tener hijos. Además, ha repatriado a casi toda su familia a «tierra santa». Sobre todo a sus primos. Forman un clan poderoso en Siria: los al-Firansi, apellido inverificable, ya que al-Firansi significa «el francés». Sin embargo, solo responde vagamente a las preguntas acerca de su hermandad. Como si algo sonara a falso. Al fin descubro en él un sentimiento humano y legítimo: la soledad. Oficialmente, gana fieles para su causa en internet. En realidad, su proselitismo es un medio oficioso de hacer frente a su sensación de aislamiento.

Me hace pensar en los jóvenes yihadistas que proponen a los periodistas entrevistas en la página web ask.com. Algunas redacciones me han propuesto muchas veces que las haga, pero siempre me he negado. Estas conversaciones no sirven para nada. Lo único que hacen es repetir estupideces que ni ellos mismos entienden. Hasta ahora no había entendido que buscan contacto no solo para aumentar su notoriedad; también para atenuar su soledad. Como cualquier adolescente, los aprendices a yihadistas se comunican por SMS y se expresan con abreviaturas. Los contratos telefónicos con mensajes ilimitados se crearon para esta franja de edad. Tienen sus propios códigos y su propia cultura. A su nivel, siempre han gozado de cierta autonomía en cuestiones tecnológicas. Bilel, que es de otra generación, llamada de los «hermanos mayores», encontró en la religión lo que siempre había buscado: reconocimiento y sosiego. Cuando comenta su sensación de plenitud en los últimos tiempos, sus ojos desprenden un brillo que todavía no había visto en él. Quizá soy ingenua, pero en este momento me parece sincero. Aunque esta sensación se desvanece casi de inmediato. Si al menos la mirada de Bilel desprendiera una fe auténtica... Dicen que los ojos son el reflejo del alma. En la suya nada hay de la plenitud que habita en los verdaderos creyentes. La breve chispa que he vislumbrado refleja en realidad lo que busca en lo más profundo de su ser: la venganza. Tengo que descubrir qué revancha considera que se le debe, hasta el punto de asegurar que ha tenido «la suerte de haber matado a más de cincuenta mil personas» en su vida.

Ambos colgamos por fin. André me mira. Me pide que me quite los bártulos de Mélodie. A menos el hiyab. Esta noche le altera especialmente verme así. Todavía ayer, me retiraba el velo a toda prisa en cuanto se cortaba el teléfono... André muestra una tímida sonrisa llena de cariño, aunque menoscabada por su rabia hacia Bilel. Lo llama de todo. Le gustaría tenerlo delante para decirle cuatro cosas y, de paso, «partirle esa cara de idiota». Recuerda su juventud, de los veinte a los treinta años, en un barrio popular de París. Antes de ser fotógrafo, jugó un tiempo a ser un golfo. Incluso relató sus aventuras en un libro apasionante que mezcla momentos graves con escenas hilarantes y rocambolescas. La mayoría de los protagonistas también tuvieron problemas con la policía, como Bilel. A menudo por robos o trapicheos. André ha seguido en contacto con todos ellos, menos con los que han

muerto, accidentalmente o no. Algunos se han convertido y han cambiado su modo de vida. Pero ninguno de ellos se ha radicalizado, y menos aún, ha ido a hacer la hégira. Este tema le saca de quicio.

—Cuando nosotros jugábamos a los pandilleros, al menos no era en nombre de nada, y menos de la religión. Y no matábamos a nadie. Este Abu Bilel es un bárbaro que recluta a jóvenes y ensucia el islam. ¡Un fanático! ¡Un criminal, nada más! Pero ¡qué gilipollas!

No necesito haber vivido lo que ha vivido él para compartir la opinión de André. Mientras me quito el disfraz de Mélodie, vuelve a decirme que tenemos que acabar con este tema lo más rápido posible, después de una última conversación en la que tendré que ser más incisiva con las preguntas. Luego, desconecto todas las cuentas virtuales a nombre de Mélodie y publicamos el artículo. Y basta, se acabó la historia. Su procedimiento es el correcto, por supuesto. Pero necesito unos días más. Mi tapadera no me permite ser incisiva. Bilel es el lobo y Mélodie, el corderito. Pierdo mucho tiempo entrando en su juego de seducción para ganarme su confianza. Ya que he asumido el riesgo de emprender esta experiencia periodística, sería frustrante no vivirla hasta el final.

En el periódico al que propuse el artículo, a excepción de varios redactores jefes y de mis dos colegas y amigos Lou y Hadrien, todavía nadie se toma en serio mi tema. Como una parte de mí, por lo demás. Imaginarme hablando en argot, vestida con chilaba y con velo, y chapurreando palabras en árabe con André por testigo me produce sobre todo carcajadas. Nadie, ni siquiera André, se da cuenta del ejercicio de esquizofrenia supina al que me arrastra esta investigación. Aunque solo sea cuando me quedo helada con lo que acaba de decirme Bilel y corto la comunicación. Lo cual me sucede cada vez menos. Enseguida André se dirige a mí. A Anna. No tengo ni un segundo para cambiar de personalidad. Recupero mi lenguaje natural junto con el instinto de coger un cigarrillo. Me toco nerviosa el dedo en busca de mi anillo fetiche, que no llevo puesto, porque tengo la precaución de quitármelo antes de cada conversación. Cuando André vea el reportaje acabado, su primera reacción será: «La verdad es que te has desdoblado... No me había dado cuenta de hasta qué punto era un ejercicio peligroso».

Unos días después.

La mayor parte de mis días transcurren escribiendo para los dos periódicos principales con los que trabajo como colaboradora externa. En los últimos tiempos estoy dedicada sobre todo al diario que supervisa mi reportaje. En esta redacción nos conocemos bien. De vez en cuando discutimos, pero ante todo somos una gran familia. Una tribu de torturados y entrometidos apasionados y entregados a su trabajo. Desde los jóvenes fans de Stromae hasta los viejos osos que tararean «La Bohème» de Aznavour, todos nos tenemos mucho cariño. Entre nosotros el lenguaje es crudo y directo. No nos asustan las palabras. A medida que pasan los años, los malos nos afectan cada vez menos. Las cicatrices se hacen más o menos profundas. Las inmersiones en reportajes, a veces de temas difíciles, incluso dolorosos, contribuyen enormemente a unir un equipo.

Con el paso del tiempo, todo el mundo ha trabajado con todo el mundo, y al menos sabe algo de la vida de cada uno. El destino del reportero no es el mismo que el del periodista sentado detrás de su pantalla. Desplazarse al lugar de los hechos y entrevistar personalmente, siguiendo tu instinto, es una actividad que no siempre tiene que ver con lo que se considera periodismo. Una actividad peligrosa que te obliga a hacer malabarismos entre tus sentimientos y la distancia que debes mantener respecto de los temas que tratas. A veces no te afectan lo más mínimo, pero otras resulta que acabas dejándote en ellos una pequeña parte de ti. A menudo viajamos solos, y aunque no es necesariamente desagradable, no deja de ser particular encontrarte una noche tras otra a solas con tu plato de espaguetis a la boloñesa. Con el recepcionista del hotel como único confidente. Cuando llamo a la puerta de un marido cuya mujer ha desaparecido mientras hacía *footing* o de una madre que hace semanas que no tiene noticias de su hijo, no estoy con la libreta en la mano y el boli en la boca preguntándoles cómo se sienten. Estoy allí. Para mí nunca es banal. Cuando se dignan a abrir la puerta y me permiten entrar en una intimidad en la que parece haberse suspendido el tiempo, pasamos horas hablando. Y a menudo no del tema por el que voy a entrevistarlos. Comparto hasta cierto punto su dolor y, como mis compañeros, me convierto en una esponja de desgracias. A veces el artículo no se publica, y mi decepción no responde a que me hayan herido el ego, sino al hecho de

no poder compartir una historia que deseaba tanto transmitir. Por suerte, todavía quedamos reporteros que gozamos del privilegio de poder realmente dar cuenta de lo que hemos visto y de lo que nos han contado sin tener que plagiar las ráfagas de comunicados de la agencia France-Press. Nuestros superiores saben a quién enviar según cuál sea el reportaje. Conocen tanto nuestras ventajas como nuestros inconvenientes. Y nosotros sabemos con quién podemos contar. En mi familia está, entre otras, «la banda de los jóvenes», como les gusta llamarnos a los más mayores. Somos un equipo unido, que funciona con buena fe y con consejos prudentes. En nuestro oficio es raro tener aliados. Yo tengo la suerte de contar con algunos muy valiosos. En especial Hadrien y Lou, a los que quiero mucho y que, a su pesar, se vieron metidos en la problemática vida de la joven Mélodie. A medida que transcurren los días, aumenta su inquietud ante el retrato de Bilel que les ofrezco. Pero en nuestras respectivas vidas pasan tantas cosas que las risas siempre acaban venciendo a la angustia.

Este mediodía se ríen a carcajadas mientras les cuento la imaginación y los reflejos que exige el papel de Mélodie en un guion que debo improvisar. Estamos sentados en la cafetería con otros amigos y compañeros, y no paran de reírse cuando les muestro fotos de Bilel en plan fanfarrón, pero sobre todo de mí como Mélodie. Lou se burla y Hadrien sigue sus pasos:

—¡Vaya, qué *sexy* estás!

—¿Tu combatiente siempre se pinta tanto los ojos antes de ir a la guerra? Podrías prestarle tu lápiz de ojos cuando se le acabe.

Me sienta bien ironizar sobre esta historia. Hadrien me pregunta si de verdad Bilel cree que tengo veinte años. Como Hadrien conoce mi pasado al detalle, no concibe que se pueda creer que soy tan joven. Le contesto que es extraño, pero el terrorista jamás ha expresado la menor duda al respecto. Parece burlarse totalmente de mi edad. En realidad, se muestra tan seguro de sí mismo que creo que ni siquiera se le pasa por la cabeza la idea de dudar. Me acribillan a preguntas sobre las tretas a las que debo recurrir para ser convincente. Cuento varios momentos cómicos introduciendo en escena a André y sus acrobacias para fotografiar a Mélodie delante del ordenador sin que se le vea. Pero no me extiendo demasiado en la dimensión amorosa que Bilel quiere dar a la «historia».

—¿Y cómo lo haces para hablar con él por Skype en videoconferencia si no te ve?

—¡Claro que me ve!

Para demostrarlo, saco mi hiyab, que a veces llevo conmigo por si acaso... Se ríen aún más.

—¡Estás completamente loca! —me suelta parte del grupo entre carcajadas.

—¿Y cuando te habla en árabe? —me pregunta una compañera.

Saco del bolso un grueso libro de color amarillo y negro, mi última arma: *Árabe para Dummies*. Esta vez creo que todos están a punto de ahogarse de risa. Aunque

Bilel y Mélodie siempre hablan en francés, muy a menudo emplean palabras y expresiones árabes. Mis amigos me piden que les repita las frases que suelo decirle, y se parten de risa con mi pésimo acento.

Bromeamos, e incluso llamamos a Bilel «mi futuro marido». Me río, y eso desdramatiza el contexto. Al volver a la redacción, Lou hace un aparte conmigo y me suplica que sea lo más prudente posible. Lo que les he contado era muy divertido, pero este reportaje no le huele nada bien. Hadrien me suelta más o menos el mismo discurso antes de volver a su despacho; simplemente añade que mi tema es bueno si de verdad he dado con un pez gordo. Hadrien no sabe con exactitud hasta qué punto Bilel ocupa una elevada posición jerárquica en el EI, ni siquiera yo lo sé todavía, aunque he podido determinar que tiene un papel importante. Después de esta pausa, cada uno volvemos a nuestro trabajo. La pantalla de mi ordenador muestra la página de inicio del portal extremista *Sham News*. Puede estar lleno de información, aunque sea pro Daesh, es decir, cualquier cosa menos imparcial.

Por la tarde.

Después de varias horas verificando los alegatos de Bilel, me sorprende descubrir en mi cuenta de correo profesional un *mail* de Guitone, el «agregado de prensa». Sabe que se dirige a Anna, la periodista. Desconoce la existencia de Mélodie.

Guitone me pregunta por las novedades. Parece aburrirse en una azotea desde donde me dice que «vigila a los intrusos». Lo imagino encaramado en lo alto de una torre de observación soplando el cuerno en caso de peligro, como en la serie de éxito *Juego de tronos*. En parte, los dos universos tienen algo de comparable. Como en la ficción, el EI defiende sus territorios, cuando no se dedica a conquistar otros nuevos. La vida no significa nada. Violan y matan. Se sirven de la sangre derramada para defender una causa, cuando solo se trata de luchas territoriales. Me digo a mí misma que, siendo francés, seguro que Guitone conoce a Bilel. Es el *Who's Who* de los islamistas que ocupan Siria. De todas formas, conoce a todo el mundo. Con la excusa de que he leído un artículo sobre un tal Abu Bilel, le pregunto si por casualidad lo conoce. Guitone me contesta afirmativamente. Me alegro muchísimo. Y añade: «Bilel no es un payaso. Le tengo un enorme respeto. Nos enseña las técnicas de guerrilla que aprendió con los chechenos. Es un emir. Y, sobre todo, es el combatiente francés más cercano a Abu Bakr al-Baghdadi». Guitone termina su frase con diez signos de exclamación para subrayar al máximo la importancia de la relación entre Bilel y Baghdadi. Su ayuda no podría haber sido más valiosa. Le pregunto inocentemente si Baghdadi es el jefe de Daesh. Sé la respuesta, pero quiero ver cómo me lo cuenta. Me contesta que sí, que Baghdadi encabeza el EI. Guitone afirma que ni siquiera él sabe dónde está. Pero el líder lo supervisa todo. Además, «pronto será el califa supremo, como está escrito». Después intenta evitar mis preguntas y me habla de sus nuevas Nike, porque «en Siria cuestan una pasta». Me pide que lo puntualice en mis artículos. Me despido de mi interlocutor y busco en la red más información sobre Baghdadi.

No encuentro nada que no sepa: Abu Bakr al-Baghdadi, en realidad llamado Ibrahim Awad Ibrahim Ali al-Badri, y conocido por tener diversas identidades, es un iraquí de cuarenta y dos años. El gobierno estadounidense ofrece 10 millones de dólares a quien aporte información que ayude a localizarlo. Me entero de una cosa: la

revista *Time* acaba de designarlo el hombre más peligroso del mundo. Y acabo de confirmar que el hombre de confianza francés de este tipo beligerante, aguerrido y ultraparanoico es... Bilel, que me considera su futura esposa. Ayer, Bilel le contaba a Mélodie que se había reunido con Baghdadi en una ciudad en la frontera de Irak y Siria. Ni por un segundo me lo creí. ¿De verdad es Bilel la mano derecha francesa del líder del EI? Pienso en el «pez gordo» del que Hadrien me ha hablado hace un rato, en el pasillo.

Respiro hondo. Todo irá bien.

Levanto la cabeza para comentar la información con mis compañeras de despacho. Siempre se meten conmigo de cachondeo. Bromeo con ellas. Entretanto, Facebook sigue bombardeando la cuenta de Mélodie con notificaciones de Bilel. Los dos mismos mensajes aparecen unas diez veces:

«¿Estás ahí?»

«¡¡¡Mi niña!!! ¡¡¡Hola!!! ¡¡¡Hola!!!»

Le contestaré esta tarde, no delante de tanta gente. Una cosa es contárselo y otra convertirme en blanco de sus miradas. Estoy un poco agobiada, pero no preocupada, la verdad. Al contrario, estoy dispuesta a representar toda esta película y a que la historia de Mélodie y Bilel me permita descubrir lo máximo posible. Sería una tontería haber asumido ya tantos riesgos para ahora detenerme en este punto. Me muevo en un microcosmos rodeada de reporteros, y algunos de ellos han cubierto desde la primera guerra del Golfo hasta los inicios de la «primavera árabe». Cada poco tiempo los veo marcharse, equipados con un chaleco antibalas, a estos países en guerra, igual que otros cogen el metro. En varias ocasiones yo misma me he dado miedo sin necesidad de irme lejos, durante disturbios en Francia que enfrentaban a la extrema izquierda con la extrema derecha y acabaron en un asesinato, manifestaciones contra los inmigrantes, contra todo, y también en Turquía y en otros lugares. Pero ahora estoy en París... El riesgo, del que soy plenamente consciente, me parece irrisorio comparado con el que corren otros compañeros. Presiento que hay cierto peligro, pero no siento la amenaza. En realidad, porque está en suspenso.

Las diversas conversaciones que he mantenido a lo largo del día me recuerdan a la famosa contestación de Michel Audiard, que a mi hermano mayor le gusta repetir: «Dos intelectuales sentados nunca llegarán tan lejos como un bruto que ande».

Ese mismo día, 17.30 h.

Termina la jornada laboral. Salgo del periódico con André. Desde esta mañana no ha dejado de preguntarme si estaba bien. Y de repetirme, una vez más, que debíamos terminar pronto el reportaje. Le sorprende mi tranquilidad, y a mí me conmueve su preocupación. Pero André tiene razón. Si Baghdadi es realmente el hombre que se oculta detrás del mal, si se confirma su proximidad con Bilel, vale más que finalice rápidamente mi investigación. He informado al jefe que supervisa el proyecto de que Baghdadi podría estar relacionado con el tema, pero la verdad es que a André no. Las ganas de enterarme de más cosas, de llevar mi papel de reportera hasta el final, frenan mis reticencias, pero empiezo a percibir que también reducen mi instinto de protección. En cualquier caso, Bilel es una auténtica mina de información. En tan poco tiempo veo ya mucho más claro cómo funciona Daesh. Merece la pena seguir un poco más. Un poquito más. André me aconseja que reduzca la duración de las conversaciones y que le haga más preguntas directas. Le replico que eso despertaría las sospechas de Bilel, que si quiero que el débil consiga dominar al fuerte, Mélodie debe seguir siendo una oreja paciente y atenta a los estados de ánimo del terrorista, y que eso no puede despacharse en una sola conversación más, la última. Aunque Bilel se burla de ella y de sus sentimientos, como probablemente de todas las demás presas a las que acosa de la misma manera, no por eso deja de estar encariñado con «su niña». Desde hace unos días percibo su creciente impaciencia por ver a su prometida, por hablar con ella. No es pura palabrería. Si Mélodie acabara viajando a Siria, creo que realmente se casaría con Bilel, que no la convertiría en una simple esclava sexual entregada al reposo del guerrero. Tampoco pienso que sería un marido amable. No soy tan ingenua. Aunque lo niega, debe de tener al menos una esposa en algún sitio. Sin embargo, las conversaciones nocturnas que mantiene con su prometida son su recompensa tras una jornada en la línea de fuego. Se duerme pensando en ella. No me atrevo a imaginar lo que fantasea en esos momentos. Y esa es precisamente mi ventaja: él cree engañar a Mélodie, pero presta tan poca atención que es ella quien dirige el baile. Ella se burla de sus engaños y lo arrastra a su juego. Sigo necesitando a mi doble virtual. Si ataco demasiado deprisa, y hasta cierto punto ya estoy

haciéndolo, me arriesgo a poner en peligro mi investigación. Este fin de semana me tomo unos días de vacaciones con Lou. Dejaré el tema en ese momento.

A las siete en punto de la tarde en Siria, las seis en Francia, Bilel espera a Mélodie delante de su pantalla, con una hora de antelación. Va todo peripuesto. Se ve que se ha arreglado. El miliciano parece más un chulo orgulloso de ser tan guapo que el guerrero que dice ser. Por más que ya no me asombre nada de este hombre y de sus compañeros, por momentos la brecha entre el fanatismo que reivindica y sus poses de adolescente retrasado consigue sorprenderme. A estas alturas de la historia ya no tengo ganas de reírme. Tampoco de llorar. Bilel está espatarrado en un sillón destrozado de un cibercafé vacío y sórdido. Le brillan los ojos al ver a su prometida. Se contiene y disimula su entusiasmo adoptando su pose de pandillero favorita. Con la cabeza ligeramente hacia atrás, se pone sus Ray-Ban doradas de cristales de espejo, que le tapan casi toda la cara, aunque, a esta hora tardía, el país está ya sumido en la penumbra, y la exigua sala en la que se encuentra está muy oscura. Lleva una cazadora gruesa estilo aviador, salida directamente de otro tiempo. En conjunto, tiene un aire a Starsky, el compañero de Hutch. Bilel le cuenta a Mélodie cómo le ha ido el día. Pero ella solo le habla de los peligros a los que le expone su «trabajo». Teme por él. André me mira mal. Bilel tranquiliza a Mélodie: es valiente y sabe lo que hace. A él *nada* le da miedo. Además, no habría conseguido tantos galones prestigiosos en su organización si no hubiera resultado ser un estratega. Noto que le habría gustado decir un «gran estratega», pero se ha contenido por falsa modestia. Este Bilel es tan humilde que Mélodie no puede evitar admirarlo. Desearía saber más de él. Bilel le ofrece retazos de su vida cotidiana.

Según lo que duren los combates, el guerrero solo puede descansar unas horas en el coche. Duerme entre dos y cinco horas por noche. El resto del tiempo lo reparte entre Raqqa, el cuartel general de Daesh, donde no es agradable vivir si no se rinde vasallaje a Baghdadi, y otra ciudad a unos veinte kilómetros de distancia. No, ya no está en Aleppo. Pero, por la seguridad de Mélodie, vale más que no sepa dónde está exactamente. En Raqqa se aplica la sharía de forma estricta, al pie de la letra. A Bilel le gusta esta transcripción inflexible de sus preceptos religiosos. Expone a Mélodie una vida muy bonita, y sobre todo muy libre, con sus cafeterías, sus cines y sus tiendas. Sus hombres y él liberaron la ciudad, y los habitantes les están muy agradecidos, les muestran calurosamente su respeto (en realidad, casi tres cuartas partes quieren huir de la Raqqa, pero Daesh se lo prohíbe en nombre de unas leyes que no son las de los ciudadanos). Bilel es un policía y el EI, su milicia. Sin que le importe volver a contradecirse, explica a Mélodie que en Raqqa las mujeres tienen la obligación de llevar el velo integral y solo pueden salir a determinadas horas, acompañadas por su marido, su padre o su hermano. Esta son las únicas obligaciones. Que además, según él, no lo son. Si una mujer acompañada por su marido no lleva el

«velo adecuado» por las calles de Raqqa, Daesh reclama al esposo una multa de entre 75 y 200 euros. Y que no se le ocurra no pagar la «infracción» en el acto, porque ejecutarán a su mujer. Si el marido no lleva chilaba y barba, entonces Daesh le sancionará con unos 30 euros. Los habitantes de las ciudades que el EI toma por asalto no tienen escapatoria. En definitiva, se trata de «avanzar o morir», la siniestra consigna de los regímenes dictatoriales. Daesh justifica el dinero que reclama con uno de los cinco pilares fundamentales del islam^[15]: el *zakat*. Suele definirse como un impuesto, sin entender demasiado lo que significa. En realidad, simboliza la obligación del musulmán de ayudar al que pide limosna. Como dice otro Dios en el Antiguo Testamento: «Ayudar al prójimo como a ti mismo». Así que el *zakat* no tiene nada que ver con una barba demasiado corta o un velo puesto de prisa y corriendo. Menos todavía cuando el «fisco daeshiano», que se embolsa millones cada día con el tráfico de petróleo, reclama por la fuerza este dinero, destinado a financiar los macabros proyectos de la organización, a los más desfavorecidos.

En Raqqa, Bilel no puede llevar su teléfono móvil. Podrían localizarlo. Además, la red funciona mal. Solo puede comunicarse por *walkie-talkie*. O vía internet, a la que se accede muy aleatoriamente, salvo en los cibercafés, donde todo el mundo puede oír lo que dices. Por lo tanto, Bilel se levanta cada mañana a las seis y busca un sitio en el que todavía haya poca gente para enviar unas palabras cariñosas a Mélodie. «Que tengas un buen día, mi niña grande. Piensa en mí. Te echo de menos». Seguidas de un montón de emoticonos en forma de corazón rojo. Al principio me quedaba helada. Después aprendí a reírme con André y los compañeros que estaban al corriente. Y al final su actitud opresiva con Mélodie me agotó. Por momentos quisiera estrellar el ordenador contra el suelo. Me limito a alzar los ojos al cielo.

Al volante de su pick-up llena de armas y de botellines de batido de chocolate, que le vuelve loco, Bilel recorre trescientos kilómetros cada mañana «para hacer intervenciones». No da más detalles a Mélodie. Aunque imagino que algunas veces debe de desplazarse a zonas conflictivas, ahora estoy casi segura de que pasa los días en Deir ez-Zor, junto a la frontera iraquí, situada a unos trescientos kilómetros de su cuartel general. Le explica a su prometida que de camino da órdenes a sus batallones franceses. Decide las prioridades cotidianas. Quiénes irán al frente. Quiénes patrullarán las ciudades que están bajo control del EI. Quiénes se ocuparán de los infieles «a los que les ha llegado la hora». Asimismo, tiene que organizar las clases de religión, y también las clases de lengua, porque los combatientes llegan en masa y no todos dominan el árabe. Sin olvidarse de que entre los muyahidines de Siria cada quien habla su propio árabe. Como cada nacionalidad tiene su dialecto, las conversaciones no tardan en adoptar un cariz incomprensible. Bilel es emir, así que debe anticipar las situaciones y, por lo tanto, los problemas. Le cuenta a Mélodie el contenido de «reuniones secretas» que organiza en pequeño comité con iraquíes o con miembros de Al Qaeda que desean cambiar de bando. Estas reuniones casi siempre tienen lugar en emplazamientos ocultos dentro de los túneles subterráneos

que unen Siria con Irak. Bilel asegura que tiene un mapa y que conoce a la perfección hasta el más pequeño rincón que sirve de escondite o de lugar de encuentro. Incluso él mismo cavó algunos y luego los camufló. La misión de Bilel en estos encuentros es «negociar la paz», porque es «el francés con mayor graduación y el más cercano a al-Baghdadi». Por primera vez, le habla a Mélodie de sus vínculos con el «califa», lo que me confirma las palabras de Guitone.

Hace poco, Baghdadi lo envió a reunirse con al-Julani. Bilel se lo suelta como si tal cosa, por pura fanfarronería, a Mélodie, que de todas formas no se entera. Pero yo me entero de datos muy valiosos. Abu Mohammed al-Julani es el jefe de la principal brigada siria de Al Qaeda. Entre las diferentes milicias confrontadas en Siria y en Irak, él encarna una de las principales figuras emergentes del terrorismo en Oriente Medio. Este dato me confirma que si Daesh envió a Abu Bilel a «negociar» con este hombre casi invisible, en efecto debe de gozar de un puesto muy importante en la organización. Como quien no quiere la cosa, Mélodie le pregunta cómo fue esa reunión. Bilel está orgulloso de contestar que llegó a un acuerdo con él y que no tardarán en proclamar el califato. Pero ¿quién lo ejercerá? ¿El Estado Islámico o al-Nusra, la principal rama siria de Al Qaeda?, pregunta Mélodie para mostrar a su erudito interlocutor que asimila bien lo que le ha enseñado. Bilel muestra una expresión crispada. Es una cuestión crucial, porque cada clan quiere ser el que inscriba su nombre en la historia. Bilel le explica que los dos están de acuerdo en el punto principal: Siria será un Estado islámico. Al Qaeda, que se ocupa básicamente de poner en marcha células que apuntan a Occidente, debe estar más presente junto a Daesh en Siria. En definitiva, se va por las ramas.

Mélodie no tarda en preguntarle por el oro negro. Como siempre, el fanático echará balones fuera y no hablará de las refinerías de petróleo, que proliferan. Está liberando a un pueblo y tiene que vencer a los malos. Mélodie admira su valor. No entiende todas sus fantasías, pero cree que su ideología es justa y noble. Este hombre sabe mucho más de la vida que ella. Está impresionada. Le pregunta cuántos combatientes del EI hay en la zona.

—Aquí no decimos Estado Islámico, sino *Dawla islamiya fi Iraq wa Sham*. ¡Somos un ejército, al menos diez mil!

—¿Ah, sí? ¿Tantos?

—Incluso algo más... Al ritmo que van las cosas, de aquí a seis meses seremos cincuenta mil.

—¿Al ritmo que van las cosas?

—Cada día llegan nuevos combatientes. Muchos franceses, belgas y alemanes. Pero también gran cantidad de tunecinos. Sin contar a todos los suníes de la zona que se han unido a nosotros, y las brigadas repartidas por todo el mundo, como Boko Haram^[16], que se ha unido a nuestra causa.

Las cifras futuras son algo exageradas, pero todo lo demás es dramáticamente cierto.

Esta noche a Bilel le apetece explayarse. Mélodie lo aprovecha.

—Como tú me interesas, cuando no tengo noticias intento aprender, y me ha parecido entender que lo tenéis todo muy bien organizado. ¿Cómo lo hacéis?

—Cada uno tiene una función. En cuanto llegas, salvo si ya tienes experiencia, haces un programa de estudios normal: curso de lengua por la mañana y curso de tiro por la tarde. Duermes en una *katiba*^[17], mayoritariamente con franceses y con combatientes expertos que se dedican a guiarte en tu espiritualidad. A las dos semanas, o eres lo bastante fuerte para luchar y te unes al frente y a las operaciones secretas, o te especializas en un ámbito concreto, como el reclutamiento o el contraespionaje. También puedes dedicarte a tareas nobles, como ir al hospital a visitar a los yihadistas heridos o a suministrar medicamentos a los que los necesiten. Puedes hacerte predicador y enseñar el Corán a los que no lo conocen. El resto del tiempo haces lo que quieres. Aquí la vida es bella y los precios, de risa. Luchamos para vivir en libertad.

Vivir en libertad... En la imagen idílica que Bilel ofrece a Mélodie, evita confesar que en realidad gran parte de los yihadistas hacen el papel de subalternos.

—Pero yo, por ejemplo, no tengo dinero —sigue diciendo Mélodie, pragmática—. Aunque la vida no sea cara, según la sharía no puedo trabajar. Por lo tanto, ¿qué haré?

—Tu caso es diferente, eres una mujer. Mi futura mujer. *Insha'Allah*. De todas formas, la organización paga a todos sus fieles un sueldo mensual de cincuenta a doscientos cincuenta dólares^[18]. En Siria tienes más pasta que en Francia. Incluso eres rico. En Francia te dan por el culo, y aquí damos por el culo a los infieles de los franceses. Pero los hombres y las mujeres no realizan las mismas tareas. Lo que te comentaba era el programa de formación de los hombres.

—Dicen que los que se convierten en kamikazes precipitan la muerte, que esperan con impaciencia, quizá porque querrían volver. Pero si vuelven, los meten en la cárcel. ¿Es verdad?

Hablo de Nicolas Bons, un joven católico de Toulouse, convertido tardíamente al islam, que se hizo famoso por filmar un vídeo con su hermano mayor en el que pedía al presidente Hollande que se convirtiera al islam. Con rostro sonriente, invitaba a los europeos a reunirse con él en Siria para hacer su yihad. Había reclutado a su hermano, que moriría unos meses más tarde, a los veinte años, como carne de cañón, en nombre de una causa que nunca había sido la suya. Poco tiempo después, Nicolas, que hasta aquel momento hacía funciones de profesor de lengua y de reclutador de combatientes europeos, se ofreció voluntario para una operación kamikaze, por primera vez desde que se había unido a las filas de Daesh. Se hizo explotar dentro de un camión cerca de Aleppo. En aquella época encontré la última foto suya unos minutos antes de irse al otro barrio. Señalaba el cielo con el dedo índice, como hacen

muchos musulmanes para designar a Dios. Su sonrisa petrificada ya nada tenía que ver con la que esbozaba en el vídeo dirigido al presidente galo. Sus ojos parecían vacíos o, para ser exactos, llenos solo de desilusiones. Tras la muerte de sus dos hijos mayores, busqué a su padre, un próspero empresario de la industria de paneles solares. Instalado desde hacía varios años en Guayana por sus negocios, Gérard Bons me citó, un día bastante lluvioso, en el vestíbulo de un hotel de la triste ciudad de Cayena. Me estrechó la mano con fuerza, y mientras observaba su rostro, que parecía paralizado por el dolor para toda la eternidad, el patriarca me dijo de entrada: «Le advierto que solo le concederé veinte minutos de entrevista. No me van ni el voyeurismo, ni el llanto ni el periodismo sensacionalista». Apenas cinco minutos después, cuando le hablé de los remordimientos del último hijo que le quedaba, se deshizo en lágrimas. Había hablado con el benjamín de los hermanos el día anterior, con toda su pandilla de amigos, la misma que la de sus hermanos. Me pareció que estaba en estado de *shock* y con un fuerte sentimiento de culpabilidad. Como yo misma he tenido que afrontar a menudo la muerte de seres queridos, soy consciente de la importancia de gestionar este sentimiento antes de que se instale en uno para siempre. En lugar de hablar de los difuntos, intenté convencer a aquel padre de familia de que se dedicara a los vivos; es decir, a su hijo menor. Le conté alguna experiencia dolorosa de mi vida personal y le ofrecí varias llaves que me ayudaron. Sin embargo, nunca encontramos todas las cerraduras, porque, en caso contrario, la vida no sería lo que es. Sin duda se lo debía a un padre que aceptaba hablarme del dolor de haber perdido no a un hijo, sino a dos. Y aquel hombre pudoroso me ofreció dignamente un testimonio tan lúcido como desgarrador. Ordenaba una y otra vez a Nicolas que regresara, pero la única respuesta que obtenía era: «Me gustaría... Pero no es tan fácil salir de Siria, papá. Y aunque lo consiguiera, en cuanto volviera a Francia me meterían en la cárcel». Gérard Bons me contó que Nicolas se sentía responsable de la muerte de su hermano mayor. Según él, se suicidó deliberadamente para acabar con la culpa, de la que ya nunca más se libraría.

Apenas me ha dado tiempo de recordar a esta familia digna, aunque destrozada, cuando Bilel contesta a Mélodie:

—En absoluto. Todo lo contrario. Los kamikazes son los más fuertes. Nosotros valoramos tu fuerza en dos cosas: tu fe y tu valor. El que se atreve a explotar por Alá va al paraíso con todos los honores, te lo aseguro.

Por supuesto que los kamikazes pueden ser guerreros combativos dispuestos a sacrificar su vida. Pero generalmente —en todo caso en Daesh— los más débiles se ocupan de la intendencia (hacer de chóferes, preparar la comida...), y los que son «algo menos débiles» acaban saltando por los aires. No viene de uno. Sus filas aumentan a diario.

—Me repites todos los días que solo esperas una cosa: el paraíso. ¿Por qué no participas en una operación kamikaze tú también?

Bilel tarda un momento en contestar.

—Aquí todavía me necesitan. Aún no ha llegado mi hora, *insha'Allah*.

—Me hablas de los que llegan, pero ¿qué pasa con los que son como tú, más curtidos y más viejos? Tienes treinta y ocho años. Las noticias aquí hablan sobre todo de los viajes de los menores y de los jóvenes.

Ay, Mélodie le ha ofendido. Bilel le suelta con aire afectado:

—¿Cómo sabes que tengo treinta y ocho años?

Me apetecería decirle a este idiota, que asegura ser un temible genio del contraespionaje, que en su perfil de Skype consta su ciudad: Raqqa; su nacionalidad: francesa, y su edad: treinta y ocho años. A nivel más personal, no habría podido olvidarlo: Bilel nació en 1976, el mismo año en que nació uno de mis hermanos. Ironías del destino, en el dedo anular derecho llevo tatuada esta fecha, pero es tan pequeña que no se ve. Afortunadamente, no nacieron el mismo día. Mélodie se limita a contestar que lo ha visto en internet. Bilel reacciona en plan machito:

—Sí, pero no aparento la edad que tengo. Todo el mundo cree que tengo veinte o veinticinco años. Me conservo bien. Y, además, la edad es un número. Si supieras cuántas europeas quieren venir por mí... ¿Sabes? Gusto mucho, mi niña...

¡No me lo creo! ¡Ahora se presenta como si fuera una estrella del *rock*! André alza la vista al cielo. Veo que está dándole vueltas al asunto y que hace grandes esfuerzos por no perder los nervios. Quizá Mélodie debería mandarle a su novio un bote de crema antiarrugas para cultivar su vertiente «yihadista metrosexual». Me habría detenido un momento en este nuevo extremo del combatiente moderno, que me parece tristemente fascinante desde un punto de vista antropológico, pero me doy cuenta de que André quiere que abrevie.

—¿Y qué programa tienen las chicas? ¿Es diferente si se han convertido?

—¡Todo lo contrario! ¡Los yihadistas preferimos a las que se han convertido!

Se ríe; André y yo intercambiamos una rápida mirada de sorpresa.

—¿Por qué? —le pregunta Mélodie.

—¡*Mashallah*! Porque sois más rigurosas con la religión, y a la vez, más abiertas a la vida. No sois como estas infieles sirias, que se limitan a llevar velo y no saben hacer feliz a un hombre. *Insha'Allah*.

Bilel acaba de delatarse. Él, que presume ante Mélodie de liberar al pueblo sirio, acaba de insultarlo.

—¿Cómo que «las que nos hemos convertido somos más abiertas»?

—Ya sabes...

—No.

—Sois más coquetas, ya entiendes lo que quiero decirte...

—Sigo sin entenderlo.

—Tenéis más imaginación con vuestro marido...

—¿No es *haram* «tener más imaginación» en este ámbito tan privado?

—Con tu marido haces lo que quieres cuando estáis a solas. Se lo debes todo. Pero solo a él. Debes complacerlo en todo lo que te pida. Debajo del sitar y el burka puedes llevar lo que quieras. Ligueros, medias de rejilla y todo lo que le guste a tu marido... ¿Te gusta la ropa interior bonita, mi niña?

Lunes, 19.30 h.

Corto la comunicación. De repente no se me ocurre qué podría responder la pobre Mélodie. Le doy forma poco a poco, día a día. Hasta ahora creo que he pensado en muchas cosas, incluso en aspectos románticos, pero no he entrado en el registro erótico. Hoy mi gruesa ropa negra me ahoga de verdad. Alterada, me quito el hiyab, bebo un gran vaso de agua y enciendo un cigarrillo. Ahora mismo la periodista no existe. Existe el ser humano. El terrorista me ha acorralado y estoy furiosa conmigo misma por haberme centrado tanto en otros puntos que no he previsto respuestas en caso de que me arrastrase a este terreno. Me vuelvo hacia André, que echa pestes como nunca y da vueltas por el salón como un león enjaulado.

—¿Quién se ha creído que es este tarado perverso, este viejo verde, para preguntarte qué ropa interior te pones? Primero casi te ordena que vayas, luego quiere que te cases con él, y ahora la cosa va de ligueros. ¿Qué va a pedirte la próxima vez? ¿Que te quedes en pelotas delante de él? ¿Por Dios? Odio a este tipo.

Yo también, pero tranquilicémonos. Ahora mismo lo urgente es contestar cuanto antes a Bilel. Vuelve a llamar, y si Mélodie se queda callada, puede sospechar algo. Lo más importante es no despertar sus recelos. Así que Mélodie, fingiendo entrar en su ideología medieval, murmura con un hilo de voz, como si un corsé le apretara y le cortara la respiración:

—Llevaré lo que le guste a mi esposo. Como no estoy casada, no hablo de estas cosas con un hombre.

—Está bien. Eres pura, Mélodie. Me di cuenta enseguida. Sabía que eras guapa incluso antes de verte la cara.

—Pero tú me has enseñado que la belleza no es importante en la religión.

—Claro. Pero tú y yo tendremos niños guapísimos... *Insha'Allah*. Parece que tienes curvas, como a mí me gusta, y ya te he dicho que yo soy un chico guapo...

Es evidente que, una vez más, Bilel no ha escuchado la respuesta de Mélodie. Se muerde los labios y la mira de arriba abajo en silencio. Bajo los ojos. Lo único que puedo hacer es esperar penosamente a que pase el momento. André está en una zona del salón desde la que no puede ver la pantalla; en ella Bilel se pasa lánguidamente la

lengua por los labios. Ahora mismo, ¿cómo podría hacerle hablar de Baghdadi o de cualquier otra cosa? Aprieto los dientes. Un poco más de paciencia.

—¿Soy tu modelo de hombre? —sigue preguntándome.

—La verdad es que no tengo un modelo.

—Pero me dijiste que te parecía guapo... Bueno, si no tienes modelo, permíteme que vuelva a pedirte que seas mi mujer.

—Pero Bilel, me da mucho miedo, en realidad no te conozco. Si te contesto que sí, quiere decir que te seré fiel y estaré contigo hasta el fin de mis días; pero si resulta que ya tienes varias mujeres...

Bilel se salta este último punto:

—Escúchame, eres mi tesoro, y la casa en la que viviremos con nuestros hijos será tu reino. Solo tienes que venir y tú misma verás que puedes confiar en mí. ¿Puedo hacerte una pregunta?

A estas alturas de la conversación me espero cualquier cosa. Sus cambios de tema suelen ser incongruentes. Tiene una enorme agilidad para pasar de relatos sangrientos y terroríficos a los de un vulgar ligón en una página de contactos.

—¿Tienes el pelo largo?

—Sí... Pero ¿por qué me lo preguntas?

—¿Largo o media melena? Porque casi todas las chicas dicen que tienen el pelo largo, pero en realidad es media melena. Mienten.

¿Y? Admito que no entiendo adónde quiere ir a parar.

Tengo que contenerme para no reírme a carcajadas al ver la cara de asombro de André; él también está pasmado al ver cómo Bilel pasa del relato de sus «hazañas» asesinas a sus patéticas estrategias de seducción.

Ahora mismo parece que estemos en adoptaaunyahadista.com. Por principio, de entrada siempre busco lo que hay de bueno en una persona, sea quien sea, y pienso que las situaciones complicadas que la vida inevitablemente nos impone tienen solución. En este caso, no puedo hacer nada por la persona; en cuanto a las circunstancias, menos aún. Pero esta charla delirante sobre la longitud de la cabellera de Mélodie es un excelente antídoto contra las preguntas a veces más inquietantes que debo encajar en su nombre.

—El pelo me llega a la mitad de la espalda.

—Pues no es largo, sino media melena.

—¿Y qué?

—Nada, solo que me encanta el pelo muy largo. ¿Y cómo es? ¿Rizado?

—No mucho. Solo ondulado.

—Perfecto. Siempre he pedido a Alá que pusiera en mi camino a una convertida morena con ojos verdes, y ya estás en mi vida, Mélodie. Mi mujer...

—No he aceptado... Tengo que dejarte. Acaba de llegar mi hermana. Tengo que quitarme el velo. Si no, se lo dirá a mi madre.

—Llévate el ordenador a tu habitación, esposa mía. Te esperaré lo que haga falta. Pero júrame por el todopoderoso Alá que me quieres...

—Duermo en la misma habitación que mi hermana. De verdad que tengo que colgar, Bilel.

—Vale, pero antes tienes que saber que me voy a dormir seguro de haber encontrado a la que Alá ha puesto en mi camino.

—Ok, Bilel. *Mashallah*. Que duermas bien.

—Mélodie... Nunca olvides que ahora eres mi mujer. Eres mía por toda la eternidad. ¿Lo has entendido? ¡No lo olvides!

Lunes, 20.00 h.

Cierro el ordenador. André se sienta a mi lado en el sofá y me ofrece un cigarrillo en el más absoluto silencio. No decimos una palabra hasta que se consume. Por primera vez me pregunto si, entre estos momentos en el fondo tan ridículos, que tienen mucho de cómico, y los momentos en los que retumba en mí la angustia de ahogarme, me estoy volviendo esquizofrénica. André acaba explotando. «¡Basta! ¡Lo dejas ahora mismo! ¡Tema zanjado! ¡Se acabó! *Rhallas!*^[19] ¿Te das cuenta de los riesgos? Mañana, última conversación con Bilel, y hacemos desaparecer a Mélodie para siempre. ¿Lo entiendes?» Sigo en silencio. Estoy de acuerdo, pero no sé qué decir. Está todo dentro de mí, pero no quiere salir. Soy una funámbula que anda por una cuerda invisible.

Y Milan está a punto de llegar... Al menos he acabado a tiempo. No me habría gustado que me viera así, en la piel de otra. Milan no sabe demasiado de este trabajo. Sabe que hablo a menudo con un yihadista francés en Siria. Nada más. Estoy destrozada, exprimida, sin energía. Suena el interfono. Debe de ser Milan. Le pido a André que no diga nada de nuestro reportaje, voy a abrir la puerta y vuelvo al salón. En ese momento se activa la señal de Skype del ordenador. Bilel vuelve a llamarme. Ni me planteo contestar. Pero André insiste en que vuelva a ponerme la ropa de Mélodie. Quizá Bilel tiene algo importante que decirme. ¿Por qué si no volvería a llamar, sabiendo que Mélodie no puede hablar? Dudo. Oigo a Milan quitándose el casco en la escalera y subiendo a toda prisa. Estoy agobiada. Sin pensarlo, me pongo de cualquier manera el velo y la chilaba. A continuación, pulso el botón verde justo cuando escucho que Milan está cerrando la puerta de mi casa. En tres segundos, lo que tardará en cruzar el pasillo, va a verme de esta guisa. Se quedará sorprendido, y me odio a mí misma porque ni siquiera podré lanzarle una mirada. André le indica con un gesto que no diga nada y que se quede en un rincón del salón. Intento concentrarme en lo que me dice Bilel, pero busco de reojo a mi verdadero novio. Nuestras miradas se cruzan. Baja la suya de inmediato. No me reconoce. O sí, y le parece insufrible. Él, que casi nunca fuma, se acerca a la ventana y enciende un cigarrillo. Me da muchísima vergüenza ligar con otro cuando él está delante. Y no importa que sea algo relacionado con mi profesión. De algún modo, eso lo empeora.

Jamás habría imaginado que algún día haría lo que estoy haciendo. Y menos aún delante del hombre al que amo. Si no le he hablado de la oscura indumentaria que exige mi avatar, ¿en qué más he podido mentirle? En nada más, por supuesto, pero mi torpeza juega en mi contra. Temo que se plantee lo que no debe. Que se duerma con preguntas inquietantes en la cabeza.

—Quería volver a darte las buenas noches, mi niña.

¡Genial! Lo único que Bilel quiere es repetirle a Mélodie una vez más, de forma cada vez más invasiva, la voracidad de su «amor». No debería haber hecho caso a André y responder a esta última llamada. Y delante de Milan... Estoy al límite de mi paciencia. En tono poco amable, Mélodie contesta:

—Ok. Buenas noches, Bilel. Te he dicho que no era prudente que hablara contigo ahora. Por favor, yo respeto tus instrucciones, así que haz caso de las mías. Si entra mi hermana, estoy muerta. Cuelgo.

—Vale. Que tengas bonitos sueños, esposa mía, y nunca olvides que eres mía para siempre.

Se desconecta. Mi salón ha conocido incómodos silencios desde el principio de estas conversaciones. Frases glaciales que André y yo nunca hemos contado. Pero por primera vez estas insensatas palabras hacen que me tambalee psicológicamente. Porque, sin saberlo, Bilel ha encontrado una grieta en mí, la periodista. Lo que ataca a través de Mélodie son mis valores, mis convicciones de ciudadana y mi idea de la humanidad. Ahora, en presencia de Milan, acaba de arremeter contra mi vida personal. Y lo peor es que es culpa mía. Se agolpan en mí varios sentimientos. La incomodidad y la rabia se imponen sobre otros que apenas logro descifrar. Todo va muy deprisa. Me quito el hiyab y la chilaba, me convierto de nuevo en Anna y corro a la ventana, junto a Milan. Lo abrazo por detrás. Él se queda inmóvil, fumando como alguien que no está acostumbrado a hacerlo. Le murmuro que lo siento. Él aspira nervioso su *Marlboro Light*.

André recoge sus cosas y entiende que vale más que se esfume. Incómodo, desdramatiza al máximo la conversación. Apenas ha cerrado la puerta cuando Milan me tiende un casco de moto y me pide que pasemos la noche en su casa. Claro... Entiendo perfectamente lo que siente. Tampoco yo quise dormir en mi casa la primera vez. Observa mi minifalda y mi camiseta del grupo inglés The Clash, y su mirada no me parece la de siempre. Me dice que le preocupa. Siente mucho no terminar de entender lo que pasa en Siria, pero le parece evidente que corro peligro. Le habría gustado que se lo hubiera contado antes. Pero, ahora que lo ha visto, a menos que tenga problemas o que deba viajar por mi investigación, no quiere saber más detalles. Me parece bien. El resto de la noche es para nosotros. Sin embargo, me siento culpable de haber implicado a otra persona en esta historia. «Ojos que no ven, corazón que no siente».

Me duermo confusa y avergonzada, como si acabaran de pillarme en flagrante delito de adulterio. Milan me abraza, pero su gesto desprende más automatismo que cariño. Esta noche es la primera vez que la historia de Mélodie, mi avatar, tiene un impacto en mi vida. Y mi vida nada tiene de virtual.

Al día siguiente.

Desde que Abu Bilel pregona que va a casarse con Mélodie, mi avatar tiene muchos amigos virtuales nuevos. Sus recientes publicaciones en Facebook llamando a la yihad «humanitaria» le granjean multitud de solicitudes de amistad, pero sobre todo mensajes privados. Chicas que convierten en estrellas a los muyahidines, que se llaman Umm «Lo que sea» y que puntualizan en su perfil que no aceptan a hombres en su cuenta, piden consejo a Mélodie sobre el trayecto más seguro para ir al País de Sham. Hay mensajes en francés, en flamenco, en árabe y creo que también en alemán, toda una amalgama de lenguas. Incluso amigos míos que hablan fluidamente diferentes dialectos del árabe se atascan ante este galimatías de palabras alteradas y deformadas en función de su origen. A veces las preguntas son tan técnicas como incongruentes: «¿Tengo que llevarme decenas de cajas de compresas o podré encontrarlas allí?»; «Si llego a Siria sin marido, mejor que no llame la atención llevando la maleta llena de tangas. Mi futuro esposo podría considerarme impura. Pero ¿allí hay tangas?». Las preocupaciones de estas candidatas a la muerte me superan. ¿Y qué podría responderles?

Todas las noches procuro que Bilel me cuente cosas, y él presiona de tal modo y exige ver a Mélodie tan a menudo, que a veces charlamos cuando no está André presente. No puedo dedicarme solo a Daesh y a Siria. Es lo único que hago, y dejo atrás la cargada actualidad del momento, concretamente en Ucrania. Antes de que llegue Milan, o en cuanto está ocupado, me pongo el hiyab de Mélodie, que se encuentra con su pretendiente en la tenue luz de la noche. Buena parte de estas noches me las paso en mi casa, sentada en el sofá con las piernas cruzadas y con el velo puesto. Contestar a esas chicas para enriquecer mi investigación supondría una falta de moral que ni por un segundo me planteo. Sé que la juventud te hace ser impetuoso y frágil. Me limito a no responder. Hacerlo me obligaría a entrar en debates interminables y sin grandes resultados. Solo reacciono cuando me parece que el traslado es inminente. He escrito un mensaje «de corta y pega» en el que Mélodie les desaconseja que vayan, y se lo envió sistemáticamente (omito aquí las faltas y los emoticonos):

Salam, hermana:

Como tú, perdí la esperanza y acabé ahogándome en mi país y en sus leyes, no siempre compatibles con las nuestras, las islámicas. El islam me ha salvado de la desilusión y del mal. Pero ser una buena hermana es ante todo comportarte dignamente, con discreción, y dedicarte a la religión desde tu cuarto, a partir del Corán, no viendo vídeos que predicán cualquier cosa. La yihad se hace ante todo en el corazón, respetando nuestros preceptos religiosos y siendo bueno con el prójimo desfavorecido, sea sirio o de cualquier otro sitio. No sirve de nada marcharse para demostrarse algo a uno mismo. Solo tienes que abrir los ojos. A tu alrededor hay personas, los tuyos, que necesitan ayuda. Si te planteas preguntas, haz como yo, háblalo con tus padres (y eso que me he convertido) y piensa en la pena que vas a causarles si te marchas. En todo caso, yo ya había previsto mi viaje y estaba en contacto con muchos yihadistas. Estaba segura de mí misma. Pero luego me apliqué los consejos que te doy, y ahora soy más feliz que nunca.

Supongo que mi discurso solo será una gota de agua en el océano de perdición en el que se ahogan estas chicas, pero no puedo quedarme sin hacer nada. Y quizá inconscientemente me permite tener buena conciencia...

También se dirigen a Mélodie yihadistas francófonos. Son amables y educados. Tienen entre dieciséis y veintisiete años, y sus tres primeras preguntas son siempre las mismas:

«¿Estás en el País de Sham?».

«¿Cuántos años tienes?»

«¿Estás casada?»

No me queda tiempo para profundizar en debates que no me interesan nada. Sin embargo, mantengo contacto con Abu Mustafá^[20], un francés de veintisiete años, soldado de infantería del EI, que parece más lúcido que los demás. Y también más sincero. Abu Mustafá practica su culto asiduamente desde que era niño. Conoce bien la historia de las religiones desde su origen hasta nuestros días. Vive en función de su Dios porque así se siente realizado, sin necesidad de hacer proselitismo en su entorno. No pide que corra la sangre. Sabe que su yihad es ante todo una búsqueda espiritual que se hace por uno mismo. Como un cristiano peregrinaría al Vaticano. La yihad no implica necesariamente la guerra. La hégira, sí. Al Qaeda, Daesh y algunas otras brigadas lo han vendido a su manera. Abu Mustafá viajó a Oriente Medio por motivos religiosos. Se busca a sí mismo y todavía no se ha convertido en un asesino. Jamás cuelga fotos suyas en Levante, ni eslóganes propagandísticos. Nada de lo que sé de él me sugiere que pueda ocupar un puesto de combatiente. Se limita a publicar suras bastante bonitas. Y llama a una sola cosa: a aplicar la fe si se es creyente. Siempre ha seguido su religión al pie de la letra y pensaba encontrar en Siria una tierra magullada que, junto con sus nuevos hermanos, lograría liberar y convertir en Estado islámico. Al menos eso era lo que se imaginaba cuando decidió dejarlo todo. Desde que está donde quería estar, se siente muy decepcionado. Le cuenta a Mélodie que a veces tiene la sensación de «vivir en la mentira». Solo nos comunicamos por escrito, y aun así descubro en él una soledad inquietante. Mélodie le pregunta por qué no vuelve, o por qué no intenta formar una familia, lejos de la barbarie, si todavía es posible.

«Soy religioso desde pequeño. Mi familia es muy practicante. No se avergüenzan de que esté en Siria, porque saben que mi corazón es puro. Pero temen a Daesh, a Nusra, al ejército de Bashar y a todos los que matan en nombre de la religión. Les gustaría que volviera... Y aunque un buen musulmán no debe temer la muerte, a veces creo que me ha llegado la hora, hermana».

«¿Es difícil adaptarse al llegar? ¿No echas mucho de menos a los tuyos?»

«Al principio es muy duro. Echabas mucho de menos a tus seres queridos, sobre todo a tu familia, *insha'Allah*. Mi hermana pequeña se sacó el bachillerato justo después de que me marchara, y casi todos mis hermanos celebraron poco después su cumpleaños. Me he perdido todos estos momentos. Lloro cada día desde hace un año, hermana».

Pienso sinceramente lo que Mélodie va a contestarle.

«Lo siento de verdad por ti... Sé que es muy duro lograr salir de Siria, y que después, al volver a Europa, te esperan otros problemas. Pero quien no lo intenta no lo consigue. Pasarías un mal momento al volver, pero si logras demostrar que jamás has empuñado las armas, hay muchas ONG que podrían ayudarte».

Abu Mustafá se toma un tiempo considerable para contestar. Aunque no lo conozco, estoy pendiente de sus labios; o mejor dicho, de mi pantalla. Ya me imagino llamando a Dimitri Bontinck para pedirle que ayude a repatriar a este chico. Pero su respuesta se limita a repetir las palabras de la propaganda, como un disco rayado. Aun así, estoy convencida de que ha sopesado los consejos de Mélodie.

«Toda reivindicación exige una revolución. Y sufrimiento y pérdidas humanas. He jurado lealtad a nuestro futuro califa Abu Bakr al-Baghdadi; él y solo él debe guiarnos a los musulmanes. Si vine hasta aquí y he aguantado un año, puedo quedarme toda la vida. *Bismallah*».

«Si me uniera a las filas del EI, solo haría labores humanitarias y fundaría una familia con un hombre al que amara de verdad, no solo por aplicar un modelo de vida que me han dictado».

«¿Estás casada? ¿Tienes un pretendiente?»

«Tengo un pretendiente que me espera, sí».

Su respuesta tarda unos minutos en llegar. Seguramente está decepcionado.

«Me gustaría formar una familia, ser padre y encontrar a una esposa a la que ame, pero en Siria es complicado... Aquí es difícil, hermana. La mentalidad de las sirias no tiene nada que ver con la nuestra... Por eso preferimos casarnos con hermanas de Europa».

«¿Por qué?»

«Porque las sirias desprecian a los yihadistas extranjeros. Temen a Daesh. Y nosotros no somos compatibles con su fe, que no es la buena. No aplican la sharía como vosotras, las europeas. Ni siquiera llevan sitar, sino un diminuto hiyab».

Pienso en la primera vez que tuve que ponerme el mío. Me parece muy lejana, aunque hace muy poco. Abu Mustafá sigue escribiendo:

«Y además he crecido en Francia, y ellas aquí. El choque cultural es demasiado grande... Es enormemente difícil armonizar nuestras costumbres occidentales con su mentalidad cerrada. Por eso, si aquí pudiéramos casarnos con hermanas como tú, la vida sería perfecta».

«¿Su mentalidad cerrada?»

«Sí, no están abiertas a nada... Ni a la religión ni a su marido».

«Pero me dicen que llegan muchas europeas».

«¡Hay que encontrarlas! ¡No caen de los árboles!»

«Aquí cuentan casi todos los días casos de viajes a Oriente Medio, a menudo de mujeres. Yo misma conozco a muchas hermanas que se marcharon».

«Las europeas vienen si las espera un marido o si de verdad quieren hacer su hégira. Pero a las mujeres les cuesta más pasar a la acción que a los hombres. No son tan valientes. Casi siempre vienen por afán de lucro, creyendo que van a tratarlas como a princesas, y ya el primer día se quedan aterrorizadas. Luego se pasan el día llorando».

Antes de contestarle, me baso en lo que Bilel le ha contado a Mélodie hasta ahora.

«Parece que hay ciudades, como Raqqa, en las que se aplica la sharía y tienes acceso a la misma tecnología que en los países occidentales».

«La verdad es que no. La vida es bella depende de para quién... Daesh está superbien organizado. Cuanto más importante eres, mejor vives. Pero te aseguro que esto no es París».

«¿Eres de París? Yo vivo en Toulouse».

«Sí. Y aunque sufría porque no siempre podía expresar libremente mi culto, no odio a Francia. Simplemente quería vivir como me parece y según las leyes que respeto».

Abu Mustafá no es Bilel. También él está perdido, pero no se ha echado a perder. No del todo... Confundido entre las diversas visiones del culto musulmán, y por lo tanto de sus prácticas, que en la actualidad se oponen, lucha contra sí mismo. Solo que ha pasado a engrosar las filas del EI. Y esta afiliación, si algún día Abu Mustafá consigue regresar a Francia, le resultará fatal.

A los yihadistas que quieren volver a su país de origen, de entrada como mínimo los detienen y luego quedan en arresto domiciliario y les prohíben salir del territorio, o los encierran en prisión preventiva hasta determinar qué tipo de amenaza representan. En todos los casos se aplica la ley al pie de la letra: los inculpan de «asociación de malhechores con fines terroristas». En el caso de algunos menores, la cuestión es espionosa, porque es extremadamente difícil determinar la frontera entre el arrepentido que se dejó influenciar y el fanático que puede llevar a cabo atentados al volver a su país, como Mehdi Nemmouche, el asesino del Museo Judío de Bruselas, ex carcelero de Daesh que acababa de llegar de Oriente Medio con la finalidad de cometer una serie de atentados por toda Europa.

Los casos de desplazamiento de menores se han multiplicado desde la ley del 1 de enero de 2013, que permite a los residentes galos de más de catorce años viajar por Europa sin autorización para salir del territorio firmada por sus padres o su tutor legal. Crees que tu hijo adolescente está pensando en sus cosas, sentado en los bancos del colegio, y en cambio puede que ahora mismo esté en un avión con destino a Turquía, embarcado en un viaje sin retorno. Aunque las autoridades, superadas por el alarmante aumento del fenómeno, intentan como pueden hacer frente al problema, algunos de sus fallos son preocupantes, ya que sabemos que en Francia el riesgo de atentados es permanente. El ministro del Interior, Bernard Cazeneuve, trabaja para tapar las grietas que han permitido este tráfico. Ante todo intenta prevenir e impedir al máximo los viajes, y se toma muy en serio los escasos regresos al país. Sin embargo, las consignas del plan Cazeneuve son más policiales que de ayuda. ¿Qué sucede con los yihadistas que presumen de desplazarse cada dos por tres entre su país y Siria? Mélodie sigue en Facebook a un soldado de infantería llamado «Quieres que te diga» (*sic*). Cuelga fotos en Marsella, la ciudad donde nació y a la que va «a ver a los amigos» y, de paso, a alimentar su ego mostrando sin miedo y sin el menor reparo fotos suyas vestido de combatiente. «Sabemos lo que eres cuando vemos lo que tienes» (como dice la letra de «Petit frère», del grupo IAM). Y un kalashnikov en el brazo dice mucho. Tres días después, «Quieres que te diga» comparte otras fotos de él en Siria vestido como un europeo, con ropa de marca de la cabeza a los pies.

En numerosas ocasiones, Bilel ha dado a entender a Mélodie que era fácil volver a Francia. Pero solo si se trata de visitas rápidas y si se sigue un itinerario que la DGSE^[21] o cualquier otro organismo francés de defensa difícilmente pueda localizar.

Esta noche Bilel insiste más que las anteriores en saber «el nuevo nombre islámico» de Mélodie. Como está convencido de que muy pronto estarán juntos, su mujer debe elegir el nombre que llevará en su nueva vida. Al principio, Mélodie se fue por las ramas: «Ya lo veremos más adelante, Bilel», le contestaba cuando él volvía a la carga. Pero delante de ella y de sus tiernos veinte años se alza un hombre que siempre consigue lo que exige. Así que acaba diciéndole: «Elígelo tú». Y zanja la conversación. El sentimiento que esta petición provoca en mí es bastante tonto: por virtual que sea, es mi Mélodie. Tendrá que desaparecer pronto, por supuesto. Pero dignamente y en el momento que ella decida. Quien tiene que tomar esta decisión no es Bilel. Curiosamente, el cambio de identidad que le impone a Mélodie me afecta. Día a día va matándola psicológicamente. Y después de acabar con su vida, con su pasado, con su madre y con todos sus seres queridos, debe también sacrificar lo único propio que le queda: su nombre.

Consulto el Skype sin la intención de responder a las decenas de corazones y de «xD» con los que el yihadista la bombardea desde que Mélodie ha colgado. Entre todos esos emoticonos ridículos, Bilel suelta esta frase: «Vida mía, esposa mía, desde

ahora te llamarás Umm Saladine. Bienvenida al verdadero islam». Se lo repetirá al día siguiente, cara a cara. Como respuesta, Mélodie se limitará a sonreír, por supuesto.

Al día siguiente.

André asiste cada vez menos a las conversaciones. Porque no tiene tiempo, pero también porque ya ha fotografiado a Bilel y a Mélodie desde todos los ángulos posibles, tanto en el salón como en su dormitorio. Y además considera que disponemos de suficiente material para nuestro reportaje, que nuestra investigación sobre la yihad virtual ha llegado lejos y que muchos de nuestros interrogantes han quedado despejados. Sobre todo, está convencido de que este reportaje va a provocar represalias, y que cuanto más tiempo dejemos existir a Mélodie, mayor será la amenaza para mí. «De todas formas, mientras continuemos con esto, querrás cada vez más», me dice. Sobre las represalias y los riesgos que corro, teniendo en cuenta que Bilel me ha visto la cara, estoy de acuerdo con mi compañero. En cuanto a la investigación, no he saciado mi apetito. Casi cada día me llegan noticias de familias preocupadas por la marcha de un hijo al que conocí. Su situación es siempre desesperada. Y todavía no le he sacado a Bilel la suficiente información para que mi ayuda sea eficaz. Como Mélodie no tiene más remedio que prestar atención a Bilel, que se dedica a dar rodeos pretenciosos y sin el menor interés, el yihadista ligón me pone las cosas difíciles para volver al tema, para ir al meollo del asunto y sonsacarle información útil. Mélodie me ha proporcionado muchos datos y aclaraciones que jamás habría conseguido sin ella. Pero todavía no los suficientes. Y además, con lo mucho que se ha esforzado por entender, le debo una retirada con todos los honores... Aun así, todavía no le he diseñado una puerta de salida para escapar de Bilel. Al margen de mi misión periodística, he puesto tanto de mí en este reportaje que soy consciente de que mi curiosidad se ha vuelto tan malsana como legítima. André lo entiende y me deja «hacer mis cosas sola», aunque me suplica que tenga cuidado.

Sin André, Mélodie ya no se comunica a diario con Bilel, que se sube por las paredes. Es la única manera que tengo de vengarme un poco de él, porque siente cariño por Mélodie. Mi avatar se excusa en que su madre le ha prohibido utilizar el ordenador de la familia y que solo puede contactar con él cuando consigue sacar el Mac portátil escondido en su habitación. Solo han hablado por Skype dos veces, y solo han hablado de la boda. No conseguí que me diera más información. No

obstante, sigo dedicando todo mi tiempo a rastrear la presencia de muyahidines del EI en la red. Las fotos los muestran posando orgullosos junto a cadáveres decapitados. La mayoría de las víctimas son musulmanas. El EI, que ha cimentado su fuerza expansiva en una propaganda sensacionalista tan efectiva como el estreno de una peli de Hollywood, recurre a un sinfín de tretas para convencer de que se unan a sus milicias, y solo a ellas. Ahí va una prueba. Los «mártires^[22]» de Daesh muestran un rostro angelical y una sonrisa apacible, mientras que los restos mortales de sus adversarios aparecen terriblemente calcinados. En realidad, Daesh difunde de inmediato las fotos de sus combatientes desaparecidos para que sus rostros tengan expresión. Dejan que los demás cadáveres, los de los «infieles», se descompongan al sol antes de publicar fotos insoportables, como si la Muerte en persona acabara de abatirse sobre ellos. El pie de foto suele ser el mismo: «Ya veis la diferencia: nuestros mártires felices, porque han visto a Alá, que está orgulloso de ellos y de lo que han hecho. Y observad los cuerpos horribles de estos *kuffar*. Alá los ha castigado. Ellos no irán al paraíso». Sobre todo a Guitone le encanta recordarlo y dedicarse a la morbosa actividad virtual de comparar los restos. Justo después, cuelga una foto suya en Siria, con una tableta de chocolate Milka en las manos. Incluso, como en los últimos tiempos la carne es un producto escaso, cruza tranquilamente la frontera turco-siria y, junto con otros combatientes, se sienta a una mesa, con un kalashnikov al hombro y una sonrisa en los labios, y hace fotos de la alegre pandilla zampando cordero y trincando refrescos americanos con el siguiente comentario: «Siria y Turquía, la misma lucha. ¡Aquí estamos en casa! *Mashallah*, es mejor y más barato que Francia, hermanos. ¡Venid!». A veces añade, y no es el único: «Saludos a la DGSE, si nos estáis espiando».

Bilel también me lo cuenta. Pero él ocupa un puesto demasiado elevado en el escalafón del EI para dejar este tipo de pruebas en la red.

* * *

Hoy, al salir de la redacción, he tomado un café con mi dulce Milan y me he quedado triste al despedirme de él. Voy de camino a mi cita con Bilel. No puedo seguir esquivándolo. El trayecto me ofrece una pequeña válvula de escape antes de volver a sumergirme en el sórdido universo que espera a Mélodie. Escucho a todo volumen por los auriculares «Just Like Heaven», de The Cure, que fue la sintonía del mítico programa de televisión de los años ochenta *Les enfants du rock*. En aquella época yo era pequeña, pero la canción me recuerda a mis dos hermanos mayores, y este recuerdo, esta magdalena de Proust de la infancia, me sume en una dulce nostalgia que me acuna hasta mi casa. Lo primero que veo al abrir la puerta es la chilaba de Mélodie, planchada y colgada de una percha. Parece que está viva. La mujer de la limpieza, que viene una vez por semana, habrá pensado que acababa de comprarme un vestido y habrá creído oportuno darle un golpe de plancha.

Estos últimos días los mensajes de Bilel se multiplican, mañana, tarde y noche. Un acoso en toda regla. Siempre con las mismas frases agobiantes, que ahora repite cincuenta veces, como si de verdad Mélodie le perteneciera.

«¿Estás ahí?»

«¿Estás ahí?»

«¿Estás ahí?»

«¿Estás ahí?»

«¿Estás ahí?»

«¿Estás ahí?»

«¿Estás ahí?»

«¿Estás ahí?»

«¿Mi niña?»

Sus «¿Estás ahí?» ocupan decenas de páginas. En Skype y en Facebook, incluso en el teléfono recargable de Mélodie. Ya no deja en paz a su prometida. Al mismo tiempo, mi entorno empieza a preguntarme si yo, la periodista, no estoy enganchándome al juego. No entiendo sus preguntas. Admito que siento una especie de crueldad malsana haciendo que se vuelva loco cuando en algunas citas no puede ver a Mélodie o cuando lo acorrala en temas inconfesables. Por primera vez en mi carrera, cuanto más avanza la investigación, más me cuesta retroceder. Aunque he interrogado a asesinos, a violadores, a pedófilos... Tenía ganas de escupirles a la cara, pero mi rostro no dejaba traslucir nada. En el caso de Bilel, y la frase que sigue no es ni correcta ni ética desde el punto de vista periodístico, pero es la mejor explicación de mis «sentimientos», tengo ganas de joderlo. De llevarlo a su propio juego. Para mí no es más religioso que humano. Este asesino loco reparte su tiempo entre quitar la vida a los demás y convencer a crías como Mélodie de que vayan en busca de la muerte. No puedo atacar al yihadista, que además es muy poderoso, ni a su ejército, pero puedo agrandar las grietas del hombre; es decir, su sed de reconocimiento y de dominación. Cree ejercerla una vez más sobre la joven Mélodie, pero lo que sucede es lo contrario. Me río de Bilel, cuando no me dan arcadas... Mis valores en cuanto al amor se basan en la confianza y la bondad, y delante de mí tengo justo lo contrario, aunque dé la impresión de haber desarrollado una especie de síndrome de Estocolmo. No hay peligro. Sin embargo noto que una parte de mis interlocutores no terminan de creérselo. «¿Cómo si no podrías seguir con este ejercicio macabro?», me asestan como último argumento. Sencillamente, porque hago mi trabajo. Y después, porque sin Bilel habría tardado meses en saber y en asimilar todo lo que descubro a través de él. Creo que, bromas aparte, he repetido muchas veces que me da asco, pero me reprochan lo que no les cuento, como si fuera más allá del ámbito profesional. Por una parte, no lo cuento todo por pudor, porque, como descubriré más adelante, este es un tema que no deja indemne. Y por otra, porque la prudencia es de rigor. De lo que se trata es de publicar mi reportaje, no de divulgarlo. Y además, los momentos de intimidad entre Bilel y Mélodie nunca han

ido más allá de los delirios verbales del yihadista. Nunca ha pedido ver algo más que su rostro. No lo necesita. Bilel aterroriza, diga lo que diga. Y también esta noche.

—Ah, por fin estás, esposa mía. ¿Seguías castigada? Tenemos que hablar. Tengo muchas cosas que decirte. ¡Buenas noticias!

—Ah... Dime, me encantan las buenas noticias.

—He hablado con el *kadi*^[23] de Raqqa. Te espera impaciente para casarnos.

—...

—¿No estás contenta, mi niña?

—Te dije que, como soy soltera, no quería llegar al País de Sham sin mi primo o sin haberme casado...

—No podemos casarnos por Skype, el *kadi* prefiere que no lo hagamos...

—Ah, ¿íbamos a casarnos por Skype? ¿La ley permite el matrimonio virtual?

—Sí, aquí se puede. Pero el *kadi* cree que soy demasiado importante para casarme por ordenador. Quiere que estés en tierra santa. Te espera encantado, pero prefiere que sea aquí.

Por supuesto, no hay la menor posibilidad de que Mélodie, que es inconsciente, sí, pero no una cabeza loca, se reúna con Bilel en Siria, y una vez allí constate con sus propios ojos lo que sucede. Todo trabajo tiene sus límites. Suicidarse sería más rápido. Algún día iré, pero sin duda no como una convertida que desea casarse. De paso, Bilel ha tachado de sus planes al primo de Mélodie. Por más que ella lo saque a colación, se hace el sordo. Bilel tiene sordera selectiva, aunque tenaz.

—¿Cómo son las bodas allí?

—En realidad ya estamos casados...

—¿Cómo?

—Creo haberte pedido muchas veces, y desde el principio, que te casaras conmigo, así que hablé con el juez, que ha hecho los papeles. Estamos oficialmente casados, esposa mía. *Mashallah*.

En este momento no sé cómo consigo parecer de mármol. Pero no tengo elección. Desde el otro lado de la pantalla, Bilel observa el rostro de Mélodie, a unos centímetros del suyo.

—Y yo creo haberte dicho siempre que antes de darte el sí quería al menos verte... Tocar tu piel, sentir tu olor y mantener una conversación en la que pueda tocarte la mano.

Bilel no contesta. Mélodie sigue hablando:

—¿Qué es eso de que estamos «oficialmente» casados?

—En cuanto pongas un pie en territorio sirio, nuestro matrimonio será válido. Ya te lo he dicho, aplicamos las leyes islámicas según la sharía, y desde ahora tú también. Ahora eres de verdad mi mujer.

—Lo siento, pero no lo entiendo bien... ¿Basta con que ponga un dedo del pie en Siria para convertirme en la señora al-Firansi? ¿Cuándo sea?

—Sí, cuando sea. Bueno, mientras esté vivo, *insha'Allah*. Ahora eres mía de verdad...

—...

—Solo queda añadir dos cosas importantes a nuestra acta de matrimonio. Lo primero, ¿qué quieres como dote?

—Ah, ¿me corresponde una dote? Lo normal es que el que ofrezca la dote sea el padre de la novia. No tengo padre. ¿Puedes pagarla tú?

—Pero ¿qué te habías creído, mi niña? ¡Aquí soy Tony Montana! Solo que no estoy metido en la droga, sino en la fe. Daesh está blindado... Y sí, aquí, como respetamos a la mujer más que a nada, es el hombre el que ofrece una dote a su futura esposa para demostrarle que se ocupará de ella toda su vida. Así pues, ¿qué quieres?

No tenía ni idea de todo esto. La respuesta de Mélodie se hace esperar. Intento ganar tiempo preguntándole sobre otras cuestiones mientras repaso mentalmente las conversaciones con este loco, que podrían inspirar a Mélodie sobre la dote. Se me pasa por la cabeza una idea incongruente. Mélodie la suelta:

—¿Un kalashnikov...?

El futuro marido se ríe a carcajadas. No sé cómo interpretarlo.

—¿Es lo que quieres? Lo que tú desees, esposa mía. Estoy orgulloso, pero podrías haberme pedido mucho más.

—¿Ah, sí? ¿Como qué?

—No sé, un palacio, un castillo, bonitos caballos... O hacer correr la sangre de alguien que te haya ofendido.

—¡No, no! Un kalashnikov está bien.

—De todas formas, el emir de Raqqa, uno de los más importantes, ya nos ha encontrado un piso grande y muy bonito.

Me cuesta imaginar un piso de dos habitaciones en Raqqa.

—Eres muy amable... ¿Cómo es el piso?

Bilel se descompone. Como cada vez que miente, baja los ojos, se inclina ligeramente hacia atrás y se rasca la cabeza. Conozco tan bien esta postura como sus miradas lánguidas. Menudo actor... Sus expresiones de ostentación me ponen cada día más nerviosa.

—Bueno, es grande... Está bien... De todas formas, ya lo verás. Tendrás que decorarlo. Bueno, tengo una última pregunta que hacerte, la más importante.

—Te escucho.

—Prométeme que me contestarás sinceramente, porque son cosas que aquí nos tomamos muy en serio...

—Te lo prometo. Dime.

—¿Eres virgen?

—Sí.

—¿De verdad? Porque el *kadi* espera tu respuesta para registrarla en el acta matrimonial...

—¿Es que mi virginidad y sus consecuencias importan a todo Raqqa?

—¡No! Solo a tu futuro marido y a la autoridad suprema, nada más. Me haces reír. Eres atractiva y pura, Mélodie.

Personalmente, no tengo ningunas ganas de reírme. Bilel prosigue:

—Mentir sobre esto conlleva la pena de muerte, ¿sabes? Antes de nuestra noche de bodas unas mujeres lo verificarán.

Ahora sí que me río, aunque no me hace ni pizca de gracia.

—No me dejes plantado, ¿eh? He avisado a todo el mundo de que venías, incluidos los hermanos y la policía de fronteras. He apostado fuerte por ti, así que no me dejes en ridículo y sé fuerte. ¡Ven! ¡Eres toda una leona, esposa mía!

—¿La policía de fronteras? ¿Y qué es eso? ¿Un acuerdo amistoso o policía de verdad?

Aludo a Turquía, a la que acusan de mirar para otro lado en los pasos fronterizos.

—Las dos cosas. Te lo explicaré cuando estés en camino. Aquí, con tanto poli y tanto periodista que intentan infiltrarse en todas partes, es peligroso. Son unos *kuffar* que lo único que merecen es la muerte.

Mélodie se ríe nerviosa. Desvía la conversación. Hace varios días que Bilel promete ayudarla en su yihad, pero, aparte de decirle que pase por Holanda o por Alemania, no le da ningún detalle. Como sigue escuchando solo lo que quiere, Mélodie hace su papel. Sí, hará su yihad. Pasará por Ámsterdam. Sé el camino que debo seguir: un avión hasta Estambul, y luego otro hasta Urfa o Kilis. Pero Mélodie se pregunta dónde irá después de Holanda.

—Pero tenemos que hablar del trayecto —dice Mélodie—. Y de Yasmine.

—¿Quién es Yasmine?

Bilel ya ha olvidado a la niña de quince años a la que prometió «un buen marido y una vida de ensueño». Me enfurezco. Y algo de rabia destila la respuesta de mi avatar:

—¿Lo dices en serio? Yasmine, una de mis mejores amigas. ¡Te habías comprometido a ocuparte de ella tanto como de mí! Hemos hablado de ella muchas veces. Te pregunté si su edad era un problema, me contestaste que no y me explicaste la sharía... ¡No pienso ir sin ella!

—Ah, sí... La menor... ¿Dices que tiene quince años? —Se frota la barbilla, con los ojos abiertos como platos—. ¡Tranquilízate, mi niña! No puedes ponerte así con tu marido, es *haram*. Nos ocuparemos de tu amiga. No te preocupes.

—¿Quién se ocupará? En Francia circulan historias de mujeres que solo viajan para satisfacer los deseos de los combatientes... ¡Las hermanas dicen que son esclavas!

—No hagas caso de lo que cuentan esas hermanas francesas. Son idiotas. No están aquí, y yo sí. Y ahora a quien tienes que hacer caso es a tu marido, y solo a él.

¿Lo entiendes? Como te prometí, me ocuparé de Yasmine. La noche antes de que viajes a Holanda, te explicaré los pasos que deberás seguir. Pero tranquilízate. Iré a buscaros a Estambul. O yo, o alguien importante.

—Vale, está bien. ¿Tendremos que ir a Estambul?

—Sí, pero ya lo veremos cuando llegue el momento... *Mashallah*. Lo principal es que lleguéis pronto. Sobre todo tú.

—¡Oigo a mi madre en la escalera! Tengo que colgar y meterme en mi habitación.

Me agota. Cada vez me cuesta más hablar con él. Habría sido mejor, como era mi intención al principio, dejarlo en suspenso para confirmar algunos hechos y aprender algo sobre sus costumbres. No debería haberme metido en esta locura.

—Ok, esposa mía, te quiero por Alá...

—Ok. No olvides que pasado mañana me voy una semana a Túnez con unas hermanas a hacer un curso de árabe. No estaré muy accesible. En el sitio al que voy no hay internet.

—Deberías venir directamente aquí, la verdad. Aprenderás la lengua mucho más deprisa, y más cosas.

—Mira, ya está todo organizado. Me irá bien antes de la yihad. Te dejo, que llega mi madre.

—¿Te da igual que te diga que te quiero?

—No, pero tengo que colgar, de verdad. *Mashallah*.

Desconecto por fin. Y me hundo en el sofá. Me siento pesada. Pienso en Yasmine, que se llama igual que una amiga mía, aunque mis amigas no tengan nada que ver con ella. Absolutamente nada. Me gustaría mucho estar con ellas, comiendo *sushi* mientras vemos uno de esos programas idiotas. Pero tengo que pensar en la Yasmine de Mélodie y encontrarle también a ella una historia mínimamente viable. No tengo más que escharbar en mi memoria y buscar chicas a las que he tenido la suerte de encontrar en mi camino. Pienso concretamente en Wendy, Marlène y Charlène, mis pequeñas «gamberras» del extrarradio de Lyon, con las que, seis años después, sigo en contacto. Hicieron muchas tonterías, algunas bastante feas, pero en la actualidad han sentado la cabeza y van por el buen camino. Pero la noticia del día es que me he casado. Dejo de lado todo lo que Bilel le ha contado esta noche a Mélodie y que a mí, la periodista, podría perjudicarme. Prefiero desdramatizar, llamar a Céline o a Andrew, mis confidentes de siempre, y tomar un baño para dormirme pensando en algo que no sean mujeres inspeccionándome para ver si soy virgen.

Pero cuando llego al cuarto de baño, me veo en el espejo como Mélodie. Otra vez he olvidado sacarme el velo. Se me quitan de golpe las ganas de hacer nada. Solo quiero que llegue mañana. Dormir.

Jueves.

A la hora de comer, me siento en una terraza con Lou y otros tres amigos. Nuestro humor está en sintonía con el sol, que brilla en este día primaveral. Degustamos una *cheese burger* y decimos tonterías que nos hacen reír. De repente suena el teléfono «desechable» de Mélodie. Todos comprenden al instante quién llama y se miran entre sí. Contesto y me alejo lo suficiente para no representar mi personaje delante de mis amigos. Es demasiado personal. No me apetece preocuparlos, ni que me juzguen, para ser sincera. Desde que Bilel le ha dicho a Mélodie que están «casados», quiere hablar con ella en todo momento, a cualquier hora. Le exige palabras cariñosas para darle valor. Y presiona cada vez más sobre la fecha en la que su mujer llegará a Siria. La conversación es breve. Mélodie lo tranquiliza. Pero, sin darme cuenta, debo de tener una actitud que alerta a mis amigos. A los cinco minutos vuelvo a sentarme, como si no hubiera pasado nada. Porque para mí no ha pasado nada, aparte de una hábil dosificación de quién es quién. Si las exigencias de este reportaje provocan esquizofrenia, yo no me doy cuenta. Sé exactamente dónde estoy. Casi diría que me he convertido en una máquina que se adapta a todo, incluso a reprimir sentimientos de asco. Y, además, ahora la historia está llegando a su fin. Hoy tenemos que decidir cómo concluiremos la investigación. Me zampo un puñado de patatas fritas, pero al levantar la cabeza veo que todas las miradas están clavadas en mí. La llamada de Bilel parece haber quitado el hambre a todo el grupo. Mis amigos se han quedado pálidos de repente. Les aterroriza la idea de que Bilel pueda rastrear el móvil. «¿Te haces una idea de las consecuencias si lo consigue?» Por supuesto. Pero les recuerdo que el teléfono no está a nombre de nadie, y que antes de hablar con él, tanto por Skype como por Facebook, cambio la dirección IP. Mis explicaciones no parecen convencerlos. Consigo cambiar de tema poco a poco, pero hemos fastidiado el ambiente distendido de la comida.

Volvemos al trabajo, pero en cuanto salimos a fumar siento su angustia y su pesimismo. Y me duele. Los he tranquilizado. Si vuelvo a hacerlo, les parecerá sospechoso. Me odio a mí misma por preocuparlos tanto. Por la noche, cada uno de ellos me manda un mensaje muy cariñoso y con más consejos que de costumbre. Su tono es más grave, y los emoticonos para reconfortarme se multiplican. Lo entiendo y

no lo entiendo. Es evidente que no podemos preverlo todo, pero de momento he tomado todas las precauciones y, lo repito, estoy rodeada de reporteros mucho más curtidos, destinados a misiones mucho más peligrosas, aunque ahora mismo parece que estas les preocupan mucho menos que yo. En el fondo, pese a que la solicitud de estos buenos amigos me conmueve infinitamente, hasta un punto que el pudor me impide expresar, no me parece del todo justificada.

Ahora Mélodie mantiene con Bilel conversaciones breves, en las que ella lleva la voz cantante y el ritmo. Intenta al máximo ocultar la miel que chorrea de la boca del terrorista y centrarse en el tema del trayecto, punto decisivo en el paso a la acción de cualquier yihadista. Sobre todo porque Mélodie viajará con Yasmine, que es menor de edad. Pese a las explicaciones espinosas que provoca con su futuro marido, no piensa transigir en esta cuestión. Esta noche me permito tomar una copa rápida con Hadrien y luego voy a reunirme con André, que ahora que hemos decidido terminar el reportaje, ha vuelto con Mélodie. Tenemos que acabar de concretar nuestra estrategia. Nunca nos hemos planteado que me encuentre realmente con Bilel desde que le pidió a Mélodie que se casara con él, ni con sus fantasías, por las que él cree estar unido a ella en la vida y en la muerte. La razón es evidente. Además, ir a Siria hoy en día es un suicidio. Mucho más para un europeo. Así que para una periodista francesa... Los reporteros asumen grandes riesgos, es su trabajo, pero a veces hay que admitir que si se va, volver no es más que una opción totalmente independiente de nuestra voluntad. Y además yo no tengo a un hijo allí. No obstante, para cerrar el círculo, necesitamos que Mélodie haga este viaje, y creo que ya está, tenemos la solución.

De vuelta a casa, me pongo rápidamente el velo y toda la parafernalia mientras echo un vistazo a la infinidad de mensajes de amor de Bilel que invaden mi ordenador. Esta noche Mélodie no tiene tiempo para tonterías. Mañana me voy a Túnez con Lou (Bilel creerá que Mélodie ha ido a una escuela religiosa a hacer un curso intensivo de árabe) y quisiera aprovechar mi última noche con Milan antes de marcharme. Así que Mélodie le dice que su madre está a punto de volver y que debe darse prisa para hablar del trayecto que tiene que hacer para reunirse con él. Bilel ya le explicó que tenía que «abandonarlo todo, no dejar nada tras ella», ni siquiera una carta a su madre. «Desaparecer y no dar noticias hasta haber llegado». Pero no le dio detalles concretos del itinerario, y yo los necesito para preparar mi periplo con André. Tras varios comentarios sin interés, Bilel concreta por fin:

—Ya te lo dije. Coges el avión hasta Holanda o Alemania, como quieras. Allí, apagas el móvil y te deshaces de él. Compras uno nuevo de prepago y me mandas el número a mi cuenta de Skype para que esté seguro de que eres tú. Enseguida te daré las demás instrucciones para que vayas a Estambul y lo demás...

—No, Bilel, tienes que decirme algo más. No es un viaje cualquiera. Al menos para Yasmine, que es más joven y tiene miedo.

—Bueno, asegúrate de que el día que viajéis tu madre crea que has ido a dormir a casa de Yasmine, y viceversa. Sales por la mañana temprano, con una bolsa que no sea mucho más grande que la de cada día. Y Yasmine tiene que hacer lo mismo. Vais directas al aeropuerto. Procurad no llamar la atención, que está lleno de polis. Actúad normalmente. Sobre todo, que no parezca que tenéis miedo. Nunca deis un paso atrás. Lo único que debéis decir es que vuestro lugar está aquí. ¿Ok? ¿Eres una leona o no, esposa mía? Si os hacen preguntas cuando estéis en Estambul —le guiña el ojo—, decid que venís con Médicos Sin Fronteras... Sobre todo, lleva el pasaporte. ¡No lo olvides! Es muy importante una vez estés en Siria.

En realidad, es para confiscárselo al llegar..., por si la nueva recluta intenta escapar. Bilel continúa:

—Te diré más cosas desde una línea telefónica segura cuando hayáis concretado el principio de vuestro itinerario. Te comunicaré el número de la mamá que irá a buscaros a Estambul.

Una «mamá»...

—¿Me prometes que será una mujer? Tú, que no quieres que los hombres miren a las mujeres, no permitirías que un hermano tuyo se ocupara de mí y me viera antes que tú, ¿verdad?

—¡Claro que no! ¡Jamás! ¡Estás loca! De todas formas, en Turquía estamos como en casa. Hacemos lo que queremos. En cuanto llegues a la frontera siria, estaré a unos metros de ti... *Insha'Allah*.

—¿Dónde?

—Ya te lo diré... Casi todos los nuestros pueden pasar a Turquía, pero yo no. Sí que puedo pasar a otros sitios...

—¿Irak?

—Sí, esposa mía... Pero ni una palabra. Llevamos a cabo una gran misión secreta para recuperar el país. Y espero que algún día vivamos allí los dos, *insha'Allah*.

—Todos los muyahidines van a las ciudades fronterizas turcas cuando quieren, o al menos eso dicen en las fotos de sus cuentas de Facebook. ¿Por qué tú no?

—Sí, pero en mi caso es diferente... Te lo explicaré por otra línea. Además, ahora que somos marido y mujer, ¡cierra definitivamente tu cuenta de Facebook!

—¿Por qué? No hay ninguna foto mía, y solo apelo a hacer el bien en el mundo.

—¡Porque sí! Ahora eres mi mujer, y una buena esposa hace lo que le dice su marido.

Bien... Mélodie asiente, pero no eliminaré la cuenta. Todavía no. Está claro que los métodos de Bilel, que se autoproclama «experto en terrorismo», son bastante curiosos. Por un lado, suelta tranquilamente que su brigada tiene intención de apoderarse de Irak, y, por otro, monta un espectáculo para no hacer otras «confidencias» sin duda menos importantes.

—Bueno, tengo que dejarte. Voy a ver a Yasmine para darle tus consignas y decidir lo que hacer. Te mantendré al corriente.

—¿Tienes dinero para los billetes?

—Yasmine no, pero yo puedo arreglármelas. Allí será más difícil.

—No te preocupes por eso, mi niña. Tengo de todo y más. Eres mi tesoro, y Raqqa es tu palacio, ya te lo he dicho. Te trataré como a una princesa.

Mélo die abrevia la conversación. Esquiva hábilmente los «Te quiero por Alá», etcétera, y logra colgar.

Mi reportaje empieza a parecerse por fin a lo que quería. He aprendido mucho de él. Y no está acabado. He decidido viajar. Ya sé que Mélo die pasará por Ámsterdam, porque allí tengo un contacto que debo ver en relación con esta investigación. En el avión, ¿acaso me fijaré en todos los jóvenes pasajeros con la duda de cuál de ellos es candidato a la yihad? Pronto *todo* habrá terminado. Lo único que me falta es la ruta que tendré que seguir una vez haya salido del país, pero esa la dan en el último momento. Me duermo recordando algunos versículos y preceptos del Corán que nada tienen que ver, o muy poco, con lo que me ha enseñado Bilel. En el libro sagrado encontramos la palabra «madre» treinta y dos veces. Pienso en esa «mamá» que, conscientemente, acepta ir a buscar a dos crías inocentes para entregarlas como pasto a unos asesinos.

Viernes.

Por fin me encuentro con Lou en el aeropuerto. Esta escapada va a sentarnos bien tanto a la una como a la otra. En el chárter nos atiborramos de M&M's mientras leemos la prensa sensacionalista y nos hacemos selfie. Dos amigas normales, en definitiva. Como desde hace un tiempo no sé lo que es la «normalidad», este viaje supone una auténtica bocanada de aire fresco antes de la última parte del reportaje, programada para inmediatamente después de nuestro regreso. De todos modos, he metido los bártulos de Mélodie en la maleta, por si acaso...

Estamos esperando el equipaje cuando el teléfono de Mélodie, olvidado en el fondo de mi bolso, vibra. Entre los mensajes de Bilel hay uno de una tal Vanessa^[24], a la que no conozco. «Hola, hermana. Estoy embarazada de seis meses y debo ir a Siria en los próximos días. Mi marido lucha para el tuyo, él me ha dado tu número para saber si podríamos viajar juntas: estoy preocupada por mi barriga y es más fácil que se fijen en mí. *Sobranellah*, hermana. Pronto estaremos allí». Termina dándome su dirección de Skype para que hablemos. En este momento no presto atención al mensaje, convencida de que es demasiado absurdo para ser verdad. Una chica caída del cielo, que me dice que está embarazada de muchos meses y que parece que solo quiere viajar conmigo... Qué raro. ¿Es una maniobra de Bilel para poner a prueba si soy de fiar? Da igual. Estos días son para mí. No pienso dedicárselos a Mélodie, y menos todavía a Bilel. Vuelvo a dejar el móvil en el fondo del bolso.

Al llegar a nuestra habitación, nos da un ataque de risa al ver encima de la cama las toallas, que representan dos cisnes enlazados, rodeados de pétalos de rosas rojas. Estamos a 28 grados. Abro la ventana de par en par, y un sol divino me inunda los ojos de felicidad. Antes de bajar a la piscina deshacemos las maletas. Las dos hemos traído el mismo tipo de ropa: pantalones cortos, camisetas de tirantes, faldas, zapatillas de deporte y gafas de sol. También llevamos un jersey cada una. Cuando saco el mío, Lou se queda desenchajada al ver debajo la gruesa chilaba negra de mi avatar. La levanta con la punta de los dedos y alza ligeramente la cabeza hacia mí. Sus cejas en forma de acento circunflejo hacen innecesario que pregunte. Le contesto que la he metido en la maleta en el último momento y que no pienso guardarla en el armario; tampoco el hiyab. Mientras me pongo un vestido ligero por encima del

bañador, Lou se pitorrea de mí. Me imagina llevando ese velo, que saca por fin. «¿Quieres que me lo ponga?», le pregunto riéndome. Lou corre por la habitación como una niña. «¡No, no, no!» Ella ha visto fotos de nuestras conversaciones. No le apetece en absoluto ver a Mélodie. Pero estamos de vacaciones, vamos, así que voy a provocarla un poco de broma. Cuando entra en el cuarto de baño, estoy toda peripuesta, con mi velo. Lou se tapa los ojos, pero no puede evitar troncharse de risa. Luego me hace una foto mientras me pongo crema solar delante del espejo. De todas las fotos que me han hecho en los últimos tiempos, esta es la única que no me deja un sabor amargo.

Aprovechamos al máximo estos días ociosos y pasamos la mayor parte del tiempo en la piscina, bronceándonos y contándonos historias «de chicas». Pero una tarde suena el teléfono. Es el móvil de Mélodie, que, conscientemente o no, he olvidado dejar en la habitación. Nos miramos como si estuviera llamando un fantasma. Me aparto un poco y contesto. Al otro lado de la línea encuentro a un Bilel aterrorizado y muerto de preocupación. Su tono no es amenazante, todo lo contrario; parece un niño. Hace setenta y dos horas que no recibe noticias de Mélodie. ¿Está bien? ¿Se ha olvidado de su marido? Mélodie lo tranquiliza en voz baja. Pero la comunicación es mala y Bilel no la oye bien. Así que me toca deambular en bikini rosa, con la piel aceitosa, repitiendo en voz ligeramente alta y a dos pasos de otros turistas:

—¡*Mashallah*, cariño! Claro que sigo siendo tuya, pero aquí no hay internet y tengo que estudiar mucho. No podemos utilizar el teléfono en horas de estudio.

—Pero ¿allí sois solo hermanas? Tranquilízame y dime que al menos llevas el hiyab. Tiemblo solo de pensar que todo el mundo pueda verte.

Si me viera ahora mismo...

—*Bismallah*, aquí solo hay mujeres, y todas estamos tapadas de la cabeza a los pies. Nuestra única preocupación es aprender.

La situación es absurda. Incluso de vodevil 2.0. Los clientes del hotel, que me oyen y me ven desde su tumbona, se quedan pasmados. En cuanto a Lou, se cubre la cara con la toalla. Ver cómo represento, medio desnuda, a otra mujer hablando una mezcla de francés y árabe, que solo chapurreo, la hace llorar de risa. Me doy la vuelta para no verlos. Me he puesto roja como un tomate. No sé dónde meterme.

—Ah, vale, me tranquilizas, esposa mía... Creía que estaban haciéndote daño, o peor, que te habían comido la cabeza y que ya no me querías.

—No, nada de eso.

—¿Y por qué no das señales de vida?

Porque estoy de vacaciones, sobre todo de ti, Bilel. Pero como en realidad nunca la escucha, Mélodie le repite pacientemente:

—Ya te advertí que no tendría internet, y donde estoy, en lo más recóndito de Túnez, mi portátil funciona fatal y cuesta mucho...

—Vale, esposa mía... Me da pena saber que estás así... ¿Tienes dinero, al menos? Pronto me ocuparé de todo para nosotros y nuestra pequeña familia.

—Sí, no te preocupes, pero mi saldo es limitado. Me reservo algo por si acaso. ¿Tú estás bien?

—Sí, tranquila, ya te contaré. Tengo novedades.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—Ya te lo diré. Pero son buenas para nosotros... *Insha'Allah*. ¿Cuándo llegas?

Bilel alude a la ofensiva sobre varias ciudades de Irak que Daesh acabará conquistando en junio, y también sobre el califato que se proclamará próximamente.

—Pronto.

—¿Cuándo?

—Yasmine y yo tenemos que ver qué día es más barato volar a Estambul.

—Pero ¿cuándo, eh? ¿Cuándo? ¿Mélodie? ¿Esposa mía?

En unos minutos vuelvo a sentir el peso del cansancio y del estrés. Vuelve todo. La sensación de opresión, la mentira y mi sofá, en el que ya no puedo sentarme sin pensar en nuestras conversaciones.

—Seguramente la semana que viene.

—Ok. Me avisas, ¿eh?

—Sí, claro.

—¡Prométemelo!

—Te lo prometo, Bilel.

De todas formas, es verdad. Voy a ir a Estambul, siguiendo sus instrucciones. Excepto en el detalle de que iré con André, no con la pequeña Yasmine. El plan es sencillo. Bilel me dice que vendrá a buscarnos una mujer madura. Ella espera ver llegar a dos chicas muy jóvenes vestidas con burka, pero no prestará atención a dos amigos en vaqueros y zapatillas de deporte que se mezclarán entre la multitud para coger rápidamente un taxi. André, acostumbrado a esconderse, se las arreglará para fotografiar a la «mamá» alcahueta. Yo me adelantaré unos metros para poder darle indicaciones si es preciso. Y luego, mientras la reclutadora espera a Yasmine y a Mélodie para llevarlas no sé adónde, André y yo cogeremos un vuelo hacia Kilis, una ciudad situada junto a la frontera siria, pero más segura, porque la controlan los kurdos. Kilis no conoce los revuelos de la guerra, aunque sí su tristeza... Allí tenemos que entrevistar a Guitone para comparar sus respuestas con las de Bilel, Abu Mustafá, etcétera. Así terminará el reportaje, con una foto de Mélodie de espaldas, a unos metros de la frontera siria. La periodista se detiene a las puertas del infierno, pero Mélodie entra. El trabajo estará concluido y no se habrá sacrificado a nadie. Al menos en la realidad. Ya está, tenemos nuestro final, y, por lo tanto, el motivo que me faltaba para dejar la investigación, y sobre todo a Mélodie. Se acabó el desdoblamiento de personalidad y la usurpación, que cada vez pesa más en mi vida privada. *Rhallas*. Se cerrará el círculo. Bueno, eso es lo que creo cuando cuelgo, aquí, en Túnez.

Cuatro días después.

La breve tregua tunecina concluye de forma apacible. La noche antes de marcharnos, Bilel se pone más pesado que nunca. Frustrado por haber hablado con Mélodie solo un momento unos días antes, en la piscina, la inunda de mensajes. Está herido. La echa mucho de menos. Si no se duerme habiendo visto el rostro de su «mujercita», sus noches no son lo mismo. Sufre durante el día. Lleva días exigiendo verla. ¿Por qué se lo niega? Su tono se endurece. Entre los encarnizados intentos de lavarle el cerebro a Mélodie y sus largas horas de conversación, se ha perdido. Siento que tengo ante mí a un hombre enamorado... Y eso es fatal para mí. Entre otros muchos defectos, Bilel adolece de un ego desmesurado. Si se da cuenta de que una chica por la que está colado, que además es periodista, se ha estado riendo de él, los riesgos que corro aumentarán peligrosamente. Espero equivocarme, porque un hombre traicionado puede mostrarse bajo una luz hasta ese momento desconocida, y no me atrevo a imaginar cuál sería el resultado en un yihadista como Bilel. Está claro que su alma no es tan benévola como para ahorrarle a la mujer que ama su odio y sus deseos de venganza. En el hotel donde nos alojamos solo hay internet en la recepción. Hace varios días que me ven reír junto a mi amiga, casi siempre en traje de baño, como los demás turistas. Me quedo perpleja ante la idea de aparecer en hiyab por el vestíbulo para tranquilizar al marido de mi doble virtual. En cuanto a la larga chilaba negra, mejor olvidarlo. Sin embargo, al mismo tiempo siento que es necesario que me vea para que se tranquilice y siga sin sospechar nada. Encuadraré la webcam para que Bilel vea a Mélodie en un plano cerrado. Y cruzaré los dedos para que no le pida que mueva la cámara. Me doy cuenta de lo mucho que estresa a Lou mi puesta en escena, aunque me cuesta descifrar la expresión ceñuda de su rostro, por lo demás tranquilo. ¿Me guarda rencor por hacerle esto o teme por mí? Lou, extremadamente pudorosa, odia cualquier tipo de intromisión. Esta noche, Bilel se impone a Mélodie, y por lo tanto a las dos, incluso en nuestra escapada vacacional. Gana él. Ya nos ha estropeado varios buenos momentos esta semana, y ahora nos fastidia la última noche. Nos colocamos en un gran sofá en forma de ele del vestíbulo del hotel. Cada una con su Mac en las rodillas. He propuesto a Lou hacerlo sola, pero ella también necesita utilizar internet. ¿Acaso lo que quiere, además, es estar cerca de mí y protegerme?

Calzada con unas chanclas, me pongo el velo negro encima de mi corto vestido blanco. Tengo la cara demasiado bronceada para haberme pasado días encerrada estudiando. Lou finge no verme. Mejor. No es el momento de reírse de mi doble ni de intentar que sonría para hacer menos tensa la situación. Aunque Lou es como una hermana pequeña para mí, y sabe muchas cosas, de alguna manera me incomoda que me vea haciendo esto. Debería funcionar, y la conversación será breve. Mélo die tiene prisa.

Bilel vislumbra por fin el rostro de «su niña». Sus ojos desbordan inquietud.

—¿Estás bien? No puedo seguir adelante sin ti. No vuelvas a hacerme esto jamás, mi amor, vida mía, esposa mía...

—*Mashallah*, Bilel. Siento mucho haberte preocupado. Pero encontrar red aquí es misión imposible. Y debo ser discreta... Falta poco para que viaje... Aquí, las hermanas, además de enseñarnos árabe, nos sensibilizan mucho sobre los peligros de la yihad, así que no quiero despertar sospechas.

—¡No les hagas caso! ¡Tu sitio está aquí, con tu marido! *Insha'Allah*, cuánto te echo de menos... Por fin podré dormir unas horas.

—Aunque sea poco, ¿al menos duermes bien desde que no puedo hablar contigo?

—La verdad es que no... Te dije desde el principio que me dedicaba a Alá. Antes solo tenía el trabajo, pero desde que estás en mi vida te has convertido en mi otra razón para vivir.

Desconecto. Por mil motivos. Observo discretamente a Lou, que también habla por Skype. Me gustaría saber si ha prestado atención a las últimas frases de Bilel. Parece que no. Sigue fingiendo que no está pendiente de mí. Además, no sé por qué, pero los animadores del hotel, especialmente uno al que llamamos Mosquito, no dejan de revolotear a nuestro alrededor. Ellos, que solo nos dirigen la palabra cuando están jugando a waterpolo a un milímetro de nuestras tumbonas, o que han decidido que nosotras seamos los únicos clientes del hotel a los que despiertan justo cuando nos echamos la siesta con el propósito de hacer reír a los turistas, parecen haber elegido esta noche para ligar con nosotras. Pero si Bilel oye el más mínimo murmullo de una voz de hombre, será una catástrofe. Va a volver a llamar, seguro. A mi alrededor siguen lanzándome miradas de sorpresa. Incluso de desprecio. Su foto vestido de combatiente aparece en el ordenador y pulso «Responder».

—¡Mélo die, dime que me quieres!

—Te oigo fatal, cariño, pero quería decirte que estoy bien y que mañana vuelvo a Francia. Solo te pido que esperes a que vuelva a Toulouse para que hablemos. Te prometo que tendré tiempo...

—Esposa mía, oírte me tranquiliza, pero me preocupa que todo el mundo pueda posar sus ojos en ti...

—Pero si llevo el velo...

—Da igual, no deberías salir así, me duele el corazón...

—Pero me porto bien, y me dijiste que si iba tapada, podía salir.

—¡Aquí^[25]! ¡No en países de infieles!

—Pero si estoy en Túnez...

—¡Son los peores, con sus mujeres con tacones! La mayoría de los yihadistas del País de Sham son de Túnez. Les repugnan los lobos que convierten a los corderos en mujeres fáciles e infieles. ¡Que nadie se acerque a ti! ¡Juro ante Alá que, si alguien se acerca, lo mato!

—Ningún hombre me ha dirigido la palabra. No te preocupes, ¿vale?

—Vale... Pero no quiero que nadie te meta tonterías en la cabeza. Dedícate a pulir tu árabe y nada más. Estás muy morena. Pareces distinta.

Esperaba que lo observara y que sospechara que lo había engañado. Pero en su voz no percibo el menor indicio de duda.

—¿Distinta? Mejor, ¿no? Las mujeres con buen color están más guapas.

—Con esa piel tan oscura, te pareces a las chicas que conozco... —contesta con un aire de desprecio—. Te prefiero más blanca, como Alá quiso que seas. Así pareces menos inocente. Aunque hace que tus ojos verdes destaquen, y esta imagen acunará mi sueño.

Suspiro por dentro. Lou lanza discretas miradas a la pantalla. Corto voluntariamente la conversación varias veces con la excusa de que la conexión es mala. Aun así, Mélodie tarda un rato en librarse de su «marido».

Luego me quito discretamente el hiyab y me vuelvo hacia mi amiga. Ahora mismo sé muy bien lo que significa su gesto. Está enfadada. Y lo que siente se arremolina en su interior hasta tal punto que no consigue expresarlo de otra manera. Sin embargo, consigo arrancarle algunas palabras. Me explica que le ha incomodado mucho escuchar al yihadista. Así que ha escuchado parte de la conversación. Le parece demasiado peligroso que la periodista corra tantos riesgos, porque ha observado que entre nosotros ha surgido una proximidad real, y le parece terrorífica. Lou ha sentido la adhesión de Mélodie a Bilel, y eso le hiela la sangre.

Me dice que nos vemos luego, que debe hacer otra llamada por Skype. Cuando sube a la habitación, estoy en la cama. Lou se tumba en la suya en silencio. Aguardo a que me mire y, por fin, me sonrío. No volvemos a hablar de lo que ha pasado. Saco mi artillería pesada de esmaltes y le pinto las uñas de rojo.

Miércoles por la noche.

Aquí está de nuevo mi sofá, tan oscuro como la ropa de Mélodie. Normalmente me encanta volver a mi casa. Recuperar mi burbuja, que me parece todavía más protectora que cuando me marché. Aquí me siento intocable. Y, sobre todo, volver a ver a mi perro, al que quiero mucho. Parece un peluche gigante que se pasa el día durmiendo, y lleva el nombre de una canción de Nancy Sinatra. Esta noche, después de ducharme, me meto directamente debajo del edredón. Llamaré a Bilel desde mi habitación. Casi nunca lo he hecho, porque a André no le gustaba, aunque a veces, por falta de tiempo o por cuestiones de luminosidad para hacer las fotos, no hemos tenido otra opción. El ambiente es cálido y cómodo. La luz de las velas es prácticamente la única que me ilumina cuando me meto entre las sábanas. He apoyado el ordenador sobre las rodillas y solo me he puesto el velo. La cámara está colocada de tal forma que Bilel solo me verá la cara. Me he preparado un té hirviendo, que dejo en mi mesita de noche. Llamo. Me agota desde las primeras palabras. Ya no lo soporto.

—¿Me has echado de menos? ¿Me quieres? Yo te quiero tanto... Mélodie, esposa mía...

—No oigo bien lo que dices. ¿Alguna novedad?

—Tengo que decirte una cosa sin falta. Le he dado tu número a la mujer de un hermano. También va a venir pronto, pero está embarazada de seis meses y le tranquilizaría viajar contigo. Como eres la mujer de un emir, ya me entiendes... A cambio, podrá darte muchos consejos de mujeres. Se llama Vanessa.

¡Oh, no! Corto de inmediato la comunicación. Así que el mensaje que recibí en Túnez, y que me parecía tan exagerado, era auténtico... Una chica con una enorme barriga, sin duda menor, quiere ir al infierno. Bilel me llama; reacciono dándole un golpe a la tapa del ordenador, que, por cierto, rompo. Busco en el teléfono de Mélodie el mensaje de Vanessa para contestarle inmediatamente. Tecleo a toda velocidad.

«*Salam aleikum*, hermana. Siento mucho no haberte contestado antes. Necesitaba reflexionar sobre nuestro viaje... ¿Es un buen momento para ir? Sobre todo estando embarazada».

Vanessa me contesta al momento. Como su vocabulario mezcla el árabe y el francés, no termino de entenderlo todo, pero veo que está decidida y que tiene que reunirse con el padre de su hijo. Me suplica que viaje con ella, y a cambio promete contestar a todas las preguntas que me plantee. Estoy aterrorizada y no sé qué hacer. Debería avisar a la policía. Sí, pero soy periodista y me niego a denunciar a nadie, mucho menos a una chica que seguramente es frágil. En este caso, ¿se trata de delación o de protección? Estresada, sopeso las posibilidades. Mélodie acaba proponiéndole que se den una semana de margen para hacer los preparativos, lo que me permitirá ganar algo de tiempo. Vanessa acepta calurosamente, y con el acuerdo termina el intercambio de mensajes, que se ha prolongado durante unos veinte minutos. Esto me da algo de tiempo para decidir y hablar con mis jefes. Ahora tengo que llamar a Bilel. Vuelvo a conectarme, todavía más a regañadientes que hace un rato. Mélodie balbucea una excusa que tiene que ver con su hermana y le deja hablar. Hasta ahora he reunido gran cantidad de información. Más de la que exigía la misión inicial. Ya solo deseo una cosa: acabar pronto.

Ni siquiera presto atención a sus palabras cariñosas. Mélodie solo quiere repetirle que se reunirá con él dentro de dos días y asegurarse de que la ha escuchado. Cojo la taza de té, que ya está fría, y soplo por encima para disimular mis sentimientos. No me da tiempo.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Lo que haces es *haram*! ¡Para inmediatamente! ¡Oh, Mélodie!

¿Que pare el qué? No entiendo nada. Pero Bilel parece fuera de sus casillas. Tiene los ojos desorbitados. ¿Qué he hecho para traicionar a Mélodie?

—¡No soples en el té!

—Pero está caliente...

—¡Es *maklum*^[26]! Como mínimo. ¿No lo sabes o qué?

—No... ¿Por qué?

—Porque no responde a las leyes islámicas, sino a las de tu país. En fin, Mélodie...

¡Ah! ¿Acaso en los códigos civiles de más de ciento setenta países hay un pasaje sobre el «comportamiento adecuado respecto de las bebidas calientes»?

—No veo qué tiene que ver...

—No debes cambiar la naturaleza de las cosas. Está escrito. La sharía responde a leyes estrictas. Si mañana tienes cualquier problema, te atacan, te violan o lo que sea, y lo denuncias en tu país, se te considera un *kuffar*. En ese caso te conviertes en enemigo mío y del Todopoderoso, porque al dirigirte a la justicia de los hombres, te conviertes automáticamente en una infiel. Tu madre, por ejemplo, ¿tiene algún seguro?

—Sí. Varios, por los préstamos.

—Bueno, pues eso convierte automáticamente a tu madre en tu enemiga. No respeta nuestras leyes, y, por lo tanto, el islam. Así que ya no le debes nada. Te aconsejo que repases las lecciones sobre el Tawhid y la *dawa*^[27]. Y que te apartes del enemigo.

Sí, claro. Después de haber leído el Antiguo Testamento, el Nuevo y el Corán, lo que más me apetece es dedicarme a las leyes en las que se basa la sharía. Lo desprecio cada día más. Bilel evoca en mí la pedofilia cuando me habla de Yasmine con ojos desorbitados, y el vicio y la mentira cuando se dirige a Mélodie. No es como lo creía al principio, un lobo con piel de cordero. Es un demonio. He visto su mirada cuando le ha gritado a Mélodie que no enfriara el té. Cuando le ha dicho que su madre era «automáticamente» su enemiga. Quiero seguir con el tema del Estado Islámico, Al Qaeda y, en general, lo que sucede en Oriente Medio, pero sin Bilel como el genio maligno que sale de su lámpara cuando le apetece. Mélodie se dispone a colgar. De repente Bilel le pregunta:

—¿Cuántos años tienes ya?

—Con el tiempo que llevamos hablando, ¿lo has olvidado?

—No, pero tengo una duda.

Hago una pirueta para ver cómo reacciona:

—Voy a cumplir dieciocho.

—Ok... Ay, mi mujercita, qué guapa eres.

—¡Que no! ¡Tengo veinte! ¡La menor es Yasmine!

—*Mashallah*, esposa mía, te burlas de mí. No está bien, mi amor.

—Yo sé que tienes treinta y ocho años, y que naciste el 8 de enero. Está en tu perfil de Skype.

—¡Es para borrar las pistas!

—¿No tienes treinta y ocho años?

—Sí, pero no nací en enero. Nací el 6 de junio de 1976. He tenido que cambiar de identidad varias veces...

Se me dispara el corazón. Cualquier periodista habría dado un bote ante esa última frase. Yo no puedo. Y no solo para no descubrir mi tapadera. Ahora mismo siento deseos de arrancarme el velo. Le contesto con mi verdadera voz, la que no se anda con remilgos. Ya no consigo fingir que soy otra.

—Tengo que dejarte, Bilel.

—¿Ya?

—Sí. Buenas noches.

—Pero...

Le corto. Cierro violentamente la tapa del ordenador por segunda vez esta noche. Es la segunda conversación que me desestabiliza desde el episodio con Milan. La segunda vez que, sin saberlo, Bilel entra en colisión directa con mi vida más íntima. No habrá una tercera. Enciendo un cigarrillo y lucho conmigo misma para no estrellar el Mac contra el suelo con todas mis fuerzas. Un día, hace mucho tiempo, uno de mis

hermanos mayores, que nació el mismo año que Bilel, dijo una frase que nunca he podido olvidar. Mi familia acababa de mudarse a un piso más grande, prácticamente delante de un cementerio. Juntos, mirábamos por la ventana aquel lugar inmóvil, que nos parecía enorme. Fumábamos nuestros Marlboro en un denso silencio. De repente mi hermano murmuró, como si estuviera pensando en voz alta: «Todo presagio tiene su devenir». Algo después, moría porque ya no quería vivir. Acababa de celebrar su vigésimo sexto cumpleaños, un 6 de junio. Bilel y mi buena estrella nacieron el mismo día del mismo año. Pero uno está vivo, y el otro ya no.

Nunca se lo he contado a nadie. No pasa un día sin que sus grandes ojos negros, de pestañas interminables, aparezcan en mi cabeza. Pienso en mis padres, que siguen viviendo en ese piso. E interpreto esta macabra coincidencia como la llegada de un malísimo presagio.

A la mañana siguiente, temprano.

El timbre del teléfono me arranca del sueño. Contesto medio dormida. Es André. No podrá ir conmigo a Ámsterdam mañana. Acaba de enterarse de que su padre ha muerto. Se deshace en disculpas por tener que retirarse del proyecto. En su voz se mezclan la pena y la decepción por no poder estar conmigo después de lo mucho que hemos compartido. Pero, por supuesto, su lugar está junto a sus seres queridos. Se me llenan los ojos de lágrimas. Me importa un bledo el reportaje. Solo quisiera abrazarlo. No sé cómo tranquilizarlo y decirle que olvide todo lo demás, incluidos el trabajo y a Bilel. Me pide que avise al periódico, y lo hago de inmediato. Luego me ducho, me visto y salgo corriendo hacia allí. Cuando llego, ya se ha montado un zafarrancho de combate para encontrar a un fotógrafo «de confianza» que pueda sustituirlo en el acto. Un fotógrafo lo bastante curtido para cuidar de mí cuando estemos en la frontera turco-siria, pero además que conozca bien la mentalidad de estos fanáticos. Sin contar con que se expondrá a riesgos y que quizá deberá dar muestras de sangre fría. Pese a la extrema prudencia de la redacción, hasta el punto de que hay dudas de si deben enviarme allí, todo europeo que viaja a este rincón de Oriente Medio tiene pocas garantías de que no le secuestren. Rodeada de dos superiores y del jefe de la sección fotográfica, así como de Hadrien, que supervisan el proyecto desde el principio, pasamos horas seleccionando a dos candidatos. Entre las reticencias, incluso el rechazo, que algunos expresan con respecto a desplazarse a esa zona, y los fotorreporteros a los que la dirección de fotografía no considera cualificados para la misión, la elección es ardua. Al final será Charly, un buen fotógrafo al que solo conozco de oídas y por varias fotos sobrecogedoras de diferentes conflictos o crisis que ha cubierto en los últimos treinta años. La periodista que hay en mí se tranquiliza. Con Charly todo irá bien. Pero, a nivel personal, habría preferido a alguien a quien conociera bien y cuyo trabajo también admirara, como Julien, por ejemplo. Charly va a verme haciendo pucheros en la piel de otra persona, y será la primera imagen que tenga de mí. La actriz improvisada a la que encarno en las últimas semanas habría preferido que el testigo de su espectáculo fuera un amigo. Espero que Charly, que las pocas veces que he tenido ocasión de coincidir con él me ha parecido un tipo muy serio, no me juzgue. La redacción del periódico le ha puesto al corriente, y nos

llamamos por la noche para que le dé las últimas explicaciones. Apenas he abierto la boca cuando me corta:

—Querida señorita, no quiero saber cómo se llama. Para mí usted es Mélodie, porque no quiero correr el riesgo de llamarla por su verdadero nombre y fastidiar el tema. Ya me lo dirá cuando el reportaje esté terminado.

¡Muy bien! Me hace sonreír. Imaginaba a este hombre algo rígido y sin demasiado sentido del humor. No es así. Y ahora doy gracias a Dios, si existe, por habernos puesto en el mismo camino. Luego hablamos un buen rato. Charly se ve catapultado a un reportaje complicado del que veinticuatro horas antes no sabía nada y que, a primera hora del día siguiente, va a llevarlo a Holanda, y de allí a la frontera turco-siria, un día después. El tema no es habitual. En especial, el hecho de que la periodista sea también la protagonista. Se pregunta cómo conseguirá meterme en la escena sin que me reconozcan. Siento que le incomoda tener que hacer fotos de una conversación, él, que está más acostumbrado a esconderse detrás de un tanque mientras las balas silban por encima de su cabeza. El periódico le ha asignado tres objetivos. El primero, «espiar» a Lola^[28], la chica con la que debo encontrarme en Ámsterdam; el segundo, fotografiar a la «mamá» que se supone que debe recoger a Mélodie y a Yasmine en Estambul; el tercero, ir a Kilis para hacer fotos a Guitone y después a Mélodie. Lola ha determinado mi itinerario. Su testimonio ha caído del cielo, y además vive en una de las dos ciudades por las que Mélodie debía pasar. De todos modos ya casi había tomado esta decisión, porque amo esta ciudad, y sobre todo por el hecho de que Hadrien tiene que estar allí este fin de semana para asistir al World Press, el certamen más importante que premia cada año las mejores fotos del mundo, y, por lo tanto, a los fotógrafos, entre los que hay amigos míos. En definitiva, el festival de Cannes de los fotorreporteros. A fuerza de encuentros virtuales con hermanas por internet, Mélodie ha mantenido conversaciones con esta tal Lola, que estuvo a punto de ir a Siria para reunirse con un combatiente de Daesh al que creía amar. Por suerte, la detuvieron *in extremis* unos minutos antes de que volara a Turquía. Ardo en deseos de conocer su historia, que se parece mucho a la de Mélodie. Una vez superada la rabia, y con la prohibición formal por parte de la policía de que mantuviera el menor contacto con su yihadista, Lola vio cómo se multiplicaban las fechorías de la que debería haber sido su brigada, su «familia». Pudo valorar y formarse una opinión por sí misma, consultando decenas de páginas occidentales y orientales. Al final no se reconoce en la ideología de los soldados de Daesh.

Vive en un centro, porque a pesar de que ha entendido que no debía ir a la guerra, sigue aplicando su religión estrictamente. Sus padres, protestantes, solo la dejarán volver a casa si, como mínimo, acepta quitarse el burka y los guantes. En caso contrario, no volverá. Lola se niega. Como la vigilan y la escuchan, lo más seguro es que nos encontremos cara a cara. Teme que conceder una entrevista a un periodista la perjudique, tanto con Daesh como con la policía. Por lo tanto, el objetivo de este viaje también es recoger su testimonio, que formará parte de mi investigación.

Asimismo, esta entrevista me permitirá consolidar las explicaciones que Mélodie deberá dar a Bilel cuando le comunique que al final no puede reunirse con él. La misión será dura. El guerrero no dejará escapar a su presa fácilmente. Mi cita con Lola está prevista hacia las cuatro de la tarde. Desde el otro lado del canal, Charly, ayudado por Hadrien, que le acompañará, hará las fotos con un teleobjetivo para atestiguar la veracidad de nuestro encuentro. Nos encuadrará deliberadamente de perfil para que se nos reconozca lo menos posible, sobre todo a Lola. Después seguiremos con la última conversación entre Mélodie y Bilel. En ella verá que «su esposa» va camino de su yihad y le dará por fin las valiosas instrucciones sobre la última parte del itinerario, que espero impaciente. Al día siguiente, por la mañana, creerá que estoy en un avión rumbo a Estambul con Yasmine, pero Charly y yo habremos aterrizado de nuestro vuelo Ámsterdam-Estambul mucho antes. Si todo va bien, una vez hayamos inmortalizado a la enlace que se supone que debe recoger a Mélodie y a Yasmine, cogeremos otro vuelo hacia Kilis. Además de la entrevista prevista con Guitone, quiero ver con mis propios ojos el ambiente y la desolación de esta ciudad fronteriza. Preguntar a los hombres, quizá también a mujeres e incluso a adolescentes, qué sienten y qué les anima en el momento de pasar a la acción. Necesito situarme en esa línea de demarcación. Respirar hondo y volver al otro lado del espejo, el bueno. Soltar por fin el peso que Mélodie supone para mí. Liberarla, y sobre todo liberarme yo. Seguramente iré a un hotel famoso por albergar a sus clientes una sola noche, antes de pasar «al otro lado». Desde allí, Mélodie enviará un último *mail* a su pretendiente para decirle que alguien ha debido de denunciarla — toda causa conlleva un efecto— porque no la han dejado coger el avión hacia Turquía. Se sentirá vigilada y de momento no tendrá más remedio que volver a Francia. Luego dejará de existir. Como si se hubiera esfumado. Y Bilel no volverá a oír hablar de ella. En realidad, mi intención es terminar el tema de la «yihad virtual» con mi parada en Kilis y los pocos obstáculos que encuentran en su camino los que emprenden este terrorífico viaje.

Pero absolutamente nada sucedió como estaba previsto.

Viernes 25.

Veo a Charly entre la multitud de pasajeros de Orly. «¿Cómo sabes qué aspecto tengo, si yo no te conozco, Mélodie?» Le contesto que su reputación le precede; la mía, mucho menos. Nos caemos bien de inmediato. Para empezar, no deja de burlarse de Mélodie, y me encanta que me hagan reír. Charly es justo lo contrario de lo que pensaba. Es muy diferente de André. Charly es pausado, habla en voz baja y adopta cierta distancia para protegerse de todo. Siempre bajo control, aunque no lo diga. Sus armas son el humor y la sangre fría. Desdramatiza cualquier situación y tiene talento para terminar el reportaje en el que se ha embarcado. He traído conmigo una vieja Rolleiflex que me regaló mi padre. La cámara de segunda mano debe de ser de los años cuarenta. Me cuesta utilizarla. «Mira, es fácil», me dice Charly quitándomela de las manos. Estamos en plena clase de fotografía cuando llega Hadrien. Charly y él se conocen muy bien desde hace años. Al final, pese a la triste ausencia de André, al que echo de menos, y mi mal presentimiento, embarcamos de buen humor, impacientes por llegar.

En el vuelo empiezo a escribir la introducción de mi tema, porque a partir de ahora todo irá muy deprisa. Tenemos menos de una hora de trayecto, y de fondo escucho «Eye of the Tiger», que forma parte de la mítica banda sonora de la película *Rocky*. Realmente me creo Rocky. Si la azafata no me trae una bolsita de sal de apio con el zumo de tomate, voy a propinarle un buen gancho de derecha. El mismo que tanto me gustaría pegarle a Bilel.

Al llegar a territorio holandés todo se acelera. Para empezar, Lola aplaza media hora nuestra cita. Parece dudar. Luego vuelve a llamar para retrasarla una hora o dos, y me explica que no puede salir cuando quiere del centro en el que vive. ¡Mierda! Charly y yo sabemos que no es buena señal que un contacto aplase una y otra vez el encuentro. Bueno, crucemos los dedos para que no nos dé plantón. Mientras corro a comprar un teléfono recargable, y por lo tanto no rastreable, como Bilel le ha pedido a Mélodie, Charly y Hadrien se dedican a buscar los mejores emplazamientos para hacer las fotos. El calor es espantoso. Aunque estamos a finales de abril, la temperatura en la

ciudad de los canales roza los treinta grados. Hemos caído también en plena celebración del Koningsdag, la fiesta nacional holandesa. En todos los rincones de la ciudad, los DJ sueltan sonidos ensordecedores que se mezclan entre sí. Los habitantes, vestidos de color naranja, como dicta la tradición, se ríen, beben y cantan. Llevan pelucas y colgados al hombro, al estilo Run DMC^[29], sus radiocasetes retro. El calor y el ruido, unidos al apretado horario que nos espera, empiezan a crisparnos los nervios, en un contexto en el que no están sosegados precisamente. Y de repente descubro el hotel donde vamos a alojarnos esta noche, a orillas del canal, y por lo tanto en el epicentro de la contaminación acústica... Fantástico. Es lo único que me faltaba. Mientras espero la cita con Lola, preparo con meticulosidad todo lo que necesitaré en la última conversación por Skype entre Mélodie y Bilel: dos burkas integrales (como me exigió), mi teléfono personal para grabar las conversaciones, el nuevo para contactar con él, y también el de Mélodie, que he conservado por si acaso. En el último mes he adelgazado mucho. Estoy más demacrada que antes. Me había metido tanto en la investigación... Desde la cama de mi miserable habitación observo por última vez la chilaba y el hiyab de Mélodie. Se me encoge el corazón. No por dejar mi disfraz, sino por abandonarla a ella. Y como cada vez que salgo de estos períodos extremos de adrenalina, me digo: «¿Y ahora, qué?». No voy a echar de menos a Bilel, eso seguro. Tampoco la actitud de tímida inocente que debía fingir. Pero desaparecerá de mi vida la cotidianidad siria, aunque me llegara a través del prisma de Bilel. Una vez verificadas sus palabras, era mi mejor fuente de información. Debo admitir que estaba enganchada a este reportaje. Estoy confundida. Y cansada.

Por si el estrés no fuera poco, mi padre me llama por enésima vez hoy. No sé qué le pasa, pero por primera vez me doy cuenta de lo que debe de ser tener una madre asquenazí. Esta mañana, en el aeropuerto, le he colgado. Sabe por mi hermano y mi madre que estoy en Ámsterdam, pero nada más. Le da la impresión de que lo evito. Hace apenas una semana que le dije que estaba trabajando en un tema concreto, sin darle más detalles. Pero no es tonto y sabe perfectamente cuáles son mis ámbitos de investigación preferidos. Me ha preguntado qué he venido a hacer a Ámsterdam y, sobre todo, dónde voy a ir después. «He oído hablar de Turquía. Si vas a Siria, o incluso a la frontera, me romperás el corazón. ¿No has visto a los rehenes, eh? No me hagas esto. Sabes que no podrás salir de allí». Gritaba. Él, que es tan calmado...

Yo estaba al lado de Charly mientras su preocupación me explotaba en los oídos. No sé si el gran fotógrafo de guerra escuchaba nuestra conversación, pero me daba vergüenza que mi padre me pegara la bronca delante de él *solo* porque voy a Oriente Medio. Desde que tengo veinte años intento ser lo más discreta posible con mis padres respecto de los problemas con los que puedo toparme. También les ahorro algunos viajes a los que me arrastran mis reportajes, que me encantan, aunque a ellos no tanto. Mi madre sabe que soy prudente. En cuanto a mi padre, parte de la base que, prudente o no, el peligro son los demás. Paso bastantes minutos intentando encontrar

una coartada, pero me atasco. No sé cómo explicarle, sin alarmarle, que su hija, después de haberse convertido en Mélodie, y luego en Umm Saladine, se prometió con un terrorista del Estado Islámico, que además es la mano derecha del hombre más peligroso del mundo. ¿Y Turquía?, me pregunta. Finge no entender que voy a ir a la frontera. No sé qué decirle. Ahora, en mi habitación de hotel, cuelgo tras haberle prometido que el martes estaré de vuelta en Francia, y que de momento solo estoy en Holanda. Lo llamaré mañana, que no se preocupe.

Todo está listo. Mientras espero a que vuelvan mis compañeros de fatigas, consulto mi perfil real de Facebook, el de Anna, para ver si Guitone ha contestado a mi último mensaje. ¡Sí! Una preocupación menos. Pero al leer sus escuetas palabras, me quedo desenchajada:

«Si quieres una entrevista, solo tienes que ir a tomarte un té de menta con el ASL^[30]».

Pero ¿qué le ha dado? O ¿qué he hecho para provocar de repente este rechazo? Todavía ayer me mandaba mensajes para confirmarme la entrevista, acompañada por mi fotógrafo, que le había solicitado. Para evitar el posible riesgo de secuestro, le había dicho que estábamos preparando un extenso artículo y que nos habíamos reunido con otras ramas islamistas en Libia (otro nido de yihadistas). Había podido llevar a mi fotógrafo y habían sido encantadores con nosotros, garantizándonos incluso la seguridad como si fuéramos autoridades. La idea era que, sabiéndolo, a Guitone y su brigada no se les ocurriera tendernos una trampa por temor a que, si lo hacían, sentenciaran su imagen a ojos de otros fanáticos. Y no sería bueno para ellos, porque al final la historia tiende a acercar a los «malos». Como el Estado Islámico y Al Qaeda acabarán entendiendo que les interesa unir sus fuerzas en Siria.

Me ha dado plantón. No he comido nada desde ayer por la noche y estoy mareada. Recibo mensajes inquietos y de ánimo de todos mis seres queridos que están al corriente, mis padres, Milan y mis amigos. Me pongo roja de vergüenza. Tengo calor. Pero cuando abro las diminutas ventanas, el ruido invade la habitación, y luego mi cabeza. Pienso cada vez con menos claridad, porque las hipótesis colisionan entre sí en mi cerebro, que está a punto de estallar. No tengo miedo a la muerte. A la violación, sí. Y según los numerosos testimonios, es un castigo que suele aplicarse a las prisioneras de Daesh. ¿Por qué de repente Guitone, que se alegraba tanto de que viajara hasta Kilis, me manda a paseo, a mí, la periodista cuya identidad había verificado en internet, y con la que mantiene correspondencia desde hace al menos tres meses? ¿Por qué el «agregado de prensa», normalmente tan «servicial», me invita de pronto con desprecio a que entreviste a sus adversarios? ¿Qué está pasando? Espero que no tenga nada que ver con Mélodie. Si la brigada francesa del EI la ha relacionado con Anna, se acabó. Adiós Kilis. Hola incertidumbre y dudas. Le envió un mensaje breve diciéndole que estoy en camino y a su disposición las veinticuatro

horas. Le recuerdo que me había dado su palabra y que lo había jurado por Alá. Guitone no me contesta.

Espero a que vuelva Charly para comunicarle las malas noticias y para que me dé luz verde para contactar con Bilel. La última conversación tendrá lugar en esta pequeña habitación de hotel, que observo realmente por primera vez desde que llegamos. La cama es gigantesca. No hay ni sofá ni una silla. Voy a tener que hablar con Bilel apoyada en las almohadas. La cabecera de la cama, en tonos naranjas, representa una especie de rosa abstracta. Le da un ligero toque coqueto, de estilo oriental. He escondido los objetos que podrían traicionarme en caso de que Bilel quisiera que Mélodie le mostrara la habitación. Charly y Hadrien vuelven bañados en sudor. En el fantástico sitio que habían encontrado, donde acaban de pasar dos horas largas haciendo pruebas, un DJ improvisado, vestido de naranja de la cabeza a los pies, evidentemente, ha levantado una especie de estrado gigantesco... Qué mala pata. No tienen tiempo de buscar otro sitio. Se acerca la hora de la cita. Y todavía no tenemos una confirmación definitiva de Lola. Al final encontramos una solución sencilla. Aunque hemos tenido la mala suerte de que nos dieran la habitación más pequeña del hotel, que da directamente a la calle, la ventana está lo bastante bien situada para que Charly pueda hacer sus fotos desde aquí. Bastará con desplazar unos metros a Lola. ¡Uf! Hadrien, que por ayudarnos llegará tarde al World Press, donde tiene cosas que hacer, corre a ducharse. Y por fin Charly me da la luz verde que estaba esperando con tanta impaciencia.

Ámsterdam, viernes, 18.00 h.

Me visto de Mélodie y le mando a Bilel por Skype mi nuevo número holandés. Charly se cachondea. Con un cigarrillo en los labios, me observa mientras atiendo a los últimos detalles y hago mis pequeños rituales, como comprobar que llevo mi anillo fetiche en el dedo corazón para luego quitármelo. Se empeña en llamarme Mélodie, aunque ahora sabe cuál es mi verdadero nombre. Me dice que, en efecto, no estoy muy guapa con ese velo que me apretuja la cara. Aguanto sonriente sus amables burlas, que neutralizan la tensa situación, y creo que las hace precisamente por eso.

Ya está. Bilel llama con vídeo por Skype. Sube mi nivel de adrenalina. Mañana estaremos a solo unos metros de Siria. Esta llamada, que creo la última, cataliza para mí todo el camino recorrido hasta aquí. El trabajo va a llegar por fin a buen término. Ahora mismo mi único temor es que Charly me tome por loca al presenciar mi conversación con el terrorista. Espero que entienda que en esta historia somos dos: la periodista y la marioneta. Me coloco muy recta en la cama y pulso el botón verde. Bilel tiene tantas cosas que decirle a Mélodie que no sabe por dónde empezar.

—*Salam akeikum*, mi amor. ¿De verdad estás en Ámsterdam? No me lo creo, pronto estarás aquí, soy el hombre más feliz del mundo. Te quiero tanto, esposa mía...

Creo que nunca he visto una expresión tan feliz en su cara. Le brillan los ojos de entusiasmo. Desborda alegría. Nada parece traicionar la sinceridad de este sentimiento. Bilel está solo en un cibercafé. Acaba de terminar su «trabajo».

—Sí, cariño, estoy con Yasmine. Mañana volaremos a Estambul. Pero es muy arriesgado, no podemos llamar la atención... Dame las instrucciones ya.

Bilel apenas presta atención a Mélodie, como siempre.

—¡Qué guapa estás! —exclama—. ¡Venga, cuéntame cómo te ha ido el viaje! ¿Y cómo has pagado los billetes?

—Le he sisado la tarjeta de crédito a mi madre y he comprado los dos billetes por ordenador. Hemos cogido los pasaportes, y listo.

Me esfuerzo por obsequiarle con mi mejor sonrisa para ser convincente. Mélodie acaba de dejarlo todo para reunirse y casarse con él. Mi actitud debe ser coherente.

—¡Qué fuerte eres, esposa mía! Estoy muy orgulloso. Tu amiga y tú sois auténticas leonas. Oye, si todavía tienes la tarjeta de crédito, tráeme alguna cosilla.

—¿Qué quieres?

—Ya sabes, mi amor...

Con él, que pasa de golpe y porrazo de lo mucho que «le gusta» cortar cabezas al ligoteo más descarado, sinceramente no lo sé. ¿Un arma? ¿Dinero en efectivo? ¿Caramelos?

—No...

—Pues... ¡perfume! Pero del bueno, de una marca cara. Te dejo elegir.

Estoy consternada. ¿Se perfuma antes de matar a sangre fría? Sé que en Afganistán perfuman a los muertos antes de amortajarlos en una sábana blanca y enterrarlos directamente en la tierra. Bilel dio sus primeros pasos en ese país, hace unos años.

—Una marca de las caras... ¿Cuál te gusta?

—Me encanta Égoïste de Chanel, o un buen perfume de Dior. Pero te dejo elegir... *Mashallah*.

—¿Algo más?

—Sorpréndeme.

—Ok, cariño... ¿Podemos hablar de mañana? Yasmine está un poco estresada. Le tranquilizaría saber qué va a pasar una vez que la mamá venga a buscarnos...

—Sí, sí, es verdad... Te explico. A ver, cuando lleguéis a Estambul, compras otro teléfono. Y te deshaces del de Ámsterdam. Sobre todo, paga en efectivo, no con la tarjeta de tu madre. Que la poli no pueda seguiros la pista.

—Ok. ¿Y dónde nos esperará la mamá?

—No, en realidad no os esperará nadie. Comprarás dos billetes de avión para cruzar el país. En coche se tarda demasiado.

—¿Cómo? ¿No habrá nadie cuando lleguemos? ¡Me lo habías prometido!

—No, pero no pasa nada, eres toda una mujer, esposa mía, ¿no? Decenas de europeos hacen lo mismo cada semana con la esperanza de unirse a nuestras filas. ¡Vamos, leona mía!

En este momento no tengo que forzarme demasiado para que la voz de Mélodie destile angustia:

—Pero no es lo que me habías dicho, Bilel... Lo hemos hablado muchas veces... Tú insistías, y yo también, en que se ocupara de nosotras una mujer. Me hablabas de una mamá con la que estaríamos seguras. Me has dicho muchas veces: «Lo más importante es tu protección».

Su tono se endurece ligeramente:

—Escúchame. Vas a callarte dos minutos y a dejarme hablar. No tienes que hacer casi nada. Cuando llegues al aeropuerto de Estambul, compras dos billetes a Urfa. Son muy baratos, unos cincuenta euros cada uno. Coges solo ida. Los pagas en

efectivo, ¿eh? Si no, te los pago yo, no hay problema. Sacas ahora todo el dinero que vayas a necesitar y luego tiras la tarjeta de crédito y el teléfono holandés.

¿Urfa? ¡Ir allí es un suicidio! Esta ciudad turca está a más o menos la misma distancia de Siria que Kilis, pero la diferencia es que el EI la controla totalmente. Llegar allí es como estar ya en Siria. En Urfa es donde Guitone y su banda degustan sus kebabs, con sus kalashnikovs al hombro y sus granadas en la cintura. El castillo de naipes se desmorona cada vez más. Estoy aterrorizada. A todo esto, he olvidado los *flashes* de Charly, que se desplaza como un gato alrededor de la cama. Le lanzo una rápida mirada. Sin decir una palabra, me da a entender que empezamos mal. Me invade la inquietud, por cómo evolucionará el tema pero también por Charly, que parece alucinado con las palabras de Bilel. Improviso; tengo un nudo en el estómago. Mélodie dice que está perdiendo la confianza y le cuenta que Yasmine está llorando. Echo toda la culpa a la menor, que tiene miedo:

—Por mí no hay problema, pero Yasmine está muy asustada. Solo tiene quince años... No quiero que sus miedos entorpezcan nuestros planes. Te dije que está supervigilado, y me las he arreglado sola hasta ahora, aunque siempre me has ofrecido tu ayuda. Ahora te la pido...

El tono de Bilel se endurece un poco más. Su expresión ya nada tiene de alegre. Parece que odia a Mélodie.

—¿Quieres dejarte de tonterías de una vez? Pásame a Yasmine. Hablaré con ella y todo se arreglará.

—No, ya me encargo yo, está bien. Es mi amiga. Deja que yo me ocupe de consolarla.

—¡Te digo que me la pases, Umm Saladine!

—Te la pasaré... Dame un poco de tiempo. Está llorando delante de la puerta de la habitación. Prefiero hablar a solas contigo. Creo que no está bien que seas tan duro conmigo. Lo único que te pido es que respetes lo que llevas casi un mes prometiéndome. Dices que puedo contar contigo... Pero a la primera dificultad, me dejas tirada. ¡Muy bien!

—¡Oh! ¡No me hables así! ¿Quién te has creído que eres? No eres tú la que da las órdenes, sino yo. ¿Lo has entendido? Venga, enséñame tu habitación.

Pánico. ¿Cómo me las arreglo con una habitación tan pequeña? Desde el principio de la conversación, que ya dura un rato, Charly se desplaza lo más discretamente que puede. Hace fotos con su Leica como un fantasma acostumbrado a ser invisible. No podemos hablarnos. Ni siquiera mirarnos en este tenso contexto. Charly se arrodilla y se retuerce como puede alrededor de la cama mientras yo muevo la webcam. Bilel está nervioso. Lo observa todo con detalle. Parece cada vez más enfadado. Vuelve a pedirme que le muestre la habitación con todo detalle. Sigue hablando, pero con un aire de superioridad y amenazante que no le conocía. Mélodie tendrá que reconducir la situación con palabras amables, y con excusas.

—¿Dónde estás exactamente?

—Pero, cariño, ya te lo he dicho. Estoy en Ámsterdam. ¡Ya has visto que no te miento! ¡La cámara te ha mostrado la habitación! ¡Has visto mi maleta! ¿Quieres ver la calle?

Como siempre, el terrorista no atiende a Mélodie.

—¡Pásame a Yasmine! ¡Que deje de lloriquear de una vez!

—Bilel, cálmate... ¿Quieres ver mi billete de avión?

Cojo el billete, que está dentro del pasaporte, rezando para que no me pida verlo. No se me ocurre cómo solucionar el asunto de Yasmine. Y a esto hay que añadir que Guitone me deja tirada en pleno vuelo y que sigo sin tener noticias de Lola. El reportaje hace aguas. He arrastrado a Charly y a mis compañeros de redacción a un barco que se va a pique. Esta mañana, antes de embarcar, mostré rápidamente a Charly vídeos de nuestras conversaciones. Vio a un hombre enamorado, y por lo tanto potencialmente peligroso, teniendo en cuenta el contexto. Le parecía alucinante la mirada de carnero degollado que le dirigía a Mélodie, y su actitud de ligón barato. «Patético», me dijo. «Y todo esto en nombre de una religión, que ensucian». A Bilel se le ha caído la careta. Su tono pasa a ser autoritario. Parece malo y amenaza. Por primera vez, aunque me «ocultaba como a su valioso tesoro», oigo a su alrededor varias voces masculinas; también ellos parecen nerviosos. Hasta ahora nunca lo había visto así. Receloso. Al acecho. Bilel está irreconocible. Su expresión da miedo.

—¿Me vas a pasar a Yasmine, sí o no? Deja ya de tomarme por idiota y cierra el pico. ¡Formo parte de una organización terrorista! ¿Sabes quién soy para hablarme así? ¡Estoy al mando de cien soldados cada día! Solo he decidido contarte una cuarta parte de las cosas. Estoy fichado internacionalmente, y por eso no puedo ir siquiera a nuestras ciudades en Turquía^[31]. Solo puedo ir a Irak. Tengo treinta y ocho años, pequeña, y ni tu amiga ni tú seréis las que me hagan caer. Cuidado. No sabes quién soy.

Subraya sus palabras con una risa sádica. Le he plantado cara. He creído oportuno afirmar un poco el carácter de Mélodie elevando el tono. A Bilel no le ha gustado nada. Con la voz más sumisa posible, Mélodie le contesta:

—Jamás me permitiría reírme de ti. Me entristece que pienses que he llegado a fugarme y a viajar a otro país para hacerte caer. No sé qué decirte. Tengo ganas de llorar. Lo haré. Compraré los billetes para Urfa y haré lo que me pidas al pie de la letra. Te lo prometo.

—Me decepciona mucho que seas tan débil... Creía haber elegido a una mujer más fuerte. Pásame a Yasmine, no me la voy a comer.

Ya es de noche. Imposible encontrar ahora mismo a una adolescente a la que pedirle en cuatro frases que improvise a una yihadista hecha un mar de dudas. Por más que Charly sea guapo, con una peluca tampoco va a dar el pego. Lo único que puedo hacer es esforzarme por seguir tranquilizando a Bilel y disculpando a Mélodie, que poco a poco consigue recuperar la confianza del asesino.

—Si no es capaz de coger dos aviones, no habértela traído. —Suspira—. Mierda, plántala. Que vuelva a su casa. Me importa un bledo. Venga, déjala.

—Yo no abandono a una hermana. Pero no te preocupes, he entendido bien tus instrucciones. Voy a tranquilizarla, y mañana por la tarde estaremos en Urfa.

—Vaya, por fin te reconozco, esposa mía... Bueno, voy a explicarte qué pasos debes seguir, porque en Urfa se ocuparán de ti, créeme. Te vuelvo a llamar en diez minutos, lo que tarde en organizar tu llegada.

Viernes, 21.00 h.

Me quito a toda prisa el hiyab y me levanto. Empiezo a dar vueltas por esta diminuta habitación, con las manos en la cabeza. Todo se desmorona. Espero de verdad haber recuperado la confianza de Bilel, porque en caso contrario nuestro reportaje pierde buena parte de su sentido. Lola me ha dejado plantada, Guitone me tiende una trampa y Bilel me manda a una de las ciudades más peligrosas del mundo. Charly no dice una palabra. Por pudor, creo. Espera a que recupere el sosiego. Me vuelvo hacia él y le digo:

—Lo tenemos mal, ¿no?

Charly asiente. Y luego, como si hubiera esperado hasta ahora para decírmelo, espeta:

—¿No te has vuelto esquizofrénica con todo el asunto? He visto muchas cosas en la vida, pero *esto...* Puedo asegurarte que demuestras tener mucha sangre fría. ¡Ese Bilel es un tarado! Te habla de perfumes, te cubre de amor, y luego te amenaza si no dejas a tu amiga menor en la estacada.

Ya está. Acaba de entender el reportaje. Aunque Charly ha visto y oído cosas mucho peores, parece algo alterado. Durante los minutos que esperamos a que el terrorista vuelva a llamar, que se nos hacen interminables, pasamos revista a todas las posibilidades. Pero ¿va a llamar? Disimulamos nuestra decepción, pero aun así acusamos el golpe. Los dos somos colaboradores externos, y de verdad nos gustaría entregar lo que hemos prometido. Desde esta mañana, todos nuestros planes se desmoronan uno tras otro, como fichas de dominó. Pienso para mí que comienzan a cumplirse los presagios.

A los veinte minutos suena la señal del Skype. Charly y yo empezábamos a perder la esperanza. Contenemos la respiración porque no sabemos si la llamada resultará concluyente o lo sentenciará todo. Estoy de pie, junto a la ventana, fumando y hablando con mi redactora jefe, a la que el director pidió expresamente que dirigiera el asunto este fin de semana. Le estoy explicando el giro que han dado los acontecimientos y casi la dejo con la palabra en la boca cuando cuelgo. Corro a la cama y a punto estoy de chocarme con Charly. Contesto *in extremis*. Bilel aparece en la pantalla. Su expresión parece más serena. Incluso sonrío. Además, abre mucho los

ojos al verme. Con las prisas, no me he puesto el velo. ¡Qué pifia! Por suerte, la habitación está oscura y llevo una cola de caballo. Encantado, Bilel me pregunta:

—¿Te has quitado el velo?

—Sí, tres minutos, lo que he tardado en bajar a buscar una Fanta. Te lo he dicho, soy fuerte. No quiero llamar la atención. Estaba subiendo cuando me has llamado. Si no contestaba, iba a perder tu llamada. Espera, que me lo vuelvo a poner.

A Bilel le brillan los ojos más de lo habitual. Corta a Mélodie de inmediato:

—¡No, no te lo pongas! Si solo estás con Yasmine, no me importa. *Mashallah*, qué guapos serán nuestros hijos con los padres que tendrán... *Insha'Allah*.

Bilel es muy modesto. Le sonrío y lanzo una mirada nerviosa a Charly, que alza los ojos al cielo.

—Bueno, Yasmine está mejor. Ahora ha bajado ella, pero la he convencido de lo de mañana. ¿Qué tenemos que hacer?

Trascurren pocos minutos, aunque se hacen muy largos, hasta que me contesta. Observa con insistencia mi cara y se mordisquea los labios. Mueve un poco hacia atrás su asiento, como para ver mejor a su futura esposa.

—También tenemos que hablar de nuestra noche de bodas...

—Cuando estemos juntos... Es demasiado personal.

—Vale, pero espero que para ese día mágico me hayas preparado ropa interior bonita... ¿Lo recuerdas? Te expliqué que con tu marido podías permitirte cualquier cosa.

—Ya veremos... Me incomoda, Bilel...

—Lo entiendo. De todas formas, mañana por la noche estaremos juntos. Nos separan menos de veinticuatro horas, amor mío.

—Precisamente... ¿Qué tengo que hacer en esas horas, que me parecerán tan largas?

—Aquí, hoy tenemos un problema. Las líneas telefónicas son malas. Así que lo primero que vas a hacer es llamar con tu teléfono nuevo al número que voy a darte. Debes presentarte como la mujer de Abu Bilel al-Firansi y decir que llamas de parte de Abu Omar Tunsi, de Siria. Luego darás tu número de vuelo y la hora de llegada al aeropuerto de Urfa.

—De acuerdo. ¿Por quién pregunto?

—¡No te preocupes! Ahora te doy el número. Llama delante de mí.

Me dicta las ocho cifras sirias que tengo que marcar desde el teléfono holandés mientras me observa y me escucha por Skype. Llamo. Un hombre me pregunta en francés con quién está hablando. Mélodie repite exactamente lo que le ha dicho Bilel. El hombre que está al otro lado de la línea me confirma que mañana deberemos coger un vuelo interior de Estambul a Urfa, porque en este momento «las carreteras están muy vigiladas, sobre todo viajando con una menor». Mélodie asiente. El hombre le pregunta si necesita dinero para los billetes. Ella contesta que no, que tiene el que necesita. Él le dice muy amablemente que su amiga y ella no duden en llamarlo «a

cualquier hora del día o de la noche desde ahora hasta que lleguéis a la frontera». Mélodie le da las gracias y cuelga. Se vuelve hacia la pantalla del ordenador. Bilel retoma la palabra de inmediato:

—¿Has colgado bien?

—Sí, Bilel.

—Ok. Bravo. Muy bien. Estás siguiendo muy bien mis instrucciones. *Mashallah*. Tendrás que volver a llamarlo para comunicarle tu número de vuelo y la hora de llegada al aeropuerto de Urfa. Ahora vas a llamar a otro número. Es el tipo que se ocupa de la seguridad de las hermanas en la frontera. Le dices que eres mi mujer y te tratarán como a una reina.

—¿Tú no estarás?

—No, no puedo ir a Turquía, ya te lo he dicho. Pero estaré a pocos metros, no te preocupes, esposa mía. Y luego no volveré a dejarte.

¡Qué majo!, pienso. En ese momento me doy cuenta de que, aunque compré el teléfono holandés con la tarjeta de prepago máxima para las llamadas al extranjero, casi no me queda saldo. Evidentemente, no he tirado el antiguo móvil de Mélodie, pero a ese también le queda poco. Un teléfono con tarjeta francesa llamando a Siria desde Holanda no aguantará mucho.

—Ok, pues dime qué tengo que hacer ahora.

Bilel me da otro número sirio. En este no contestan. No pasa nada, el mercenario tiene la solución. Podemos llamar a otro, que seguro que responde. Aunque solo habla árabe. Bilel le pregunta a Mélodie si puede mantener una conversación. Ella le contesta que quizá una charla de las sencillas, pero que es una misión complicada. Tampoco pasa nada. Mélodie tecleará el número y pulsará el manos libres. Dejará el Skype conectado, y Bilel hablará directamente en árabe con su interlocutor. Hace apenas una hora, obligaba a Mélodie a «cerrar el pico» y la amenazaba, y ahora le pasa como si tal cosa información no solo muy valiosa, sino también de interés judicial. Instrucciones que podrían perjudicar a su grupo.

Después de haberle lavado el cerebro hasta el punto de cambiarle el nombre, Mélodie se convierte en un instrumento de enlace desde la habitación del hotel de Ámsterdam. Lo que estoy viviendo no puede compararse con la experiencia de una persona que ve la guerra cara a cara, por supuesto; aun así la situación es vertiginosa. Mélodie no tiene más remedio que hacerlo. Sin embargo la llamada no se produce porque no tiene saldo suficiente. Ya es tarde. Las tiendas están cerradas. Incluso con la mejor voluntad del mundo, sería imposible encontrar un teléfono que no pusiera en peligro a nadie. Solo está el mío, que utilizo desde el principio para grabar las conversaciones. Pero si la historia se pone fea, me expongo todavía más. Aunque mis datos privados están protegidos, cuando se tienen los contactos adecuados es facilísimo piratear un número de teléfono y llegar hasta su propietario. Y el EI tiene muy buenos contactos. En circunstancias normales, en este instante habría puesto punto final a la historia. Soy más prudente que temeraria. Pero estoy a dos pasos de

acabar, y solo me falta un teléfono, que resulta que tengo a mano... Da igual. En cuanto vuelva a Francia, eliminaré este número, que tengo desde los dieciséis años. Pediré una línea a otro operador. Bastantes fracasos he tenido hoy. Así que cojo mi móvil y pongo en contacto a los dos hombres. Su conversación dura unos tres minutos. Aunque Bilel observa de vez en cuando a Mélodie, Charly y yo podemos mirarnos por fin. Me pregunta sin decir una palabra si estoy bien. Le contesto que sí con un gesto. Tiempo después, una amiga del periódico que habla árabe me traducirá la conversación. Captará, entre otras cosas, que Bilel insistía en que yo era una hermana con pasaporte francés. Cuando terminan de hablar, Bilel se «dedica a su mujer». En ese momento Hadrien llama a la puerta. El pobre no ha parado desde esta mañana, son casi las diez de la noche y le gustaría descansar media hora. Charly va a abrirle la puerta lo más silenciosamente posible y le indica por gestos que no haga ruido. Otro más que me ve como Mélodie... Hadrien ya ha visto varias fotos de mí disfrazada, pero, como le sucedió a Lou en Túnez, oírlo y verla no es lo mismo. Entretanto he podido volver a ponerme el velo. Hadrien se caracteriza por ser un camaleón. Se pega a la pared, no me mira y enciende un cigarrillo. Mejor si no presta demasiada atención a Mélodie. Como acaba de llegar, no se ha enterado de todo lo anterior, en concreto del acceso de rabia de Bilel. Unos días después me contará que no me miró porque le incomodaba. De repente veía todos los temores que sentía por mí concentrados en aquel instante en el que yo era otra.

El combatiente ha conseguido lo que quería, así que vuelve a estar relajado. Le repite a «su niña» frases cariñosas y no oculta su impaciencia por que llegue mañana. Sobre todo, su mujer debe llamarlo cuando aterrice en Estambul. Pero le garantiza su seguridad. No puedo más. Tengo prisa por colgar. Los tres nos ahogamos en esta habitación de menos de diez metros cuadrados, en la que no hay ni una botella de agua. Seguimos sin poder abrir la ventana por el ruido. Mélodie va a dar por finalizada la conversación, pero parece que Bilel aún no ha terminado:

—¿No habrás olvidado lo que te pedí? Ya sabes, los calzoncillos de algodón, porque aquí todo lo que encontramos pica.

Lo había olvidado totalmente. Este tipo de petición es una de esas trivialidades que me sacaban de quicio. Ni le prestaba atención.

—¡Sí, sí, claro!

—Has cogido la talla grande, ¿verdad, mi amor?

—Sí.

—Ok. ¿Tienes también los turbantes para el *kadi* que va a casarnos?

—Sí, Bilel, también los tengo.

—Ok. Bueno, quema la tarjeta de crédito de tu madre, y no olvides sacar dinero en efectivo. ¡Y tráeme sorpresas! No me lo creo, mañana estarás aquí por fin...

—Pues sí...

—Serás discreta, ¿verdad? ¡Una leona!

—Sí...

—¿Estás contenta?

—¡Claro!

—¿Tienes miedo?

—Me has dicho que no debía tener miedo, así que no.

—¿Y te da miedo nuestra noche de bodas?

—Hablaemos mañana...

—Veo que sí... Tíralo todo, excepto algo de ropa y cosas íntimas de chica. Lo demás ya lo buscaremos aquí. Menos la ropa interior, acuérdate.

—Ok. ¿Y el ordenador? Se lo he quitado a mi madre.

—Sí, también.

Pero se echa atrás.

—¿Qué ordenador es?

—Un Mac. Bastante nuevo.

—Pues tráelo. Pero borra todo lo de tu vida anterior antes de mañana por la mañana. Y no busques nada. No envíes nada a nadie. Umm Saladine, ahora ya nada nos separa... Bueno, ten mucho cuidado con Yasmine.

—De acuerdo. Hasta mañana, Bilel.

—Soy el hombre más feliz del mundo. Ahora eres mía.

Mérodie le sonrío. Creo que es su sonrisa menos convincente desde el principio de esta historia. Estoy al límite de mis fuerzas. Al límite de este loco, de este mes y de hoy. Mérodie cuelga por fin. Suelto el suspiro más largo de toda mi vida. Más que nunca, ando por la cuerda floja. Soy plenamente consciente de que no me he convertido en Mérodie, pero me he metido en la piel de un funámbulo con fobia al vacío.

Viernes, 22.00 h.

Tanto Charly como yo vamos a la deriva. Hadrien nos arrastra hasta un restaurante. Solo tengo unos minutos para recuperar el ánimo, pero también mi identidad. Voy a cambiarme y me suelto el pelo. Cenamos rápidamente. El restaurante que ha descubierto Hadrien, a orillas de un canal, es bastante bonito. Por fin siento que respiro.

Enfrente mi amigo, y a mi lado Charly, al que ayer todavía no conocía, pero que me ha caído muy bien. Poco a poco recupero la confianza, aunque no el apetito. Bilel no me ha desenmascarado, pero todo hace aguas. Todavía no sabemos si iremos a Kilis mañana. En el fondo ya sé que no. De camino, he informado de la situación a la redactora jefe. En tono contrariado, se la he descrito como desesperada, y por desgracia así es. Podemos elegir entre volar a Urfa, lo que tanto nosotros como la redacción descartamos, e ir a Kilis, donde está Guitone, que no parece tenerme demasiado cariño. En definitiva, la situación es esta: o nos secuestran en Urfa, o tenemos una posibilidad entre tres de que nos secuestren en Kilis. La redactora jefe me ha respondido muy amablemente que no vamos a correr un riesgo tan grande, en estos momentos tan delicados, para que pueda contar en mi artículo cómo se vive en Kilis, pero que, pese a todo, el tema ha cubierto de sobra sus objetivos. Debemos poner punto final mañana por la mañana. Y me ha recordado, como muestra de que debemos ser prudentes, que Daesh acaba de liberar a Édouard Elias y Didier François, dos periodistas de Europe 1, tras diez meses de cautividad. Aparte del sabor amargo del fracaso que me invade, me da pena Mélodie. Le debía una salida digna. Mis dos compañeros intentan que piense en otra cosa. La conversación en la mesa se presta a las confidencias. Los tres necesitamos relajar un poco la presión, y Charly nos cuenta varios recuerdos. Algunos son para troncharse, y otros para echarse a llorar. Yo apenas intervengo. Bebo un poco de vino, pero el problema es que no aguanto el alcohol: tres vasos y me convierto en una caricatura que avergüenza a sus amigos. Me desinhibo totalmente, hablo en voz alta, me pongo en ridículo y a veces incluso pongo en ridículo a los demás. En definitiva, en ese estado soy una cruz. Bebo muy pocas veces porque sé el efecto que el alcohol tiene sobre mí. Pero esta noche pierdo la noción del límite y de cualquier otra frontera. No consigo quitarme de

la cabeza el incierto viaje de mañana. El tiempo apremia. Estamos a viernes. Debo terminar el lunes. Y luego me espera escribirlo todo, resumir un mes en un único artículo. Me estreso. Bebo. Estoy desorientada. Hadrien se da cuenta. Insiste en que me pase, aunque solo sea una hora, por la gala del World Press, a la que había decidido no ir, para distraerme un poco antes de irme a dormir. No me gusta mezclar placer y trabajo. Estoy desquiciada, la cabeza me da vueltas y apenas he comido. El burdeos decide por mí. En un golpe de varita mágica, me encuentro entre doscientos invitados eufóricos de fiesta. Veo a personas a las que conozco bien, y me relajo bailando y tomando copas. Por momentos veo borroso, pero miro la hora por instinto. Las dos. Tengo que volver. Aviso solo a mi equipo de que me marchó. «Nos vemos en el guardarropa», me dicen.

A partir de ahí, mis recuerdos son más que confusos... No sé qué hice para enfadar al vigilante de la velada, pero recuerdo vagamente estar inmovilizada entre sus brazos porque, al parecer en respuesta a sus golpes, intento pegar a ese gigante el doble de alto y de ancho que yo. Hadrien, Charly, mis amigos y todo el mundo grita. El gorila me da una bofetada. Lo único que tengo claro es que me invade la rabia. Le doy una patada en la entrepierna. Hadrien me sujeta con todas sus fuerzas para impedir que me pelee. Creo que me susurra: «Para, es el estrés... Vuelve con nosotros, no pasa nada». Luego llega un montón de gente, entre ellos el organizador del evento. Piden disculpas por mí, pero creo que también me paso. Busco a Hadrien, pero no lo veo. Charly me arrastra hasta un taxi. El trayecto se me hace interminable. Sigo sin saber dónde está Hadrien. No recuerdo si se lo pregunto a Charly.

Sábado por la mañana.

Solo recuerdo que me desperté fatal. Demasiado alcohol y reminiscencias borrosas... Poco a poco me vienen *flashes* del final de la noche. Luego revivo la conversación con Bilel. Además de la cabeza, me duelen los brazos, pero sobre todo el hombro. Son las nueve. Llamo a Charly. Me dice que ha ido a acompañar a Hadrien al aeropuerto y que está de vuelta. Me ducho y quedo con él delante del hotel. Caminamos un rato, con mala cara, hasta encontrar una cafetería algo más tranquila que las demás, que siguen poniendo la misma música ensordecedora que ayer. Antes de hablar de la velada de anoche llamamos a la redactora jefe. Ha puesto al corriente al director y al subdirector del periódico. Los tres son tajantes: volvemos a Francia. ¡Plas! Otra bofetada. Me explica que ya tenemos suficientes datos, que la investigación es increíble y que lo demás solo era un «plus» del que podemos prescindir. Sé que está contenta con nosotros, pero sé también que intenta tranquilizarnos, porque durante mucho tiempo ella misma fue reportera y sabe lo que podemos sentir en estos momentos. Mando un breve mensaje a mis padres para decirles que no se preocupen y que dormiré en París esta noche.

Me siento un poco culpable por todo el mundo, empezando por Charly. Se alegraba de tener unos días de trabajo, pero le da la impresión de que no ha hecho nada. Por más que le diga que es culpa mía, que ha sido un cúmulo de desafortunadas circunstancias —Guitone, Lola, las mentiras de Bilel—, no hay nada que hacer. Está decepcionado consigo mismo. Y yo estoy decepcionada conmigo misma. No hemos dado un paso. En mi fuero interno, echo pestes contra Hadrien y me pregunto por qué me dejó tirada ayer noche, cuando su principal cualidad es la fidelidad. Pregunto tímidamente por él a Charly. Me contesta que le duele un poco y que está preocupado por nosotros. ¿Le duele? ¿El qué?

—¿No recuerdas que ayer, cuando intentaste pegar al vigilante, que estaba rabioso, Hadrien se metió en medio para protegerte? Y... el golpe se lo llevó él.

Charly me remata. Intento mantener la sangre fría, pero se me llenan los ojos de lágrimas de vergüenza. Me gustaría desaparecer. Ser un ratoncito sin nombre, al que nadie conociera.

Anulamos por enésima vez los billetes. Al teléfono, la chica de la agencia que gestiona nuestros desplazamientos se tira de los pelos. No he dejado de modificar nuestras reservas en función de los acontecimientos, he cambiado de escala, he vuelto atrás... Y ahora le pido amablemente que lo anule todo y que nos reserve dos plazas en el próximo avión a Orly; es decir, cuarenta y cinco minutos de vuelo, en lugar de las cinco horas que deberíamos haber volado hoy. De camino al aeropuerto recibimos mensajes de felicitación y de consuelo de algunos jefes. A los dos nos da la impresión de que llegamos con las manos vacías, de que somos unos estafadores. Hadrien me manda también un mensaje conmovedor al aterrizar en París. Todavía no sabe que también nosotros nos disponemos a volver a Francia. No comenta nada de ayer noche. Solo me dice que cuando me vio vestida de Mélodie, se dio cuenta de que me iba a la frontera y no quiere que nos separemos con un mal recuerdo. Nuestra amistad es demasiado valiosa para eso. Y la vida, todavía más.

Esperamos un buen rato antes de embarcar. Charly ve en mi ordenador vídeos de combatientes francófonos del EI. Sabe perfectamente lo que pasa en Siria, y en otros sitios, pero descubre este tipo de propaganda virtual que dio origen al reportaje. Se queda estupefacto. Como yo al principio, oscila entre las carcajadas y la consternación. Entretanto, me voy a fumar. Me sé esos vídeos de memoria. Desde la zona de fumadores llamo a mi padre. Ahora que todo ha acabado, le debo algunas explicaciones. Le cuento brevemente el último mes. Cada dos frases me corta para decirme lo mismo, con voz tranquila aunque asustada: «¡Anna, estás loca!». Acabo contándole que ahora todo ha terminado. Me contesta que la joven pareja real inglesa va a bautizar pronto al pequeño George. ¿No podría cubrir algo así? Bromea, y me gusta oírle reír.

Vuelvo con Charly y subimos al avión. Me llama Anna. El reportaje ha terminado. Retomamos las confidencias de la cena de ayer, y luego Charly se queda medio dormido. Apoyo la cabeza en la ventanilla y me pierdo en las nubes. Esta vez sin música. No encuentro inspiración. Pienso en lo que me queda por escribir, en la cantidad de información que tendré que condensar en diez páginas, y en veinticuatro horas. Luego pienso en cómo acabó la noche de la fiesta. Para ser una chica que no se ha peleado en su vida, parece que tenía ganas... Como si el vigilante hubiera catalizado en mi inconsciente todo lo que se resiste a salir de mí: Bilel, mis malos augurios, el fracaso y mi doble virtual reprimida. No sé. Pero en este momento no me queda más remedio que admitir que me he vuelto realmente esquizofrénica.

París, domingo por la tarde.

Deben de ser las tres. Voy contra reloj para terminar mi artículo. La investigación es a veces tan complicada de explicar que resulta difícil resumirla en las páginas que me han pedido. Todo iría bien si el cierre fuera mañana, como estaba previsto. Pero, como el lunes es festivo, se ha adelantado a hoy. Envío al redactor que se ocupa de los artículos lo que he escrito sin habérmelo releído. Podría decirse que nos llevamos como el perro y el gato. Unas veces es el primero en partirse la cara por defender uno de mis artículos, del tema que sea. Otras me contesta por escrito en tono lacónico, y luego en la reunión se carga mi trabajo. Suelo odiarle los días de cierre. Pero he aprendido muchísimo de este hombre erudito. Como siempre, ahora que ya le he mandado mi artículo por *mail*, me gustaría esconderme debajo del edredón, como una niña que sabe que sus padres acaban de recibir el boletín de las notas. Muy valiente, la reportera. Pero hoy mi superior no me contesta por *mail*. Me llama por teléfono. En general suele ser una buena señal. Significa que no está descontento, y siempre con palabras pausadas que ha elegido con cuidado, felicita a su manera por el trabajo realizado. Pero esta vez me parece más nervioso de lo que suele estar cuando se siente satisfecho. Me anima a seguir escribiendo, no importa si me alargo demasiado. Esta investigación merece ser publicada, y «el diablo se esconde en los detalles». Nunca mejor dicho. La mentalidad de Bilel le deja pasmado, pero las agallas de Mélodie también. Solo me aconseja que acentúe un poco, para el lector, la intensidad con la que entré en mi personaje y que deje de lado el pudor, aunque sin perder el tono neutro que debe adoptar un periodista. Todavía estoy en caliente, y he escrito casi sin interrupción desde que llegué de Ámsterdam. Lo sabe. Sabe que me falta perspectiva. Me da consejos y me anima. Tengo poco tiempo, pero todo está ahí. Solo tengo que contarlo. Recupero la autoconfianza y sigo con mi relato escrito en primera persona. Mi redactora jefe, el director adjunto e incluso la abogada del periódico me mandan mensajes. Quizá el jefe de redacción les ha advertido. ¿Han tenido tiempo de leer lo que acaba de recibir? Según ellos, tengo «una bomba entre las manos» y debemos hablar antes de publicarla. No sé cómo interpretar sus mensajes, así que, sin pensármelo, yo, que no suelo abrir la boca, me voy a la redacción con el ordenador y las grabaciones bajo el brazo. Voy a pelearlo. Paso de despacho en despacho

ofreciendo la versión inacabada de mi artículo a cada superior que pueda estar implicado en el tema. Jamás había tenido el aplomo de hacer algo así. Entro incluso en el despacho del director. Tengo previsto decirle rápidamente unas palabras que me he repetido a conciencia en el metro, algo así como: «Sé que estás muy ocupado y que hay que cerrar, pero, por favor, tómate solo diez minutos para leer el principio de mi reportaje». Pero al verme, supone que he ido a exponer mis argumentos y no me da tiempo a abrir la boca.

—¿Has venido a verme por tu investigación? —me pregunta en tono apresurado.

Le contesto tímidamente que sí y dejo sobre la mesa las páginas impresas. Luego voy a mi despacho, más bien desconcertada. La redactora jefe, que lo ha seguido todo desde el principio, viene a verme. Ha leído el artículo. Le parece muy bueno. Lo siente mucho por mí, pero no pensaba que hubiera tantas cosas que revisar, al menos para el servicio jurídico. Aunque había entendido muy bien el tema, después de haber leído el artículo se da cuenta de lo mucho que me he implicado. Ahora le toca al director adjunto entrar en el despacho y cerrar la puerta con cuidado. Conoce al dedillo todas las cuestiones que abordo en mi artículo, mucho mejor que yo. Alaba mi investigación. No es ese el problema. No sabía que Bilel era un pez tan gordo, sobre todo por su estrecha relación con el líder de Daesh, al-Baghdadi. Lo que hay que tener en cuenta no son solo las amenazas personales de un hombre engañado. Bilel me ha desvelado mucha información, tanto geográfica como estratégica. Corremos el riesgo de que nos amenacen. Hay que ir con pies de plomo. Demasiadas cuestiones sensibles siguen en el aire a unas horas de mandar las páginas al impresor. Aplazamos la publicación una semana para reflexionar.

De vuelta a casa, tengo sentimientos encontrados. Me alivia disponer de un plazo adicional para pulir la redacción, pero me fastidia no haber cerrado el círculo de una vez. Por lo demás, ¿qué habrá sido de Bilel? He escrito y debatido tanto sobre él que he acabado olvidándolo. Hace veinticuatro horas que no consulto las cuentas de Mélodie, y los diferentes móviles recargables están deliberadamente apagados desde que salimos de Ámsterdam. Mélodie solo le mandó un mensaje por Skype desde el aeropuerto para informarle de que un hombre «raro» las había interrogado... Yasmine y Mélodie se sintieron observadas y prefirieron dar media vuelta e intentarlo en otro momento. Además, será sin Yasmine, a la que su familia no deja de llamar. Está suponiendo una carga. Bilel tenía razón. Mélodie volverá sola. Pero de momento no quiere poner en peligro ni a su hombre ni a su brigada. Se quedará en Toulouse hasta que se olviden de ella. Es lo mejor para todo el mundo. Conecto los diferentes dispositivos para ver cómo ha reaccionado Bilel. En el móvil holandés recibo de golpe una avalancha de mensajes. Son de hombres a los que no conozco, excepto Abu Omar Tunisi, el que «se ocupa de la seguridad de las hermanas en la frontera». Todos preguntan dónde está Umm Saladine... Incluido su marido, cuyo tono se

parece mucho al que empleó cuando se enfadó en Ámsterdam. Ahí va una frase como ejemplo: «¿Dónde estás, idiota? ¡Lo pagarás, por la cabeza de Alá!». Apago los teléfonos. He decidido que la historia se ha acabado. Debe acabarse. A fuerza de hacer desaparecer a Mélodie, lo que se ha eclipsado es mi carácter. ¿Bilel quiere amenazar a Mélodie? Ahora le contestará con las palabras de Anna. Antes de hacerla desaparecer, lo verifico todo por última vez. En Skype, los mensajes^[32] de Bilel repiten hasta el infinito la misma letanía, cada vez más furiosa:

«¿Dónde estás?»

«¿¿Dónde estás??»

«¿¿¿Dónde estás???»

«¿¿¿¿Dónde estás????»

«¿¿¿¿¿Dónde estás?????»

«¿¿¿¿¿¿Dónde estás?????»

«¿¿¿¿¿¿¿¿Dónde estás?????»

«iiiiiiOh!!!! ¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿Dónde estás, joder?????????????»

Mido su rabia por la cantidad, cada vez mayor, de signos de interrogación. En Facebook, Mélodie ha recibido un único mensaje, pero al menos tiene el mérito de, por una vez, no andarse con rodeos:

«¿DÓNDE ESTÁS, MIERDA? Te había dicho que desactivaras tu cuenta... Ahora asume tú sola tus idioteces. Me has decepcionado mucho. No tienes nada de leona».

Mejor. Prefiero saber que está enfadado con Mélodie. Si de verdad ella ha abusado de su paciencia, Bilel dejará correr el tema. Desactivo a toda prisa la existencia virtual de mi avatar. Solo dejo accesible su perfil en Skype, desde el que Mélodie envía un último mensaje para que su repentina desaparición no la traicione. Se disculpa, pero todo se le ha complicado desde que ha regresado a Francia. Al darse cuenta de que había desaparecido, su madre avisó a la policía. A la ex aprendiz de yihadista le cuesta justificar su ausencia. Le han confiscado el ordenador. Su teléfono francés también, y como le había exigido Bilel, se deshizo del que había comprado en Ámsterdam. De todas formas, lo mejor es cortar toda comunicación de momento. La olla podría explotar por cualquier cosa, en cualquier momento. Vuelve a pedirle disculpas, también porque ya no va a poder dar señales de vida... Sus últimas palabras son:

Perdóname, Bilel. Nunca he querido decepcionarte, y creí que lo mejor era volver atrás, porque sentía que el riesgo era demasiado grande tanto para nosotras como para ti. Espero que en cuanto vuelva a disponer de un teléfono o de un ordenador seguro, quieras hablar conmigo. Un beso. Mélodie.

Por supuesto, ni por un segundo me planteo retomar el contacto con este loco peligroso, pero quiero asegurarme de que cree en las buenas intenciones de Mélodie para que su rabia no pase a mayores. Espero que cuanto más desolada y digna de

compasión se muestre, mayores sean las posibilidades de que Bilel pase a otra cosa. Después de todo, tiene asuntos más urgentes que gestionar que Mélodie, de veinte años, «una entre tantas». El EI está preparando su asalto a Irak. En dos meses, casi exactamente, Daesh se apoderará de Mosul, la segunda ciudad del país, y luego se dirigirá a Bagdad, lo que despertará las conciencias internacionales sobre el espectro diabólico del integrismo radical que representa esta organización. Como «objetivo de fin de año» no es lo más habitual. Así que no debería tardar en olvidar a Mélodie.

Pero parece que no va a ser así.

Dos días después, en la redacción.

Aunque se ha reducido la presión, la cuerda sigue tensa. No tengo ni idea de si Bilel sigue rabioso, pero Mélodie ya no existe. Anna, la periodista, va a terminar su artículo. Ayer acusé el golpe de este último mes. También descansé. Hoy tengo las ideas más claras y me urge poner punto y final a toda esta historia. El *sprint* final suele ser lo más costoso. Ahora será el periódico el que decida las medidas que hay que tomar. Estoy escribiendo en un despacho, rodeada de mis colegas y amigos, cuando recibo la llamada de un número francés que empieza por 06. Contesto. Es Bilel. Salto de la silla y me alejo por el pasillo. ¿Cómo puede llamarme desde un número francés, un número que no indica que está en el extranjero? ¿Y a mi teléfono personal? Es verdad que sacrifiqué mi otro número en Ámsterdam, pues no había otra solución. Quizá ha bastado un paso en falso para que cayera mi tapadera. Bueno, eso creo. Apenas entiendo lo que el terrorista me dice. La línea tiene interferencias. Como cuando le pidió a Mélodie que pusiera el manos libres del móvil para charlar por Skype con su contacto, que solo hablaba árabe. Sé que de nada sirve asustarse. Bilel no puede haber vuelto a Francia en cuarenta y ocho horas para vengarse, así que recupero mi papel de Mélodie, que abandoné hace tan poco. No viene de una improvisación más. Bilel vuelve a preguntarme dónde estoy y «qué mierda he hecho». Mélodie le repite más o menos lo mismo que en su mensaje de «despedida». No obstante, añade un detalle que tiene su importancia: su madre ha descubierto mensajes que se enviaban los enamorados y los ha entregado a «la poli». Por lo tanto, no puede volver a utilizar este número, ni siquiera en caso de urgencia. Nunca más. Se deshará de él en breve. Pero el terrorista, orgulloso como un gallo, malinterpreta las palabras:

—¡Vaya! ¿Ahora me amenazas, pequeña? Me muero de risa. Mira quién fue a hablar.

¡Para nada!, le contesta Mélodie. ¡Todo lo contrario! Se lo dice para protegerlo... La conversación se corta en seco. Me veo en el despacho de Marie, donde me había escondido, con el teléfono en la mano y los ojos como platos. Voy a ver al jefe que se ocupa de mí desde el principio. Además de darme las órdenes, ha sido mi barrera de contención y, algunas veces, mi confidente en esta investigación atípica, por así

decirlo. Anota inmediatamente el número de teléfono y me pide que espere unos minutos hasta que localice de quién es. Me conmina para que no me mueva de la redacción. Regreso a mi despacho con paso decidido y conecto el Skype de Mélodie. Cambio la dirección IP. Quiero ver si Bilel la ha amenazado. Y no la ha amenazado una vez, sino varias:

«Dime, ¿quién te crees que eres, idiota?».

«Nos has subestimado... ¡Te enfrentas a una organización terrorista!»

«Las personas con las que hablaste este fin de semana tienen quince años de experiencia en contraespionaje. Encontrarte es cuestión de minutos».

«Has querido hacerme pasar por idiota, y lo vas a pagar. xD»

Esta vez sí, la cuchilla planea por encima de mi cabeza. Aunque la amenaza está en el aire, se concretiza. Evidentemente, no contesto. Desconecto el Skype. Mi superior vuelve, como me había prometido. Me lleva aparte y salimos del despacho. El número francés es de un tal Hamza^[33], con domicilio en Albertville, Saboya. Nos miramos un instante; ambos suponemos que hay una explicación lógica; aun así, nuestra expresión es tensa. Vamos a buscar a la redactora jefe y nos encerramos los tres en su despacho. Tras comentarlo, la redactora decide llamar a ese número y hacerse pasar por la madre de Mélodie. Pero curiosamente no contestan. En las Páginas Blancas, una línea fija remite a la del móvil. La jefa teclea el número. Al otro lado de la línea, un hombre de cierta edad contesta y se presenta como el padre de Hamza. Mi superiora le explica que está muy molesta por que su hijo llame así a su hija, que apenas tiene veinte años. El hombre no reacciona. Pero en cuanto la redactora pronuncia la palabra «Siria», el hombre se asusta y balbucea: «Mi hijo es mayor de edad. ¡Hace lo que le da la gana!». Por lo demás, hace semanas que no lo ve, no sabe dónde está. A la madre de Mélodie le sorprende que el cabeza de familia no parezca preocupado. Sin embargo, el hombre corta la conversación; parece asustado.

Si termino el artículo, para mí empieza el baile. La historia que creíamos concluida no ha hecho más que empezar.

El mismo día, por la noche.

Estoy en casa, muy apenada. Inmóvil, miro mi sofá negro, que ya no reconozco. Lo odio. El teléfono me saca del atontamiento. Otro número francés desconocido. Pregunto quién es. Una voz de hombre, bastante juvenil, me contesta educadamente que es el hermano de... Hamza. ¿Qué quiere ahora? Tengo ganas de gritarle. No quiero resucitar a Mélodie y no puedo decir que soy periodista. Me parece más joven que yo, así que esta vez hago el papel de una persona más mayor:

—¡Y yo soy la madre de Mélodie!

Silencio.

—¿Qué quiere su hermano de mi hija? —prosigo.

—Señora, no lo sé, se lo juro. Mi hermano desapareció hace semanas. No tengo noticias tuyas.

—¿Y cree que yo las tengo? ¡Olvídese de este número, de mi hija y de mí!

—No entiendo que no llame a nadie, y en cambio llame a su hija... Si pudiera usted decirme algo más...

El hermano mayor parece de verdad desamparado. Le tiembla la voz y titubea. Me doy cuenta de que algo sospecha, pero que en realidad no sabe dónde está Hamza. Pero últimamente Mélodie ha hablado con demasiada gente, y su madre no va a tomar el relevo. Adopto un tono fuerte, que parece ya no el de una mamá gallina, sino el de una *mamma* italiana, con todo un clan a sus espaldas. Lo tuteo:

—Escúchame. Después de la llamada de tu hermano, hablé con tu padre, y ahora eres tú el que llama a un teléfono personal que no es de mi hija. ¡*Rhallas* de la familia de Hamza! Así que te lo advierto: si quieres que tu familia tenga descendencia, arréglatelas para que tu hermano me llame como muy tarde mañana por la mañana... Si no, además de mandaros a la DCRI^[34] a Albertville, os mandaré a mis hermanos, y créeme que son muchos, jovencito.

Le cuelgo con un rictus en la comisura de los labios. Me sienta bien no seguir siendo Mélodie, la sumisa atemorizada. Al día siguiente me entero por mis jefes de que toda la familia de Hamza ha eliminado sus datos del listín telefónico. Es cierto que Hamza está «en búsqueda», porque salió de Francia hace tres semanas. La última vez que las autoridades lo localizaron estaba en Turquía. Desde entonces, es un

fantasma jugando al escondite. Las últimas informaciones no son tranquilizadoras. O Hamza está en Siria y, por lo tanto, no hay nada que temer en un futuro inmediato, o está en Francia, quizá incluso en París. No tenemos la menor idea. No dejan de llamarme números que empiezan por +591, +886 o +216, los prefijos sirios y turcos. No contesto.

Apenas veinticuatro horas después, la mayoría de los periódicos y de los telediarios dedican grandes titulares a las «seis personas de entre veinte y treinta y siete años, residentes en Albertville, que acaban de ser encarceladas por su implicación en las redes de reclutamiento yihadista con destino a Siria». Ratoncito, ¿dónde estás? Aunque mañana es 1 de mayo, deseo con todas mis fuerzas que todo esto no sea más que una inocentada con retraso. En estos momentos desconozco que todos mis teléfonos están sometidos a escucha policial. No me enteraré hasta tres semanas después, cuando mi nombre aparezca varias veces en diversos informes judiciales de personas que han viajado a Oriente Medio. En concreto, en el de Vanessa, la chica embarazada de más de seis meses. Tras el intercambio de mensajes con ella, Bilel le dijo a Mélodie que no contara con Vanessa, porque se había «rajado». Efectivamente, ya no se podía contactar con ella, ni por teléfono ni por Skype, pese a que tenía tanta prisa por dar a luz en Siria. Nuestros mensajes contribuyeron a formar un sólido informe para que las autoridades competentes la detuvieran antes de marcharse. Y aprovecharon la ocasión para desmantelar una importante red de reclutamiento vinculada a la chica.

Sin quererlo, incluso sin saberlo, Mélodie acumula enemigos. Al enterarnos de la redada en Albertville, nos preguntamos todos, yo la primera, si mi reportaje tiene algo que ver con todos estos acontecimientos simultáneos. Desde el principio, dudo entre el cúmulo de circunstancias y las coincidencias. Y en materia de investigación, lo habitual es que las coincidencias no existan. Entre las amenazas de Bilel, la historia incomprensible de Hamza y ahora esto, el periódico me pide que cambie de domicilio y de número de teléfono lo antes posible. Debo marcharme. Inmediatamente. Ahora mismo. Si Daesh ha relacionado a Mélodie con la periodista y me atribuye esta funesta serie de arrestos, mi vida no volverá a ser la misma. Pero no me lo creo demasiado. Quizá las escuchas han ayudado a la DCPJ, pero me cuesta creer que hayan sido el motivo de que las redes de reclutamiento del EI hayan caído. No obstante, debo ser extremadamente prudente. Mi primer instinto es meter cuatro cosas en una bolsa pequeña y refugiarme en casa de mis padres. Pensaba dormir en mi antigua habitación de adolescente una o dos noches como máximo. Seis meses después, esta sigue siendo mi residencia cuando estoy en París.

Cinco días después.

Sigo en casa de mis padres cuando la cuchilla que planeaba sobre mi cabeza cae definitivamente. Esta mañana el periódico cerraba, con mi artículo, que el servicio jurídico había sopesado con todo detalle. Entretanto, yo corría a la embajada de Nigeria con Charly para conseguir visados lo antes posible. El secuestro de más de doscientos menores en Chibok, un pueblo del este del país, por parte del grupo islamista Boko Haram, suscita una gran conmoción internacional. Tenemos que desplazarnos al lugar de los hechos. Sin embargo, Charly y yo pronto entendemos que no podremos ir. Los plazos para conseguir un visado de periodista son de un mes... De todas formas, el director del periódico, que había decidido mandarnos a hacer el reportaje, me llama para advertirme que de momento ni me plantee ir a este tipo de destinos. Me trago la decepción y pienso que otra vez será. Deben de ser las siete de la tarde, todavía hace bueno y el aire es cálido. Lou ha venido a pasar la tarde conmigo. Nos tumbamos al sol. Me siento muy ligera... Todo va bien. Sigo recibiendo llamadas de números raros, pero nada más. No he querido volver a entrar en el mundo virtual de Mélodie. Lo desactivé todo. Ignoro qué está sucediendo, y así me va muy bien. El artículo aparecerá pasado mañana. Si no ocurre nada en los días siguientes, podré volver a mi casa y a una vida social y profesional normal. A mi vida, al menos. Lou, al igual que yo, comenta que tiene una agenda apretadísima. Estamos riéndonos de esto y de aquello cuando me llama la redactora jefe que ha supervisado mi reportaje. Contesto tranquila y en tono alegre. Repite varias veces mi nombre, como si quisiera asegurarse de que estoy al otro lado de la línea y la escucho con atención.

—Anna, Bilel ha muerto.

Silencio.

—¡Bilel ha muerto! —exclama—. ¿Te das cuenta?

No. La verdad es que no. La pobre, sin saberlo, acaba de expulsarme brutalmente del caparazón en el que llevaba varios días viviendo. Ahí está de nuevo el torbellino. La cabeza y el cuerpo me dan vueltas. Me levanto y salgo de casa sin rumbo, intentando concentrarme en lo que me explica. Me dice que David Thomson, un periodista muy fiable de RFI, especialista en integrismo religioso, acaba de tuitear la

muerte de Abu Bilel al-Firansi. En el mensaje adjunta una foto de Bilel vivo, que por lo demás conozco. David Thomson casi nunca se equivoca. Mi superiora me lo comenta alegrándose por mí. Es normal. Seguro que de entrada yo habría reaccionado como ella. La muerte de un hombre, aunque sea un asesino, no le produce placer ni tampoco entusiasmo, pero piensa en mí y considera que esta noticia reduce considerablemente los riesgos de represalias; incluso los elimina. De repente su tono, que transmite su buena voluntad y su alivio, se exalta un poco. Como no digo nada, se da cuenta de mi malestar. Me pregunta con suavidad si estoy bien. Le contesto que sí, solo un poco alterada. Pero se me pasará. Voy a ver si los amigos virtuales de Mélodie hablan del tema. La tendré al corriente. Mientras entro en casa me pregunto cuándo acabarán de una vez los presagios y los devenires.

Lou lo ha entendido. Me acompaña a la cocina para consultar la red, aunque me aconseja que no lo haga. Estoy muy nerviosa. Mi mano derecha tiembla como una hoja. Me abraza y, por primera vez desde que todo esto empezó, me rompo. Aunque Lou sabe perfectamente que no siento nada por Bilel, me pregunta si su muerte me afecta. Y por eso las lágrimas me resbalan por las mejillas como si fuera una niña. Me da igual cómo ha muerto Bilel. Peor para él. En cambio, el porqué es importante. Si su muerte inesperada tiene algo que ver conmigo, directa o indirectamente, entonces me desprecio por el papel que he asumido para publicar un reportaje. Él era un asesino peligroso, pero yo no. No quiero tener la menor relación con la muerte de un hombre, sea quien sea. En este momento es como si yo hubiera decretado su pena de muerte. Después de Mélodie, Umm Saladine y la madre de Mélodie, me da la impresión de haberme metido en la piel de un verdugo, aunque jamás he pretendido asumir ese papel. Si su organización ha descubierto que logré tenderle una trampa y sacarle información, quizá lo ha castigado. Por más que Bilel represente todo lo que me horroriza, la comunicación de su muerte me altera muchísimo. Sin contar con que la noticia empieza a difundirse. No es que espere mensajes de condolencia, por supuesto, pero recibo muchos en los que casi me felicitan por el fallecimiento repentino de mi «marido». Ninguno de los que me escriben bromea con la muerte, y todos creen obrar bien mandándome esas palabras. Pero, desde el otro lado del teléfono, no sé qué responder. Ni siquiera entiendo el torrente de lágrimas que fluye de mis ojos, y este nudo en el estómago, que me parte en dos.

Me calmo un poco y me conecto a mi verdadera cuenta de Facebook, donde tengo varios contactos de las brigadas del EI. Necesito descubrir cómo ha muerto Bilel. Me obsesiona. Según sea el contexto de los hechos, enseguida entenderé si he tenido algo que ver o no. Y si es esto último, no sentiré nada. O puede que alivio, como mis amigos. Recorro las páginas de distintos muyahidines de Daesh durante casi dos horas. Muchos expresan su respeto por «Abu Bilel al-Firansi, que durante quince años sirvió en todas partes en nombre de Alá. Era el francés más cercano a nuestro califa, Abu Bakr al-Baghdadi». En especial Abu Shahid, un francés emblemático de Daesh, entrevistado en numerosas ocasiones por periodistas vía Skype. Su foto de

portada lo muestra en algún lugar de Siria, su teatro de operaciones, apuntando al objetivo con un arma. Debajo, este pie de foto: «Mi arma apunta directamente a la DCRI». Abu Shahid es un líder muy influyente entre los yihadistas franceses. Su fama le precede ampliamente. Hace unos meses cerró su cuenta; explicó, entre otras cosas, que la fe no era compatible con la dedicación al mundo virtual, y, por lo tanto, superficial. Hoy ha decidido reactivarla para comunicar la muerte de su amigo.

«Tras las graves mentiras de Zawahri y de sus seguidores, nos limitamos a confiar en que Jahbat respetara el alto el fuego. El resultado fue que nos atacaron por varios frentes y mataron a nuestro querido hermano Abu Bilel al-Firansi mientras asistía a una reunión para establecer la paz con Jahbat. Traición, incompreensión y rabia. Que Alá acepte a nuestro honorable hermano, un terrón de azúcar en este mundo amargo».

¿Bilel «negociando la paz»? ¿Él, un hombre de paz? Deberían grabarlo en su epitafio y colocarlo al lado del de Nelson Mandela... Caigo rodando por un abismo que cada minuto es más absurdo. En YouTube y en varias páginas especializadas encuentro un vídeo de una increíble explosión cuyo título indica que así murió Abu Bilel. Se ve cómo se eleva del suelo, literalmente. Es impresionante. Se informa de que la explosión la provocó el Frente al-Nusra, que previamente había colocado un explosivo en un túnel que unía Siria con Irak. Bilel se había desplazado hasta allí «en secreto para firmar tratados... pero en realidad era una emboscada». De paso, la bomba mató a una considerable cantidad de civiles que vivían en los alrededores. Dos voces comentan en francés la imagen fija, que dura menos de sesenta segundos, y se felicitan por el éxito de la trampa macabra. Sí, podría ser cierto. Bilel mencionó muchas veces los subterráneos secretos por los que se metía para ir a Irak o para «reunirse con gente importante». Pero por violentas que sean, son solo imágenes de una explosión. No aparece ningún rostro. Ni de los verdugos, ni de los muertos. Es imposible verificarlo. O Bilel está de verdad muerto, o todo esto no es más que un engaño. No sabía que Bilel y Abu Shahid eran tan amigos, pero me sorprende que tanto él como sus compañeros insistan en que Bilel «era el francés más cercano a al-Baghdadi».

Como ya he explicado, a los muertos de Daesh los fotografían «desde el mejor ángulo mortuorio» y, acto seguido, cuelgan la foto para dar testimonio del último mártir «que ahora está en paz». Muchos hablan de Bilel, pero nadie muestra su última imagen, cosa muy poco habitual. Ni siquiera una foto de sus años de gloria, orgulloso y vestido de combatiente. La única foto que circula es una captura de su vídeo en el 4 × 4, que se hizo dramáticamente famoso. Qué extraño. Tanto si Bilel, amparado por su milicia, se divierte simulando su muerte, como si los suyos lo han ejecutado por haber hablado demasiado, voy a tener serios problemas. Si se ha descubierto el engaño de Mélodie, ahora sospechan que es policía o periodista. El artículo sale pasado mañana. Seguro que en estos momentos las máquinas están imprimiéndolo. Pero no, no debo precipitarme. Con tanto «si» podemos llegar a cualquier conclusión. Intento estar tranquila. Bilel me dio información comprometedor, pero no secretos

de Estado, y los horrores que me contó con delectación y muchos detalles son ya en parte conocidos. Dejo el ordenador, por consejo de Lou (también ella está muy angustiada), y nos metemos en mi habitación. Volver a estar aquí me obliga a una extraña marcha atrás. Vivir estos momentos en el lugar del que tengo los mejores recuerdos de mi vida, y también los peores, hace que me sienta zozobrar. Como si ya no reconociera ningún punto de referencia, o al menos como si de repente mi realidad se hubiera alterado. En mi cabeza no dejo de repetirme: «¿Qué está pasando?».

Mi teléfono suena cada cinco minutos. Curiosamente, desde que todo esto empezó, esta es la noche en que Bilel me altera más, *a priori* involuntariamente. Y la cosa no acaba aquí. Como no contesto a nadie, enseguida corre el rumor de que Lou está conmigo, así que ahora a la que acosan es a ella. Cuando llama la redactora jefe, Lou se asusta y me pasa la llamada. Ahora la redactora me informa de que Bilel no ha muerto.

¿He dicho ya que me mareo?

Como a sus contactos les parece demasiado grave, David Thomson ha retirado su tuit. Tenemos que contactar con él y saber qué sucede. La redactora me propone ocuparse del tema mientras yo intento descubrir qué hay de verdad en la red, entre otros sitios. Así paso toda la noche, yendo y viniendo de la cocina —la única estancia de la casa que capta la señal de internet— a mi antigua habitación. Lou y yo contestamos una llamada tras otra y buscamos en la red y en los comunicados de la agencia France-Press. David Thomson, al que han puesto al corriente de «mi caso», me llama muy amablemente. Ha retirado el tuit porque se lo han pedido los padres de Bilel. David ni siquiera sabía que esta gente seguía sus publicaciones. Ha aceptado su petición por respeto. No obstante, me confirma el fallecimiento del yihadista. Es terminante. La fuente que le ha informado está sobre el terreno, y hasta el momento nunca le ha mentido. Bueno... ¿Y ahora, qué?

Lou se marcha tarde, preocupada por dejarme sola ante tanta confusión. Supongo que la jornada de mañana será eterna. Las diferentes hipótesis de las personas con las que he hablado esta noche se agolpan en mi cabeza. No sé qué pensar. Me tomo un somnífero para que el día acabe por fin.

Martes.

El teléfono me despierta muy temprano. Las llamadas se suceden. Inmediatamente después de haberme preguntado: «Pero ¿está muerto o no?», me sueltan: «¿No te ha cabreado que tenga mujer e hijos?». Es la menor de mis preocupaciones. Apenas respondo. Ya lo sabía...

Hace unas dos semanas, una mujer se dirigió a Mélodie por Facebook. Curiosamente, la buena mujer conseguía mandarle mensajes privados, aunque no eran «amigas» en la red social. Si queremos contactar con una persona que no está en nuestra lista de amigos, los correos van a parar automáticamente a los *spams*, que nadie consulta jamás. Los únicos que pueden dirigir un mensaje privado a alguien que no está en su lista de amigos, o bien trabajan en Facebook, o bien son representantes del Estado, que por exigencias de una investigación se ocultan detrás de un perfil... El plan Cazeneuve empieza a aplicarse justo cuando Mélodie recibe este mensaje. En un momento en que multiplica los *posts* relativos al «País de Sham», esta mujer, que dice llamarse Fátima, escribe a mi marioneta virtual haciéndole preguntas extrañas. Para empezar, es imposible contar la cantidad de faltas de ortografía por línea, como cuando Mélodie se dirige a Bilel. Pero lo raro es que usa a la perfección concordancias gramaticales complejas. Me llama «hermana» y dice que vive en Túnez. Supuestamente tiene veintiocho años. De acuerdo, pero ¿qué quiere de Mélodie? Enseguida habla de Bilel. Vaya, qué pequeño es el mundo. Y qué casualidad, porque también Bilel está conectado esa tarde, enviando toda una retahíla de corazoncitos a Mélodie. «¿Por qué me hablas de Bilel?», pregunta Mélodie a Fátima. Ella contesta de inmediato que pensaba ir a Siria, pero que, ahora que sabe que solo es la segunda elección de Bilel, tiene dudas. Se casará primero con Mélodie, y después con Fátima. La poligamia le repugna. Y dice, como de pasada: «Qué lástima, porque es guapísimo. Pero lo sabe y se aprovecha». Mélodie, más enfadada que herida, pregunta a Bilel quién es esa Fátima que pretende ser su futura esposa. Bilel le contesta con un montón de «xD» y le dice que no haga caso a las «hermanas celosas». Retomo la conversación con Fátima y le pregunto cómo sabe todo eso, y sobre todo por qué me lo cuenta. Fátima está confundida. Me dice que ha enfermado y que por eso no está segura de si irá a hacer la yihad. De todas formas,

viajar a Siria además no es peligroso. Su tono cambia y se explica cada vez mejor. Bilel es peligroso. Ir a Siria, todavía más. Renuncia a la yihad, y yo debería seguir su ejemplo. Es la primera vez en esta aventura que alguien por fin le cuenta a Mélodie cómo es Siria en realidad. Mi avatar le pregunta por qué hace veinte minutos quería reunirse con Bilel y casarse con él, y ahora parece haber cambiado radicalmente de opinión. Fátima echa balones fuera y me pregunta si podemos hablar por Skype. Me dará todas las respuestas. Parece preocupada por mí, repite varias veces mi nombre y me aconseja que no vaya «a ese infierno». Antes de contestarle, me apetece «torturar» a mi manera a Bilel. Mélodie va a montarle su primera escena de pareja, que siempre da un poco de sabor al principio de una historia. Le escribe con más firmeza y le dice que está decepcionada. Entretanto, la hermana de Túnez le cuenta horrores de él.

«xD ¡Estoy seguro de que es una hermana de Roubaix! Te está liando porque le gustaría estar en tu lugar... Vas a ser la primera mujer de Abu Bilel al-Firansi...»

¿Roubaix? Hasta ahora, Bilel —Rashid— siempre ha dicho que nació en París. Vaya... Vuelvo con Fátima. Mélodie le asegura que hablarán por Skype, pero antes quiere saber algo: ¿dónde nació Bilel? Fátima no lo sabe. En cualquier caso, lo que puede asegurarme es que la policía lo busca y que ya tiene tres mujeres. Dos convertidas, una de ellas de veinte años, y su primera mujer francesa, de confesión musulmana, que tiene treinta y nueve años... ¡Uau! Un día apasionante, sin duda. Fastidio un poco más a Bilel, quien, sin darse cuenta, le facilita a Mélodie detalles sobre su doble, Rashid. En adelante me serán muy útiles, y no solo a mí. Bilel sigue asegurando que no tiene ninguna esposa, que «nunca se ha casado». Yo estaba en el periódico. Vuelvo corriendo a mi casa, porque sí que quiero hablar con Fátima por Skype, pero hoy no me he traído el velo. Tengo dudas respecto de su identidad real, pero solo es una sensación. Más vale ser prudente y mostrarme lo mínimo. Tres cuartos de hora después, cuando Mélodie ya está lista en su escenario, la cuenta de Facebook de Fátima ha desaparecido. En nuestros mensajes, en lugar de su nombre aparece «Usuario No Encontrado». Nunca he vuelto a saber de ella. ¿Era un alma caritativa, aunque evidentemente molesta? ¿O acaso respondía a las medidas del plan Cazeneuve? Tampoco en este caso he obtenido jamás una respuesta.

Las llamadas se multiplican durante toda la mañana, sobre todo del periódico. He salido al parque a pasear con mi perro y no contesto a la mayoría. A mediodía vuelve a telefonarme la redactora jefe. Prefiere que no esté en París cuando aparezca el artículo... Unas horas después viajo a su lado, con la nariz pegada a las nubes que se reflejan en mi ventanilla. Me lleva unos días a casa de personas a las que conoce «muy bien». El sitio es para cortarte la respiración. Los olivos, los pinos y este verde infinito me liberan al instante de parte de mi angustia. Aquí puedo respirar. Esta finca me parece irreal. Todo es majestuoso y enorme, tanto por dentro como por fuera. Las

personas que me reciben, y que no me conocen, son muy educadas y amables conmigo. Paseo entre gallinas, burros y caballos, escoltada por perros y por una guardaespaldas con rizos rubios que no ha cumplido los cinco años. Aquí nadie lo toma en serio. Qué agradable sensación... La niña me despierta cada mañana al amanecer, pocas horas después de que haya conseguido dormirme. Cuando abro los ojos, desorientada, descubro ante mí su mirada traviesa. La mirada de una niña alegre, inocente y pura. Una visión que refleja exactamente lo contrario del mes que acabo de vivir. Sin embargo, aun en este paraíso, sigo teniendo la impresión de observarme a mí misma desde arriba. Como si mi cuerpo y mi mente se hubieran separado. En cualquier caso, alguna explicación tengo que dar a estos anfitriones que me han caído del cielo, así que se lo cuento. Voy a dar de comer a los caballos y, más tarde, buceo de nuevo en los entresijos de la red en busca de algún indicio. Vuelvo a hacerles una visita a las gallinas. Contesto a más preguntas. Y así sucesivamente. Todo me da vueltas en la cabeza: la muerte, Bilel, el futuro, el presente, cambiar de domicilio, la niña, los animales, los ángeles de la guarda que acaban de cruzarse en mi camino, y mi familia y mis amigos, que están tan lejos. No conozco nada igual. Ninguna realidad se asemeja a esto. Estoy en un tiovivo que gira a toda velocidad. Podría saltar del caballo de madera y librarme de este mareo. Pero es como si estuviera bloqueada. O como si me bloquearan.

Ocho meses después.

Me gustaría estar en condiciones de ofrecer una moraleja de esta historia... Pero ¿cómo extraer la moraleja de una historia cuando no sabemos si ha terminado? La espada de Damocles pende sobre mi cabeza más que nunca. Una amenaza invisible e imprevisible. O no. Sigo sumida en una vorágine de preguntas que han encontrado muy pocas respuestas. Si tuviera que elegir unas palabras para resumirlo, quizá las tomaría prestadas de Franklin Roosevelt: «Si tuviera que clasificar las miserias humanas, lo haría en este orden: la enfermedad, la muerte y la *duda*». El filósofo alemán Nietzsche explica que lo que mata es la certeza, no la duda. En mi caso es al contrario. Mis incertidumbres y las consecuencias de mis actos me encierran en una cárcel mental, de la que solo una realidad cubierta de convicciones intangibles podría liberarme. Desde hace ocho meses, aquel 5 de mayo de 2014 sigue siendo un eterno volver a empezar. Ya ni cuento la cantidad de declaraciones que he tenido que repetir ante diferentes estamentos policiales. Nunca los he llamado. Son las autoridades las que se han dirigido siempre a mí. Tuve que hablar ante la DCPJ y ante un juez antiterrorista después de que mi identidad real empezara a aparecer en varios de sus informes.

Mélo die quiso ayudar a personas que pensaba que eran como ella, y hoy Anna paga los platos rotos. He tenido que cambiar de teléfono en dos ocasiones, a petición de las autoridades, que temen que puedan rastrear mi dirección y mi identidad. Ya no vivo en mi casa. Los periódicos para los que solía escribir sobre este tema me prohíben, «por mi seguridad», indagar de forma directa o indirecta sobre el Estado Islámico y sus filiales. Se han reforzado drásticamente las medidas de seguridad en algunos de los lugares en los que trabajo, y al mismo tiempo, chicas muy jóvenes con burka integral —acompañadas por hombres mucho más mayores— a las que hasta ahora jamás habíamos visto por estos parajes, han empezado a hacer preguntas extrañas en recepción. Las amenazas también se han acentuado. Como tuve que eliminar toda existencia virtual de Mélo die en Facebook, solo puedo consultar en Skype. Las autoridades me pidieron que conservara esta cuenta para diversas investigaciones, y sobre todo para seguir la progresión de los intentos de intimidación que me llegaban. Por supuesto, me conecto muy pocas veces. Y siempre encuentro

atrocidades. Empezaron en verano, cuando estaba haciendo un reportaje en Sudamérica. Desde la cuenta de Bilel, una persona que decía ser su mujer me suelta largos monólogos de odio y me dice de todo. No deja de repetir: «A ver, idiota, ¿cómo se te ocurre hacer un reportaje sobre un terrorista y enamorarte de él?». Curiosa interpretación. ¿Es de verdad una de las mujeres de Bilel? ¿La enésima tortura del guerrero, que podría no estar muerto? Creo que ya adivináis lo que me respondo: no lo sé.

Las múltiples unidades policiales han clasificado a Rashid X., llamado Abu Bilel al-Firansi, como «vivo». A día de hoy no tienen ninguna prueba de que haya muerto. Lo que sí tienen es una lista interminable con sus antecedentes penales. Al principio no conseguían identificarlo. Les hablé de Roubaix, y a partir de ahí no tardaron en recuperar su pista. Habían perdido su rastro desde que había viajado a Siria, hasta que tropezaron conmigo. Antes de su marcha a Siria, cometió gran cantidad de delitos, desde robos hasta atracos. Fue juzgado y encarcelado varias veces por reincidencia. Desde 2003 era un miembro muy activo que luchaba contra la invasión estadounidense en Irak. Allí conoció a Abu Bakr al-Baghdadi. Más tarde, entre 2009 y 2013, después de pasar largas estancias primero en Afganistán, para perfeccionar sus técnicas de lucha de guerrillas, después en Paquistán y, por último, en Libia, en el momento en que cae Gadafi, regresa a Roubaix. Sin que nadie lo sepa. Vuelve a aparecer en los radares a finales de 2013, cuando lo localizan en Turquía. Es cierto que tiene tres mujeres, de veinte, veintiocho y treinta y nueve años, que están con él en Siria. Es padre de al menos tres niños de menos de trece años, y los dos mayores están ya en el frente. Está muy unido a al-Baghdadi, pero también a Souad Merah, la hermana fanática del asesino de la moto.

Nunca he vuelto a tener contacto directo con Bilel. Hace poco, mientras hacía un reportaje en la otra punta del mundo, un amigo periodista me llamó para decirme que, según «una fuente fiable cien por cien», se había lanzado una *fatwa*^[35] contra mí. Es la enésima vez que me cuentan una cosa semejante. Algunas veces he tenido mis temores, pero nunca me he sentido seguida o vigilada. No obstante, sé que este amigo no me habría explicado algo así si no estuviera seguro de lo que dice; por ese motivo, dejé aparcado el trabajo que estaba haciendo y me pasé horas buscando en la red. Acabé tropezando con un vídeo que tenía que ver conmigo. Me descubrí con velo sentada en mi sofá. Supongo que es una captura de pantalla tomada por Bilel... No hay sonido. Solo animaciones que representan a un demonio, y un texto en árabe, traducido debajo en francés. Solo he visto este vídeo una vez. Creo que no volveré a verlo jamás. Pero recuerdo palabra por palabra lo que aparecía escrito:

Hermanos de todo el mundo, os llamo a la *fatwa* contra esta persona impura que se ha burlado del Todopoderoso. Si la veis en cualquier lugar del mundo, respetad las leyes islámicas y matadla. Su muerte tiene que ser lenta y dolorosa. Quien se burla del islam pagará las consecuencias con su sangre. Es más impura que un perro. Violadla, lapidadla y acabad con ella. *Insha'Allah*.

Por lo tanto, ¿qué es peor, la duda o la certeza?

El 6 de junio de 2014, Daesh, dirigido por Abu Bakr al-Baghdadi, lanzó oficialmente su primera ofensiva en Irak y atacó la segunda ciudad del país, Mosul. Después de cuatro días de combates encarnizados, la organización terrorista se apoderó de la ciudad e impuso la sharía.

El 29 de junio, Abu Bakr al-Baghdadi se autoproclamó califa de la organización Estado Islámico, y volvió a cambiar su nombre por el de Ibrahim, uno de los cinco profetas más importantes del islam. Aunque afirma encabezar a todos los musulmanes suníes del mundo, solo otros grupos terroristas se han adherido a su causa. La mayoría de las autoridades musulmanas de todo el mundo no lo reconocen como tal bajo ningún concepto.

El 8 de agosto, Barack Obama autorizó los primeros ataques aéreos en Irak.

Desde el 24 de septiembre, una coalición internacional de al menos veintidós países, dirigida por Estados Unidos, lleva a cabo una ofensiva aérea sobre Irak, y más recientemente sobre Siria, contra la organización Estado Islámico.

A día de hoy, se estima que el número de combatientes extranjeros que han engrosado las filas de Daesh desde 2010 asciende a 15.000^[36].

Entre estos combatientes, de noventa países distintos, se cuentan oficialmente 1.089 franceses, de 87 departamentos.

Ciento veinte han regresado, y 40 murieron en Oriente Medio.

Oficiosamente, la organización Estado Islámico podría contar con 35.000-45.000 combatientes. Al parecer, hay al menos el doble de franceses de los que proclaman

las cifras gubernamentales.

Lola no volvió a dar señales de vida.

Vanessa dio a luz en Francia, donde vive actualmente.

Shaquir Maarufi, llamado Abu Shahid, murió «en combate» el 1 de junio, en una ofensiva en Deir ez-Zor, Siria.

A Abu Abda Llah Guitone, llamado Guitone, lo mataron el 25 de julio en la base de la división 17, al norte de Raqqa, el cuartel general de Daesh.

Hamza y su familia no volvieron a intentar ponerse en contacto con Mélodie ni con su familia.

Abu Mustafá bloqueó el acceso de Mélodie a sus cuentas de internet. Era amigo de Abu Bilel.

Rashid X., llamado Abu Bilel al-Firansi, sigue clasificado como «vivo» por los diferentes servicios de seguridad interior y exterior franceses.



ANNA ERELLE es el seudónimo de una reportera freelance que adoptó una identidad falsa para infiltrarse en los círculos de los fundamentalistas islámicos. En estos momentos, la vida de la joven periodista corre un serio peligro, y vive protegida por el Ministerio del Interior francés bajo una identidad falsa. El Estado Islámico ha lanzado una *fatwa* contra ella pidiendo su muerte.

Notas

[1] «Infieles», en árabe. Todas las notas a pie de página son de la autora. <<

[2] Nombre modificado. <<

[3] Título de nobleza que se utiliza en todo el mundo musulmán. El Estado Islámico, organización terrorista fuertemente jerarquizada, coloca a cada fiel en su nivel. Los emires suelen conseguir sus galones por su determinación, su fuerza o su fe, que predicán contra viento y marea. Es uno de los títulos honoríficos más prestigiosos en la organización. <<

[4] Masud, héroe de la lucha contra la ocupación soviética de Afganistán, habría podido liderar la coalición contra los talibanes si no hubiera sido asesinado el 9 de septiembre de 2001, dos días antes de los atentados contra el World Trade Center. <<

[5] Hégira: abandonar la tierra de los infieles (*kafir*, en árabe) por un país islamista.

<<

[6] Fórmulas que se utilizan en la red y en mensajes de texto para indicar risa xD: la x indica unos ojos cerrados, y la D una boca abierta riéndose. LOL: *Lots of Laugh* («reírse a carcajadas»). <<

[7] Nombre modificado. <<

[8] Oriente Medio. <<

[9] Prohibido. <<

[10] El hiyab es un velo parecido al chador, que deja al descubierto el rostro. Cuando el rostro está totalmente cubierto, hablamos de niqab, de burka o, en algunos países, de sitar. <<

[11] Todas las brigadas implicadas, en este caso las de Daesh. <<

[12] Un buen creyente, según la sharía. <<

[13] Las conexiones por Skype pueden ser en audio y vídeo, o solo en audio. <<

[14] Palabra en argot que designa el doble velo integral, con el que ni siquiera se ven los ojos de la mujer. <<

[15] Dar muestra de adorar al único Dios y reconocer a Mahoma como único profeta de Dios. Rezar cinco veces al día. Ayunar durante el mes de ramadán. Pagar el impuesto anual para la limosna a los pobres, el *zakat*. Realizar al menos una vez en la vida un peregrinaje a La Meca, en Arabia Saudí, viaje religioso llamado *hajj*. <<

[16] Organización terrorista suní de Nigeria. Su nombre significa «prohibido enseñar la educación occidental». Su líder, Abubakar Shekau, ordenó el secuestro el 15 de abril de 2014 de 273 niñas, que dio lugar a la campaña mundial «Bring Back Our Girls». <<

[17] Viviendas o edificios requisados por el EI. <<

[18] En Siria, los ingresos mensuales medios por habitante ascienden a 218 dólares.

<<

[19] «¡Basta!», en árabe. <<

[20] Nombre modificado. <<

[21] Dirección General de la Seguridad Exterior. La DGSE depende del Ministerio de Defensa. <<

[22] Muertos por Dios, según el EI. <<

[23] Juez islámico que representa la autoridad. <<

[24] Nombre modificado. <<

[25] En Raqqa. <<

[26] Prohibido. <<

[27] Invitación a que el no musulmán escuche el mensaje del islam. <<

[28] Nombre modificado. <<

[29] Famoso grupo musical de Estados Unidos, icono de la cultura rap de los años ochenta. <<

[30] El Ejército Sirio Libre, primer grupo opositor al régimen de Bashar al-Assad y uno de los enemigos de Daesh. <<

[31] Las que están en manos del EI. <<

[32] Cuando el interlocutor no está conectado, se le pueden dejar mensajes escritos, y es lo que ha hecho Bilel en este caso. <<

[33] Nombre modificado. <<

[34] Dirección Central de Información Interior, hasta el 12 de mayo de 2014, que pasó a ser la DGSI, Dirección General de la Seguridad Interior, vinculada al Ministerio del Interior. <<

[35] Comunicación religiosa por parte de un muftí, intérprete del derecho canónico musulmán. El término, que se ha desvirtuado, significa, la mayoría de las veces, la llamada a la venganza colectiva por parte de los musulmanes suníes contra una o varias personas. <<

[36] Fuente más reciente: *The Guardian*, noviembre de 2014. <<